

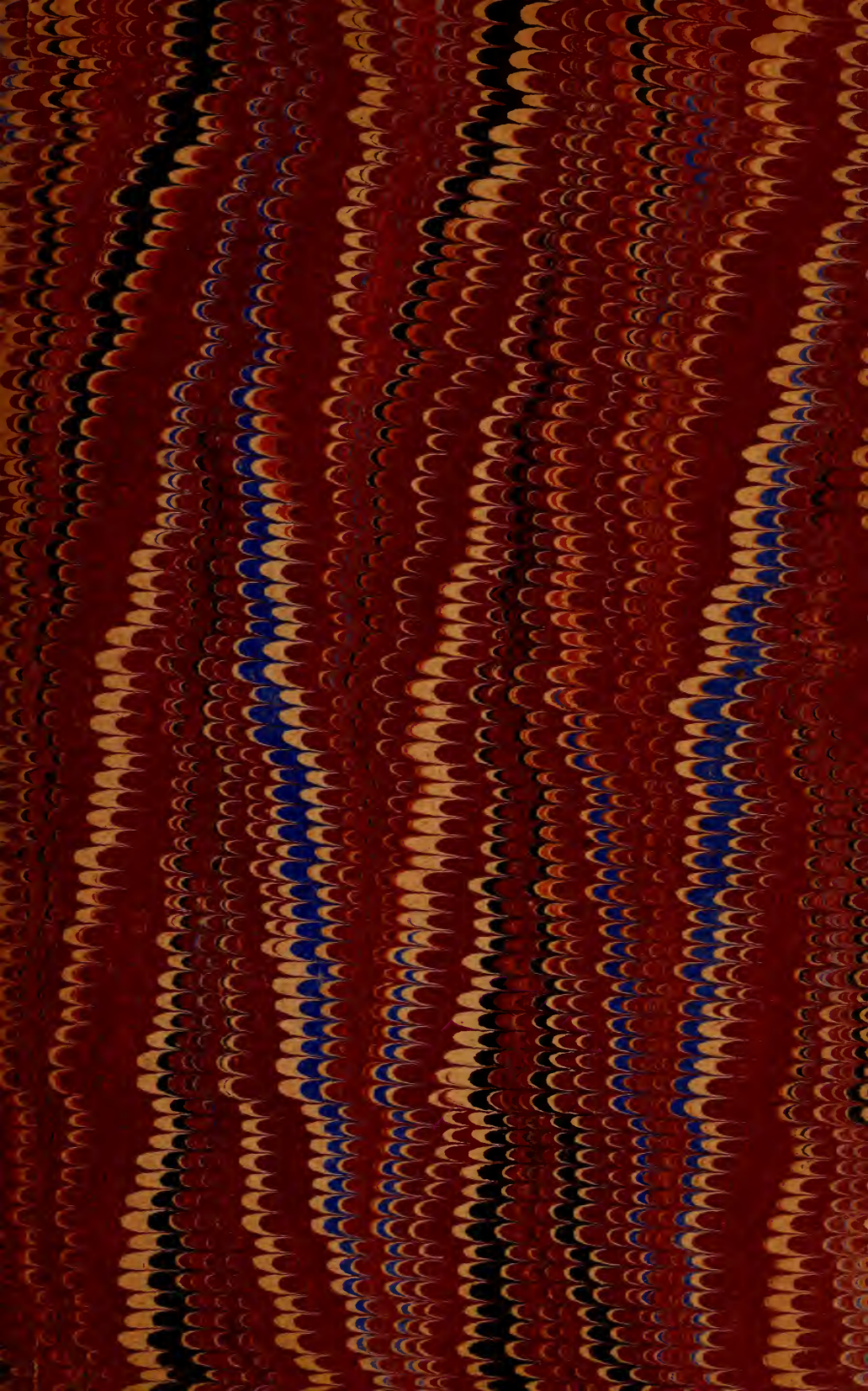
LIBRARY OF CONGRESS.

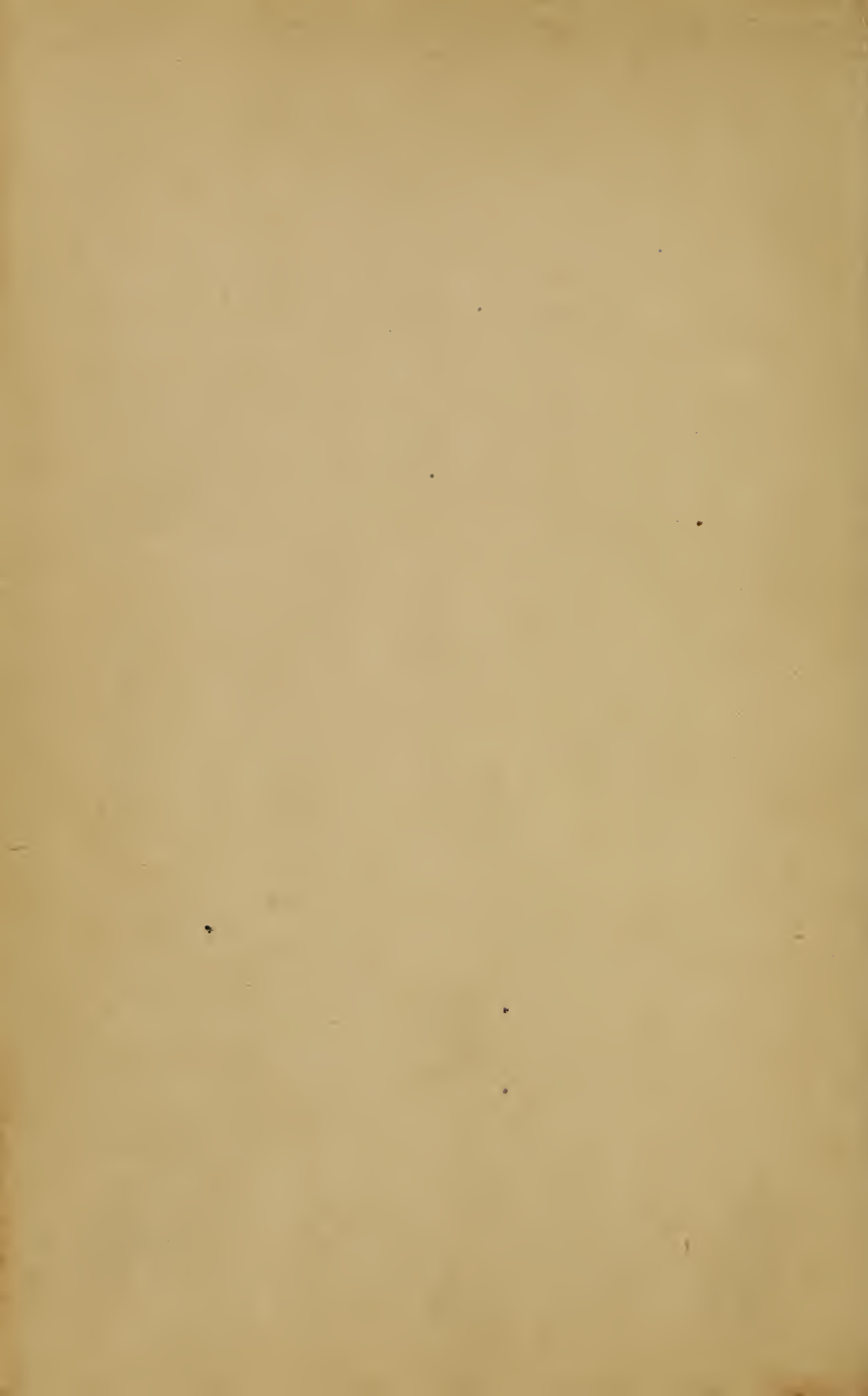
PR 4069

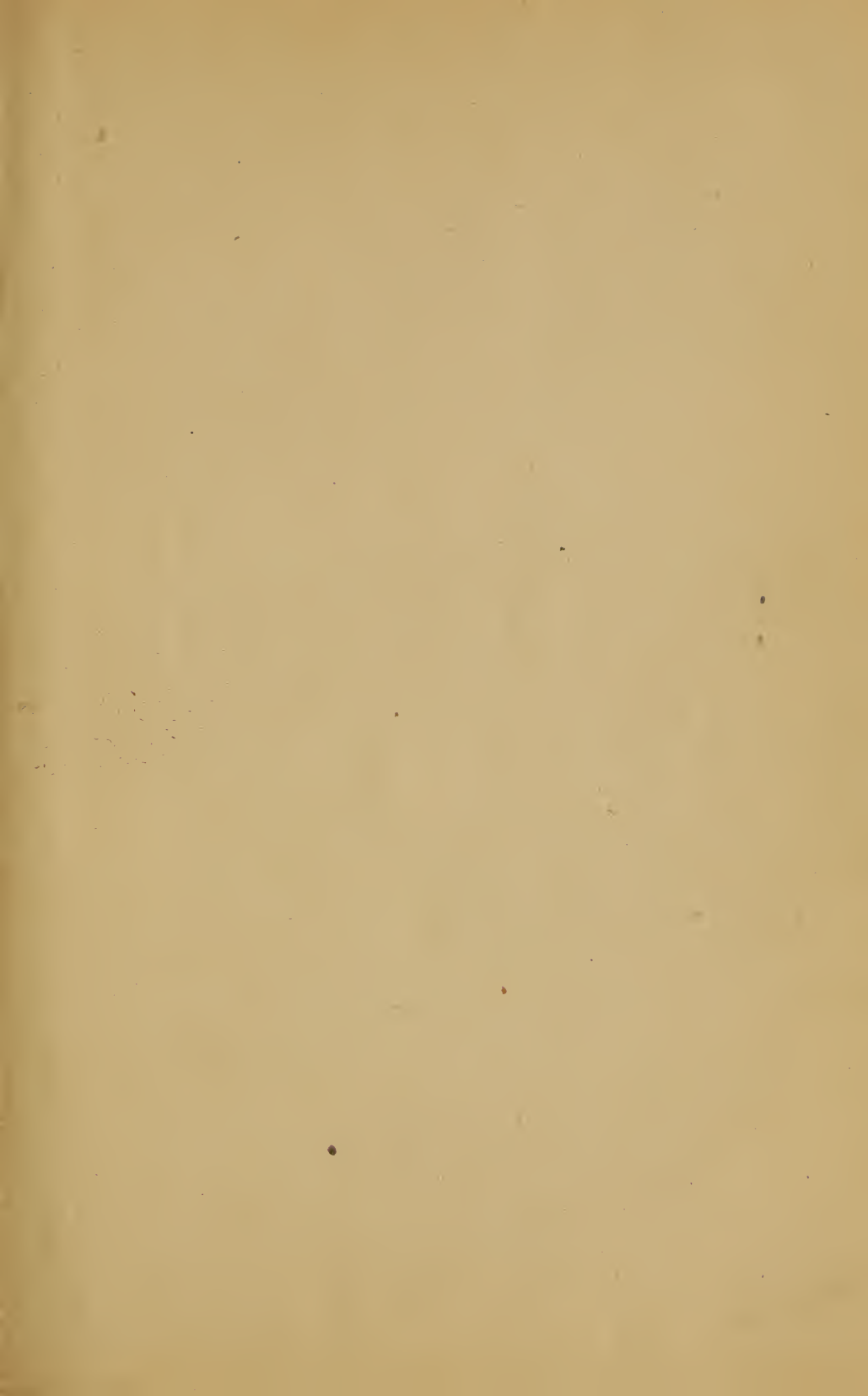
Chap. Copyright No.

Shelf. B55H45

UNITED STATES OF AMERICA.











SU CARA MITAD

POR

F. BARRETT



NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET.



Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Pepita Jiménez.

Por Don JUAN VALERA.

Edición Americana Ilustrada. Un hermoso tomo de 219 páginas, con 7 láminas, el retrato y autógrafo del autor y varias viñetas alegóricas. Encuadernación de mucho gusto artístico y bonitamente decorada. Buen papel, tipo claro, etc., etc. Precio, \$1.25.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Un bonito tomo de 348 páginas con 12 láminas, encuadernado en tela inglesa. \$1.25.

La misma, edición económica, 50 centavos.

Las Minas del Rey Salomón.

Por H. RIDER HAGGARD.

Una novela inglesa llena de aventuras y de escenas interesantísimas. 50 centavos.

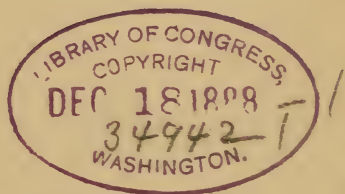
SU CARA MITAD

(His Helpmate)

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

470 POR
F. BARRETT
" "

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR
FRANCISCO SELLÉN



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, y 5 BOND STREET
1889
2

PR 4069
B 55 H45

COPYRIGHT, 1888,
By D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

*La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países,
donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.*

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA

EL lector que abra esta novela creyendo encontrar en ella una de esas obras pertenecientes á la escuela malamente llamada naturalista, en las que, so pretexto de presentarnos una copia fiel de la vida, como si dijéramos una fotografía, se desciende á las heces de la sociedad en busca de los personajes, y se nos pintan sus vicios en toda su desnudez ; ó el que espere hallar en estas páginas una de esas producciones de sensación que apresuran el curso de nuestra sangre y perturban nuestro sueño y hasta nuestro reposo ; ó el que se prepare á frotarse las manos de contento con la lectura de escenas imposibles, invenciones portentosas, tramoyas, sorpresas y sobresaltos, el lector que se imagine encontrar eso, ó cosa parecida, en la novela *Su Cara Mitad* de F. Barrett, que ahora se presenta en ropaje castellano, se lleva un solemne chasco.

Pertenece esta novela á un género que pudiéramos titular "doméstico." Es una narración sencilla é interesante ; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia : las situaciones se presentan lógicamente y sin esfuerzo visible, sin complicación de episodios inútiles, sin nada de fantástico ó de inverosímil que revele en el autor el deseo de hacer alarde de imaginación exuberante ó inventiva peregrina. El estilo es claro, sencillo, terso, sin dejar por eso de ser elegante : no hay en él mucho aparato ni galas de retórica que formarían extraño contraste en una narrativa que se desliza apacible y tran-

quilamente como las escenas que describe. El autor sabe siempre lo que tiene que decir y lo dice con sobriedad y precisión.

No entraremos en detalles acerca del argumento, asunto en que los lectores de novelas, y principalmente las lectoras, desean se les deje á oscuras ; pero sí diremos que es una obra cuya lectura dejará en el ánimo una impresión agradable. Hay en ella, como es de suponerse, una historia de amor, discretamente contada, que no viene á ser sino un ejemplo más de la poderosa influencia de ese sentimiento en elevar y purificar nuestro espíritu, siempre que inspira una pasión noble y verdadera. Pasa la escena en Londres, y son los principales protagonistas los miembros de la pobre y honrada familia de un artista pintor, que es por cierto uno de los caracteres mejor delineados de la obra. El narrador es también otro artista, un músico director de orquesta ; sin que estas circunstancias den lugar á interminables y ociosas discusiones artísticas que vengán á interrumpir la marcha de la acción.

La novela *Su Cara Mitad*, como hemos indicado, no es una de aquellas producciones en que los personajes son romanescos, y, como consecuencia, falsos : hay en ella un aire de verdad y sencillez que agradará sin duda á las personas que no tengan estragado el gusto con la lectura de ficciones en las que el crimen forma la base del argumento. La presente producción, sin que por eso sea una obra propia solo para seminaristas, puede leerse, en alta voz, en el círculo doméstico de la familia más escrupulosa en estas materias, sin que haya necesidad de omitir una sola palabra. No sólo pueden sino que deben leerla las personas jóvenes, por los buenos ejemplos que presenta y por las saludables enseñanzas que se derivan de su lectura. ¿ De cuántas novelas modernas que andan en manos de nuestra juventud podrá decirse otro tanto ?

FRANCISCO SELLÉN.

NUEVA YORK, *Octubre de 1888.*



SU CARA MITAD

CAPÍTULO I

—UNA de mis hijas desea aprender á tocar el violín, Sr. Holderness; ¿conoce Vd. á alguna persona que dé lecciones de ese instrumento? Por supuesto que no se quiere una notabilidad, pues Vd. sabe que nuestros medios no alcanzan para tanto; basta con un músico bueno que dé dos ó tres lecciones á la semana por un precio moderado.

—Sí, repliqué, conozco á varios músicos que dan lecciones de violín.

—Entonces, mucho le agradecería que me enviase uno á mi casa. Comenzaremos cuanto antes, es decir, el lunes. Se lo haré presente á mi hija Margarita. Aquí tiene Vd. mis señas.

Y diciendo esto, el Sr. Goddard me entregó una tarjeta con su dirección. Un amigo, que se encontraba al otro extremo de la habitación, le hizo una señal con

la cabeza; y despidiéndose de mí con un apretón de manos, me dió las gracias por la molestia que iba á tomarme en el asunto. No dejó de parecerme raro este modo algo ligero de arreglar un negocio serio; pero el Sr. Goddard era un hombre raro y hacía cierta ostentación de sus rarezas ó excentricidades.

Á decir verdad, me parecía que si alguna vez se peinaba su luenga cabellera era tan sólo para darle un aspecto aun más enmarañado y descuidado. Llevaba una antigua chaqueta de terciopelo que me habría avergonzado de ofrecer á un mendigo. Los botones habían desaparecido y las mangas estaban embadurnadas de pintura. No se preocupaba mucho acerca del color del cuello de la camisa; pero eso sí, tenía especial orgullo en llevar corbatas de pañuelos de los colores más chillones, que ataba con el más escrupuloso descuido, dándoles la forma de un medio lazo.

Era un artista, un pintor, que no había aun obtenido mucho éxito, á juzgar por sus excentricidades y sus gustos de bohemio, porque es un hecho que cuando los hombres sobresalen por sus talentos y los ven reconocidos, abandonan todos esos hábitos de desaliño y excentricidad. Yo he visto algunos de sus bosquejos, cuadros al óleo y acuarelas que podrían muy bien venderse en tres pesos cada uno, pero nadie los compraba.

Cuando se hablaba de él, se hacían muchas veces chistes á sus expensas. Continuamente tenía entre manos “algún proyecto”; pero en nada se fijaba, y en lo único que demostraba constancia era en conservar su antigua chaqueta de terciopelo color de rapé. Decían también de él, que si quisiera mudar la ropa blanca con la misma frecuencia que el estilo de sus cuadros, sería un artista de exterior más presentable.

Durante cierto tiempo dedicó su talento á pintar animales, y entonces se llamaba modestamente Pablo Potter Goddard, en honor del gran pintor holandés. Cuando trató de manejar su pincel en grandes cuadros de fantasía, quiso abandonar el nombre de Potter sustituyéndole con el del Veronés; pero no hubo medio de conseguirlo. Había en el nombre de Potter algo que le cuadraba á maravilla, y Potter se quedó, y Potter se le llamaba con más frecuencia que Goddard.

Nuestras relaciones eran en extremo superficiales. Hicimos conocimiento en un club de artistas que se reunía en el “Bayard” cerca de Covent Garden. Yo era el director de orquesta del “Orfeón.”

Yo no carezco de defectos, ¿quién no los tiene? y los jóvenes que formaban parte de mi orquesta, ó que concurrían al Club, no dejaban de vez en cuando de chancearse á costa mía con motivo de mi tal vez exagerada escrupulosidad; pero prefiero ser objeto de risa

antes que de desprecio, y creo que el descuido y la negligencia son cosas despreciables en un hombre hecho y derecho. Por lo tanto, dejaba que esos mozalvetes rieran en hora buena, sabiendo que no lo hacían con mala intención y que, como yo, tenían también sus buenas cualidades.

El encargo del Sr. Goddard me había dejado algo perplejo. Tenía noticias de que era viudo y de que sus hijas eran hermosas, y además sabía que él era un hombre negligente y ligero. En mi orquesta había algunos excelentes profesores de violín, pero ninguno que fuese notable en punto á elevación de principios, y temía, por tanto, las consecuencias de introducir uno de esos alegres jóvenes en la familia de Goddard. Había, además, otra consideración que me hacía vacilar; presentía la probabilidad de que yo tuviese que pagar de mi propio bolsillo las lecciones de la Señorita Goddard, porque sabía que su padre con más facilidad contraía deudas que las saldaba, y el profesor me consideraría responsable de las pérdidas sufridas merced á mi recomendación. Así es que, después de madura reflexión, me resolví á ser el maestro de la Señorita Goddard, creyendo que sería el mejor medio de evitar los disgustos y desagradados que recelaba.

El lunes siguiente me presenté, pues, con mi violín en la morada del Sr. Goddard. Una criada me condujo

á su estudio, donde permanecí solo el tiempo suficiente para notar las peculiaridades de la habitación.

Si yo no hubiera conocido al Sr. Goddard, creo que habría podido figurarme su carácter por el aspecto de su taller. Reinaba en él un desorden capaz de satisfacer los deseos de cualquiera hombre de genio. Las dos ventanas estaban adornadas con colgaduras de percal color pajizo y tapiz verde, clavadas de modo que diesen entrada á la luz según los deseos del artista. Entre las dos ventanas había un pedestal con lámpara para gas con un reflejo y tres quemadores para reemplazar la luz del día, en caso de que las demandas del público obligasen al artista á trabajar de noche. Una araña había tejido su tela sobre el aparato, en el que aún se veía alguno que otro resto de los insectos que la habían servido de sustento. En medio de la habitación había un fragmento de alfombra. Supe, andando el tiempo, porque me lo dijo Potter Goddard, que esa era una alfombra turca y había estado en el estudio de Alma Tadema. Lo mismo pudiera haber dicho que estuvo en el arca de Noé, y nadie lo habría dudado. Había también un macizo caballete con su maquinaria para levantar un lienzo seis pies de alto, y otro para uso ordinario; un tercer caballete con un gran parasol blanco para pintar en el campo durante el verano, yacía en un rincón. Las paredes estaban adornadas con plumas de

pavoreal, abanicos japoneses, paletas y algunas pipas de fumar, la mayor parte rotas. En un estante había algunos moldes en yeso y varios jarros y objetos de loza, también hechos pedazos y negros con el humo y polvo de muchos meses. En un rincón había lienzos, bosquejos, estudios y obras comenzadas. En un extremo de la habitación había un piano, y era lo único que parecía tener algún uso.

Yo estaba sentado en una silla contemplando todas estas cosas con cierto sentimiento de tristeza, pues el espectáculo de empresas que se han abandonado, es á veces de un efecto desconsolador, cuando la puerta se abrió y se presentó la Señorita Goddard. Un rayo de sol entró al mismo tiempo por la puerta entreabierta, y parecía como si la joven formara parte de ese rayo de luz.

He visto á muchas mujeres bellas en el Orfeón; mujeres cuya belleza estaba realzada con todo lo que puede sugerir un arte exquisito é ingenioso; pero esta muchacha en su simple traje matinal, sin adornos de ninguna especie, tan sólo con el encanto de que la naturaleza la había dotado, despertó en mí un sentimiento de admiración como jamás había experimentado antes. No pretendo dar una idea de su belleza. La descripción de una melodía no puede expresar la impresión que produce en los oídos; y las bellezas de forma y

color son, á lo menos para mí, también indescriptibles: todas estas cosas parece que requieren un idioma especial, propio. Lo único que puedo decir es que era de elevada estatura, bien formada, y llena de gracia; que su pelo era de un color castaño tirando á negro, las cejas y pestañas aún más oscuras, y los ojos muy negros. Era bella y su rostro franco é intrépido estaba dotado de una maravillosa frescura y viveza, y en todo su aspecto había cierto aire de resolución que inspiraba la creencia de que ella no podría ocultar nada, y tenía que ser una muchacha buena á la vez que hermosa.

—Papá no está en casa, dijo; debe de haber olvidado que Vd. venía hoy. Tal vez desearía Vd. arreglarse con él acerca.... acerca de las condiciones, antes de empezar.

—No habrá dificultad ninguna en ese particular, repliqué: si Vd. quiere que demos la primera lección, yo estoy dispuesto á ello. El asunto del precio lo arreglaremos más tarde, pues yo conozco á su señor padre.

—¿Supongo que Vd. es el caballero con quien ha hablado el Sr. Holderness?

—Yo soy Juan Holderness.

Al oír esto se quedó ella un tanto perpleja.

—El Sr. Goddard, le dije, me pidió le buscase un músico decente que no fuese “una notabilidad,” y no

he podido pensar en ninguno que, como yo, corresponda á sus deseos.

Estas palabras unidas al tono de voz en que me expresé, disiparon lo embarazoso de su posición ; una sonrisa se dibujó en sus labios é hizo que sus ojos brillaran más hermosos que nunca. Pero de repente, tomando un aire serio, dijo con un acento que revelaba cierta ansiedad.

—Temo que tendrá Vd. una discípula que le dará mucho que hacer.

—Espero que Vd. no me encontrará impaciente, le contesté. ¿Sabe Vd. algo de música?

—Toco un poco el piano, aunque no bien. No me gusta el piano.

—Entonces no me sorprende que Vd. no toque bien. Sin embargo, el piano es un hermoso instrumento.

—No lo creo así. Nos da una forma angular y además tenemos que volver la espalda á una parte del auditorio, sin contar con el constante movimiento de brazos y manos de uno á otro lado, lo cual por cierto no tiene nada de bello.

—¡ Ah ! ¡ ah ! pensé para mis adentros, ahora comprendo porque quieres aprender á tocar el violín.

—Además, continuó la joven, todo el mundo toca ahora el piano, y son tantos los que desean enseñarlo,

que es en extremo difícil ganarse la vida de esa manera. Mis hermanas dan lecciones diarias de piano en un establecimiento de educación : ¡imagínese Vd. lo que será oír escalas todo el día y todo el año día tras día! Vuelven por la noche á casa medio muertas. ¡Y si á lo menos les pagaran bien! Pero nada de eso : una miseria. Si no fueran muchachas tan perseverantes, tan llenas de abnegación, tan buenas, ya habrían de puro fastidio abandonado la enseñanza del piano, como hice yo.

—¿Y espera Vd. obtener mejores resultados dando lecciones de violín?

Movió la cabeza con aire de duda, y con una expresión de desagrado, como reconviniéndose á sí propia, dijo :

—He hecho un fiasco completo como profesora. Solamente podía dar lecciones á los principiantes. Cuando los niños eran buenos, me veía obligada á besarlos y abrazarlos constantemente ; y cuando eran traviosos, les aplicaba unas palmaditas, y si empezaban á llorar, yo también lloraba, y tuve que abandonar mi tarea antes de haber cumplido una semana en la escuela.

Bajó los ojos avergonzada, é hizo bien, pues de lo contrario, si los hubiera fijado en mi rostro, habría visto que me reía á mis solas.

—¿No cree Vd. que con el violín tendré más espe-

ranzas de buen éxito? me preguntó tras un momento de silencio.

—Es decir, ¿cómo medio de ganar dinero?

—¡Ah! No, no es posible permanecer mano sobre mano. Hace tiempo que debía haber ayudado á las otras hermanas; pero en vez de eso....

Se detuvo, arqueó sus lindas cejas y estiró sus delicados dedos que estaban entrelazados, como si hubiera querido castigarse sus faltas.

—Yo no dudo que una dama que pueda dar lecciones de violín sería mejor pagada que una pianista, le dije; al mismo tiempo cierto grado de excelencia....

—¡Oh! no: yo no hablo de enseñar, replicó levantando la vista. Yo intento tocar en público.

—¡Ah! eso es cosa muy diferente! dije, sabiendo perfectamente de qué modo un auditorio, al ver ante sí á esta joven y encantadora mujer, pondría en las nubes las partes buenas de su ejecución sin tener para nada en cuenta las malas. Como ejecutante en público puede Vd. hacer una fortuna.

—Entonces empecemos nuestra lección cuanto antes, exclamó levantándose del taburete del piano en que había estado sentada.

—¿Tiene Vd. un violín? le pregunté.

—Hay uno entre las cosas que pertenecen á mi padre, dijo abriendo una gran caja negra en que vislum-

bré una figura de yeso rota y una colección de trajes de varias clases, y sacando un violín y un arco, agregó riendo : me parece, sin embargo, que no se le puede hacer producir ni un sonido.

Y así era en efecto. La caja del instrumento estaba rajada, y en las cuerdas y el arco no había ni vestigios de resina. El arco pasaba sobre las cuerdas como si se las hubiera untado con grasa.

—No importa, dije ; bastará para hoy si Vd. aprende á tomar el violín y el arco ; y el instrumento que Vd. tiene sirve para ese objeto. Lo primero que hay que aprender es á manejar el arco con un movimiento libre del brazo y una apropiada inclinación de la muñeca.

—Yo creo que ya sé eso, me dijo.

—Bueno, repliqué, no poco divertido con su inocente presunción, porque siempre he hallado que no hay cosa más difícil de enseñar que la manera de usar propiamente el arco. Bueno : veamos lo que Vd. sabe hacer.

Tomó el violín y el arco, y adelantándose llena de gracia y dignidad hacia el centro de la habitación, me hizo una reverencia inclinándose. Entonces se irguió, y me miró como si esperase el momento de empezar. De nuevo quedé como extasiado contemplando su belleza : la mano, la muñeca, el brazo, de una forma y color

exquisitos; su figura joven aunque bien desarrollada; las líneas de sus hombros y garganta; su cabeza peque-



“ME HIZO UNA REVERENCIA INCLINÁNDOSE.”

ña adornada con una trenza de pelo que, iluminada por un rayo de sol, tomó un color castaño muy oscuro; los bellos y abiertos ojos, la blanca nariz un poco arqueada, el labio inferior que se levantaba para encontrar al superior, un poco más corto, dando de este modo

prominencia á su linda barba y agregando una cierta expresión de orgullo á la resolución natural de su fisonomía—todos estos encantos reunidos eran capaces de dar al traste con una cabeza más vieja que la mía.

No creo que me veía: sus miradas parecían como dirigidas á un público lleno de admiración y de esperanzas, que no serían defraudadas: era la actitud de una verdadera artista. El efecto fué tan intenso que yo mismo creí por un instante en la realidad de aquel auditorio imaginario, é instintivamente levanté el arco para marcar el compás.

Puso su violín en posición, descansando sobre él su hermosa cara, levantó el codo, y tomando el arco ligeramente entre el pulgar y los tres primeros dedos, alzando el meñique delicadamente, dejó caer la parte posterior del arco sobre las cuerdas, y al dar yo la señal, lo bajó con un movimiento rápido del brazo y muñeca, y luego inclinando ésta volvió el arco á su primera posición con una gracia verdaderamente magistral.

Pero ni un sonido brotó de aquel inútil instrumento. La ilusión no podía mantenerse. Con la cabeza inclinada aún sobre el violín me miró riéndose y dijo:

—¿Le parece á Vd. bien así, Sr. Holderness?

—¡Es admirable! le contesté. Vd. seguramente ha tomado ya lecciones.

—No; pero he visto tocar el violín, y he practicado la manera de manejar el arco.

—¡ Ah! ¡ ah! pensé para mis adentros; y apostarí que lo hizo delante de un espejo de cuerpo entero.





CAPÍTULO II

LE proporcione un buen instrumento á la Señorita Goddard, é hice cuanto me fué posible para enseñarla á tocar el violín. Iba tres veces por semana á su morada, y á veces cuatro, porque con frecuencia sucedía que por un motivo ú otro no podía dar lección. Ya tenía que arreglar un vestido ó hacer una visita, ó me daba alguna otra excusa por el estilo. Pero por lo común decía :

—En verdad que no vale la pena tratar de hacer nada hoy, porque no me siento inclinada á estudiar. Perderé la paciencia y le haré perder á Vd. tiempo y paciencia sin ningún resultado.

Lo que había realmente en el fondo era que no tenía por la música un amor profundo, y su ambición de ser una violinista para tocar en público no era suficientemente poderosa para hacerla vencer su poca inclinación al estudio serio y constante.

Nadie la reprendía por su falta de perseverancia : el mundo es tan ilógico en su indulgencia para con una

jóven amable y bella, como en su dureza para con las muchachas no muy amables ni bonitas. Además, sus defectos no eran producto de un carácter mal acondicionado, sino más bien resultados de una educación descuidada.

—Nosotras somos más dignas de censura que ella, decía Juana, la mayor de las tres hermanas, joven muy sensata y sencilla. La hemos lisonjeado y mimado, hemos satisfecho sus caprichos, la hemos alentado en sus extravagancias, y no tenemos por lo tanto que ser intolerantes porque ahora sea—lo que la hemos hecho.

Sin embargo, Margarita padecía y se atormentaba mucho con sus faltas. Era en extremo sensible, y cuando sus hermanas permanecían más tranquilas que lo de costumbre, se imaginaba que estaban meditando en sus faltas y locuras. Á veces, como si le remordiera la conciencia por su poca constancia en el estudio, trabajaba con sorprendente energía y asiduidad.

—Si Vd. vé que me estoy volviendo perezosa, recuérdeme que cumpla con mi deber, me dijo un día.

En estos períodos de buenos deseos y actividad hacía grandes progresos. Por desgracia eran de corta duración, y al cabo de un par de semanas se presentaba sin el violín, y con un acento lleno de mimo decía :

—No me reprenda Vd. hoy muy seriamente. Si Vd. lo hace, entonces. . . . entonces me echaré á llorar.

En ocasiones semejantes no era posible recordarle el cumplimiento de su deber; y hacía lo que todo el mundo: tener excesiva indulgencia con ella. La verdad es que yo era un mal maestro, y que mi discípula me había trastornado la cabeza por completo.

—“Señorita Goddard, es inútil que yo pretenda enseñarla. Yo no soy sino un viejo loco que no puede imponerle respeto ni obtener la atención de Vd.: por lo tanto, mi deber es abandonar el campo, y decir á su papá que busque á uno más apto que yo para desempeñar mi plaza.” Esto es lo que *hubiera* debido decir. Pero no dije nada que se le pareciera, y lo único que hacía en semejantes ocasiones era hablar de mi orquesta, ó tocar algo de las nuevas piezas que estaba ensayando, ó cualquiera otra cosa que me pidiese la Señorita Goddard.

Mis escrúpulos me habrían obligado á hacer dimisión de mi empleo de profesor, si se me hubiese pagado por enseñar. Pero no se me pagaba. Potter Goddard jamás mencionó el asunto; ni siquiera me ofreció reembolsarme el precio del violín que había comprado para su hija.

Tenía para ello excelentes razones: nunca había tenido dinero. Era un hombre ligero y perezoso sin darse cuenta de ello, y vano como un pavo real. Juana y Cecilia pagaban todas las cuentas y sostenían la casa.

Ambas eran excelentes muchachas y muy industriosas : Juana era una joven sencilla y práctica, dotada de un gran fondo de sentido común y buenos sentimientos ; Cecilia, sencilla, inocentona, y muy linda, aunque ni por un momento podía compararse con Margarita en nada, excepto en la belleza de su puro y sonrosado cutis.

✓ Cecilia llevaba relaciones con Horacio Clinton, que la había pedido en matrimonio, y á la verdad era una pareja que armonizaba á las mil maravillas. Clinton era un joven buen mozo, de aspecto decente, amable y estimable en la mayor parte de las cosas, aunque no tan fuerte y viril como me gustan á mí los hombres. Tenía el cabello suave y rizado, y dejaba que un pequeño rizo le cayera sobre la frente. Era un artista que sabía pintar con especialidad rostros bonitos. Ganaba dinero dibujando figuras para las tapas de las cajas de confites y dulces, aunque trataba de ocultarlo, creyendo que esta clase de trabajo era derogatoria de su calidad de artista ; pero le facilitaba los medios de sostener á sus padres, y de ofrecer un hogar á Cecilia, que era más de lo que Potter Goddard podía jamás haber intentado. Por lo tanto, me parece que hacía mal en manifestar ese desprecio por las cajas de confites.

Juana no llevaba relaciones con nadie y ni aun tenía un admirador en aquella época.

—Margarita y Cecilia tienen que casarse y poner

casa antes de que nadie se fije en mí, decía con frecuencia.

Parecía que Cecilia sería la primera en casarse. Yo creo, sin embargo, que ella demoraba su casamiento en obsequio de la familia. Sus esfuerzos, unidos á los de Juana, á duras penas alcanzaban á cubrir los gastos de la casa; y si su hermana sola tuviera que hacerlo todo, no podría menos que incurrir en deudas y luchar con toda clase de dificultades.

Margarita hizo una alusión á esto un día que nos encontrábamos solos.

—Cecilia desea casarse, y podría hacerlo mañana si quisiera, me dijo; pero trabaja como una esclava, y oculta sus ansiedades y disgustos, y todo por.... ¡Ah! ¡yo no valgo para nada!

Y diciendo esto salió precipitadamente, volvió con el violín y estudió con constancia y asiduidad durante tres semanas.

Como Juana lo había manifestado, era inútil que Margarita solicitase un empleo de profesora de piano. Era tan bella que de seguro tendría que tropezar con disgustos. No podía evitar que se enamorasen de ella. En cuanto á ir con una familia privada, jamás le convendría; y respecto á un establecimiento de educación, la cosa se hacía más difícil. Después de todo, Margarita no tenía la culpa de ello.

Por supuesto que había las probabilidades de que se casara antes de mucho tiempo, aunque esas probabilidades se habían vuelto un tanto vagas, porque desde que tenía diez y seis años había estado rodeada de admiradores, y nunca había encontrado uno que le agradara lo bastante para esposo.

—Yo no sé lo que me pasa, decía en una de sus horas de desaliento; trato de hacer las cosas bien, y todo me sale mal. Ni siquiera puedo encontrar uno que me agrade lo bastante para esposo.

Estas horas de desaliento eran frecuentes. La mayoría de sus conocidos la veían cuando estaba llena de animación, viveza y travesura, y la juzgaban aturdida é indiferente. Pero yo sé que sus horas de tristeza eran más frecuentes que las de alegría.

Algunos llegaban hasta decir que bien merecía ser infeliz, creyendo que no era sino perezosa, vana y frívola. Pero yo no pienso así. Creo que las mujeres bellas son más dignas de compasión que de envidia; y que después de tener un buen corazón, el don mejor de una muchacha, es un rostro sencillo y no demasiado bonito.

Un día que Margarita había llegado á aprender bien su parte en una *berçeuse* de Herold, arreglada para piano y violín, le pedí á Potter que no saliera el próximo lunes para que se la oyese tocar y le sirviese de esti-

mulo en sus futuros estudios. Me prometió que así lo haría, y como aquel lunes llovía á cántaros, cumplió su promesa.

Uno de los caballetes lo convertimos en atril de música, y lo pusimos en el medio de la habitación donde Margarita deseaba tocar. Yo me senté al piano, y Potter se sentó en la gran arca negra que contenía sus propiedades y riquezas.

Margarita estaba llena de animación aquel día, y cuando tomó su puesto á un lado del caballete, su joven y fresco rostro irradiaba de alegría.

Potter estaba muy orgulloso de su hija, y la quería mucho á su manera, algo egoísta; y mientras llenaba de tabaco la pipa, moviendo el pie de uno á otro lado, la contemplaba con los ojos medio cerrados, como quien hace un estudio crítico. Di la nota para que Margarita templara el violín. Ya lo había puesto en el diapasón conveniente, y estaba tocando una nota prolongada para tener aun mayor seguridad, cuando sus miradas se fijaron en su padre y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—¿Está Vd. lista? le pregunté.

—Espere Vd. un momento, gritó Potter que tenía la pipa en la boca y estaba ahora, con las manos en posición horizontal, formando un cuadro imaginario. Ven-ga Vd. acá, Holderness, me dijo. Yo me puse á su lado.

—¿No cree Vd. que haría un cuadro muy bello? me preguntó.

Margarita había adivinado lo que pasaba en la



mente de su padre, y se mantuvo en la postura que había excitado su admiración, con el arco sobre el violín, la bella mano en la posición más exquisita, teniendo levantado el dedo

“YO DÍ LA NOTA.”

meñique color de rosa, el blanco rostro apoyado en el violín, inclinada su pequeña cabeza, y con aquella maliciosa sonrisa que animaba sus adorables ojos.

—Un cuadro de primer orden, que producirá gran efecto, ¿no es verdad?

Le dije que si podía pintar un cuadro semejante al original, obtendría indudablemente un gran éxito.

—Lo haré, lo haré—exclamó con entusiasmo—ahí está ese lienzo de cuarenta y ocho pulgadas por treinta y seis que preparé el otoño pasado. Es precisamente lo que necesito.

Y se dirigió al montón de lienzos y cuadros por acabar que yacían en un rincón.

—¿Qué te parece mi vestido de terciopelo pardo, papá? le preguntó Margarita que era tan alocada como su padre.

—Excelente, con un fondo tempestuoso, exclamó Potter buscando el lienzo. Date prisa, y pongamos manos á la obra inmediatamente: aprovechemos la inspiración.

Margarita no se lo hizo repetir: puso el violín sobre el piano, y salió corriendo á mudar de vestido. Yo me dirigí al piano algo malhumorado, y lo cerré, pues por lo pronto era un mueble inútil.

—¡Bonito modo de alentar á una muchacha en un estudio serio! murmuré entre dientes. ¡Muy cuerda

manera de tratar á una muchacha vanidosa y consentida, cuya felicidad futura depende de que se vuelva razonable y constante!

Cuando pienso ahora en la influencia vital que tuvo ese cuadro en el destino de aquella joven, me pregunto á veces cuáles habrían sido las consecuencias si su padre hubiese procedido en aquella circunstancia como un hombre sensato.

—No importa, pensé al salir de la casa ; su entusiasmo se habrá evaporado mañana, y el miércoles volveremos de nuevo á cosas más serias.

Pero el miércoles hallé á Margarita con su traje de terciopelo pardo, de pie delante de su padre, y á éste fumando y pintando precisamente como los había dejado el lunes, y el viernes fué la misma historia, aunque el tiempo había aclarado y el sol invitaba á salir al aire libre.

—¡ Es una cosa verdaderamente *extraordinaria* ! decía Horacio Clinton con cierto ceceo que le era peculiar acompañado de la supresión de una que otra *r*.— ¡ Jamás se ha visto que Potter haya pintado *tes* días consecutivos en todo el curso de su *extraordinaria* *carera* !

En efecto, era una sorpresa para todos, especialmente para aquellos que más íntimamente le conocían.

De dos maneras puede explicarse su perseverancia.



“PINTANDO PRECISAMENTE COMO LOS HABÍA DEJADO.”

En primer lugar, había conseguido pintar un cuadro notablemente bueno, en muy corto espacio de tiempo ; y en segundo lugar, sus hijas habían entrado en una es-

pecie de conspiración, y le elogiaban y lisonjeaban fuera de todo extremo, animadas con la esperanza de que terminase su cuadro en tiempo para enviarlo á la exposición de la Academia.

Potter había manifestado siempre gran desprecio por la Academia Real de Pintura, diciendo que los artistas que no eran admitidos en la Exposición tenían más motivos de enorgullecerse que aquellos cuyas obras habían sido aceptadas. Sin embargo, cuando estuvo terminado su cuadro y lo hubo puesto en un marco, y admirado más que ninguna otra persona, consintió en que se enviara á la Academia, aunque con cierta afectada indiferencia. Después de todo no dejaba de ser divertido ver el cuidado con que le envolvía y empaquetaba en una caja, y como lo sostenía cuando iba en el carricoche que le conducía al edificio de la Academia Real de Pintura.

Todos esperábamos con ansiedad el resultado final. Hubo una quincena de suspenso ; y nuestras esperanzas se fueron aumentando cuando se tuvo noticia de la primera lista de cuadros rechazados, sin que Potter hubiese recibido aviso alguno de la comisión que entendía en el asunto. Á partir de aquel día, Potter jamás se ausentó de su casa en las horas de la llegada del cartero. Yo me encontraba presente cuando, al fin, recibió la carta oficial. No se halló con valor de abrirla ; pero

Margarita se la tomó de las manos, y rompiendo el sello, exclamó :

—¡ Un billete de entrada, papá ! ¡ Ah ! ¡ Mi retrato estará en la Exposición ! Y se arrojó al cuello de su padre y le abrazó, apoyando la cara sobre sus hombros para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Yo había conseguido cuatro asientos del director del teatro para aquella noche, y habíamos convenido que Juana y Cecilia, ausentes en sus colegios, nos esperasen en la puerta del teatro, de modo que tuve el placer de verlas cuando Margarita les mostró el billete de la Academia de Pintura. Era realmente conmovedora la alegría que demostraron. Cuando me dirigí á la orquesta, los ví que hablaban todos en voz baja, casi á un mismo tiempo, y podía adivinarse sobre qué versaba la conversación. Durante la representación dirigí de vez en cuando mis miradas hacia ellos, y los veía que cuchicheaban entre sí sin ocuparse mucho de lo que pasaba en la escena. Tengo sin embargo la seguridad que nadie gozó tanto en el teatro aquella noche como Goddard y sus hijas.

Cuando se acabó la función, ya habían decidido que Margarita no fuera á la Academia con su vestido de terciopelo pardo, para no llamar demasiado la atención, y porque parecería que deseaba se la identificase con el retrato. Tenían pues que ir el día siguiente, después

de las horas de clase, á la calle del Regente, para escoger algo que pudiera estar listo el primero de Mayo, día de la apertura de la Exposición. Juana y Cecilia ni por un instante pensaron en comprar vestidos nuevos.

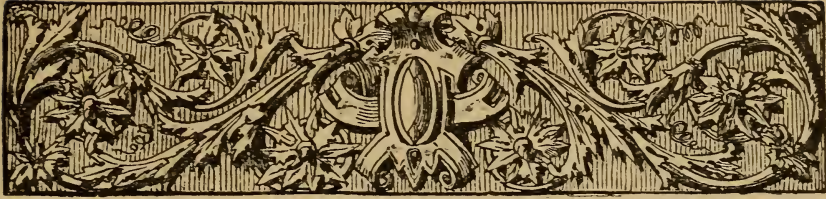
—Quisiera saber si habrá muchas personas que se detendrán á contemplar mi retrato, dijo Margarita, y si los críticos de los periódicos dirán algo desfavorable.

—Vaya que si dirán, respondió Cecilia, que, como ya he indicado, era muy sencilla é inocentona. Ellos siempre encuentran defectos en todo.

—Quizás nadie, excepto nosotros, sabrá que tu retrato está en la Exposición, dijo Juana con la sensatez que le era característica. Tal vez lo habrán colgado en un rincón como hicieron el año pasado con el cuadro de Horacio, agregó por vía de epílogo.

—Si arrinconan mi obra, será la última que les envío, dijo Potter que se imaginaba ya al público en general y á toda la comisión de la Academia llenos de la mayor ansiedad de contemplar los cuadros de P. P. Goddard.





CAPÍTULO III

SU cuadro no había sido arrinconado ; antes al contrario, había sido colgado en muy buen lugar, según la opinión de todos, excepto, por supuesto, la de Potter. Esto llenó de asombro á los artistas del *Club* "Bayard," quienes, en ausencia de Potter, se despachaban á su gusto acerca de su obra. Decían que era un cuadro de sexto orden ; que allí no había arte ninguna, que el colorido era malo, que el dibujo era también malo (y la verdad es que á mí el violín no me parecía bueno). Lo más que podía decirse en elogio de ese cuadro era que poseía cierta belleza que cautivaba la atención, lo cual no se debía á la habilidad de Potter ; con un modelo como el que tuvo á la vista, el cuadro tenía precisamente que ser bonito, y porque lo era, había sido aceptado y colgado en lugar visible. La Academia no era en realidad sino un almacén, una gran tienda, y los tenderos tienen más interés en complacer el gusto vulgar del público, que en tratar de elevarlo, etc. Pero lo que más sorpresa causaba á estos her-

manos en el arte (estoy por decir que los exasperaba) era la noticia de que "*El Alegre*" (que así se titulaba el cuadro), había sido vendido el primer día de la Exposición en nada menos que trescientos duros! precio que á mí me parecía excesivo, considerando los magníficos oleógrafos que se pueden comprar á cinco duros.

No pude ir con mis amigos á la Academia el día que se abrió la Exposición, porque tenía que atender al ensayo de una nueva opereta, y esto me ocupó desde las once de la mañana hasta el oscurecer durante una semana. Pero el martes siguiente, después de un par de horas de ensayo, me dirigí á la Academia donde llegué poco después de las dos.

Las galerías estaban llenas de concurrentes; pero yo sabía en qué salón estaba colgado "*El Alegre*," y á él pasé con el presentimiento de que allí encontraría á mis amigos, pues que era la segunda visita que hacían. Allí estaban en efecto.

Al primero que ví fué á Potter. Estaba en el centro del salón con los brazos cruzados, criticando los cuadros arrinconados. Su aspecto extraño, por no decir poco decente, atraía un tanto la atención; y á la verdad su gran sombrero, su pelo escabroso, la flamante corbata, y la vieja chaqueta de terciopelo de color indefinido, eran más que suficientes para hacerle

conspicuo entre aquel gran número de personas elegantes y bien vestidas. Algunos le miraban con cierto respeto y admiración, mientras otros se codeaban ligeramente y se sonreían; pero él no los veía, por la sencilla razón de que tenían el cuidado de reirse á sus espaldas. Después, á cierta distancia, percibí á Margarita con su sombrero blanco y su vestido nuevo, y me pareció la más bella y elegante de todas las que en aquel salón representaban la belleza y la moda. Todo el mundo se volvía para verla, pero de seguro no de la misma manera que contemplaban á Potter. Iba en compañía de Cecilia. La pobre Juana tenía dolor de cabeza, pues las hermanas se hallaban allí desde las nueve de la mañana, y estaba sentada sola en un lugar algo retirado. Cecilia tenía también el aspecto fatigado; pero nada parecía afectar á Margarita. Se hubiera dicho, al verla, que acababa de entrar en el salón.

Con cierto aire de vacilación y sonrojándose me llevó á ver su retrato. Delante de cada uno de los cuadros había muchas personas; pero me fué en extremo grato observar que "*El Alegre*" era el que más gente atraía. Me pareció más pequeño que en el estudio, pero me encantaba más que nunca. Aquel malicioso y adorable rostro, aquel cuerpo tan bien formado y tan lleno de gracia, aquella mano delicada empuñando el arco. . . . á pesar de que el violín no estaba ciertamente

bien dibujado, como decían en el *Club*, todo lo encontraba admirable.

Era realmente divertido oír las observaciones que se hacían. Los que habían ido á distraerse y pasar unas horas agradables, decían: “¡Qué bella!” Y los que se las daban de inteligentes usaban todas las expresiones y frases que se leen en los periódicos para significar al fin y al cabo la idea anterior, ó lo contrario. Un estudiante contemplaba minuciosamente la obra para encontrar qué era lo que en ella había digno de admiración; al paso que la gente de buen tono y á la moda emitía su juicio con sólo dar una rápida mirada, y los que con más ostentación fallaban acerca del mérito del cuadro, eran los que menos entendían de la materia.

Margarita y yo nos miramos y sonreímos al oír las observaciones de una señora que estaba delante de nosotros. Tendría unos cuarenta años y estaba vestida á la última moda: se dirigía á un caballero, bastante grueso, de unos diez años más que ella. Ya al entrar en la Academia le había visto dar órdenes á un lacayo que le abrió la portezuela del coche, tirado por dos magníficos caballos que impacientemente piafaban, moviendo la cabeza y haciendo resonar sus bocados de plata.

—¡Ah! ¡este es!—dijo la dama consultando su catálogo: “*El Alegre*,” de P. P. Goddard. No me gusta. Es simplemente absurdo. Contemple Vd. esa

tez y ese color ¿son acaso naturales? ¡Pues no digo nada del tono! Y los ojos ¿no es verdad que son desmesuradamente grandes? No hay sentimiento artístico. Jamás se ha visto una muchacha que tenga ojos negros acompañados del color de ese cutis. Bien: quizás satisfaga el gusto de algunas personas; pero á mí, ante todo, me agrada la consistencia.

Yo deseaba con toda mi alma que hubiese vuelto el rostro y viera á Margarita, cuya belleza estaba tan sólo débilmente reproducida en el cuadro. Pero los circunstancias se hallaban demasiado ocupados contemplando el retrato para que se les ocurriera mirar á derecha ó á izquierda. El caballero grueso que acompañaba á la señora, y que sólo movía la cabeza con un “Sí,” y “¡Ah!” ó “¡Jum!” por toda respuesta, sintiendo sin duda que hacía demasiado calor en medio de tanta muchedumbre, y deseando hallar un espacio más despejado, volvió la cabeza, y divisó á Margarita. Después de contemplarla un momento dirigió rápidamente la mirada al retrato. Percibiendo Margarita que había sido reconocida se alejó de aquel lugar tomando mi brazo, y la conduje donde se hallaban sentadas Cecilia y Juana. En aquel instante se levantaron dos personas y ocupamos sus asientos.

Como era natural, dirigimos nuestras miradas á la multitud que estaba frente al retrato de Margarita.

Observé que el caballero grueso y su compañera no estaban ya allí; pero le ví un poco más adelante, y algo detrás de la dama, mirando de soslayo á Margarita. Era evidente que si la había identificado con la figura de "*El Alegre*," no había comunicado su descubrimiento, porque la señora no mostró curiosidad alguna respecto á Margarita. El caballero no podía apartar sus ojos de la muchacha, y donde quiera que íbamos podía ver su roja y rolliza cara vuelta hacia nosotros, pero siempre de modo que no pudiera ser observado por la dama que estaba con él. Deduje, por esta circunstancia, que podría ser su esposa.

Cuando Potter se nos reunió, propuse que tomáramos algún refrigerio, y aceptada mi invitación, nos dirigimos al salón de refrescos, nos sentamos á una mesa y dimos nuestras órdenes. Margarita estaba á mi lado al extremo de la mesa. Mientras nos servían, el caballero y la señora de que he hablado pasaron junto á nosotros y tomaron asiento en otra mesa un poco más lejos, aunque el caballero tuvo la precaución de colocar la silla de la dama de manera que nos volviese la espalda, sentándose él al lado opuesto, pudiendo de este modo contemplar á Margarita sin llamar la atención de su compañera. Yo no creo que esto fuese pura casualidad, porque su rostro no reveló señal ninguna de sorpresa cuando vió á Margarita. Debió haber notado que yo le estaba

vigilando, pero poco le importó; continuó fijando en ella sus miradas de la manera más imperturbable. En cuanto á Margarita, podría ó no haber observado la persistencia del caballero, pero no hizo alusión alguna á ello. Una muchacha bonita tiene que sufrir esta especie de persecución, y á veces ni caso le hace.



“MARGARITA ESTABA Á MI LADO AL EXTREMO DE LA MESA.”

Tuve sobrada oportunidad de estudiarle. Era un hombre robusto, pletórico, ni viejo ni joven, con una cara ancha y colorada, barba pronunciada y doble por

lo carnosa; la parte posterior de su corto cuello formaba una especie de protuberancia rojiza que sobresalía por encima del almidonado y rígido cuello de la camisa. Tenía afeitados el bigote y la barba; las patillas eran de un color gris arenoso, y el pelo, algo más oscuro, estaba rizado con tenacillas. Podía verse que era amigo de la buena mesa y de buenas bebidas, á juzgar por el color de su tez, lo espeso de sus labios y lo rollizo de sus mejillas. Era ancho de espaldas, y cuando deseaba dar una ojeada en derredor, ponía la mano en la mesa y movía la parte superior del cuerpo con la cabeza tan tiesa como si tuviese la garganta paralizada. Esto se debía al cuello de la camisa en extremo almidonado y alto. Tenía la mano regordeta, y los dedos cortos, brillando en uno un diamante prodigiosamente grande. La expresión del rostro no era repulsiva; al contrario, reinaba en él cierta jovialidad y buen humor no desagradables; sus pequeños ojos pardos pestañaban constantemente: eran los ojuelos más astutos y vivarachos que se puede imaginar, penetrantes y sutiles; su actividad parecía que compensaba lo poco flexible y pesado del cuerpo. Estaba vestido con un traje de paño negro: la levita le caía perfectamente; el sombrero y los guantes parecían casi nuevos. Le sirvieron costosos manjares, y le ví dejar medio duro en el platillo en que el mozo le trajo el cambio. Á no ser por estas

señales de riqueza y el magnífico coche que había visto á la puerta, le hubiera tomado por un traficante común ó algo por el estilo.

Habíamos acabado de tomar nuestros refrescos y estábamos á punto de levantarnos para partir, cuando una dama y un caballero pasaron cerca de Margarita, y se dirigieron á la mesa ocupada por las personas de que hablo. La señora era joven, algo gruesa, y vestida según todas las exigencias de la moda; el caballero era alto, esbelto y parecía joven. Sólo pude verle de espaldas, porque cuando llegó donde estaba el caballero grueso, éste se levantó, le dió un apretón de manos con una sonrisa cordial, y le mantuvo en esa posición conversando con él hasta que salimos del café. *Ahora* sé que le conservó de intento en aquella posición para que no reconociera á Margarita.

No le volví á ver más aquel día, porque pocos minutos después salí de la Exposición, á donde sólo había ido á ver el retrato de Margarita. La vanidad de Potter estaba satisfecha, á lo menos por el momento; y aunque Juana no le daba importancia á su dolor de cabeza y deseaba quedarse (para no abreviar nuestro placer), comprendíamos que le sería beneficioso el aire fresco del parque.

La noche siguiente debía representarse la pieza que habíamos estado ensayando. Margarita tenía grandes

deseos de verla. La verdad es que constantemente anhelaba asistir á toda clase de fiestas y diversiones. Los últimos acontecimientos la habían incapacitado, más que nunca, para los estudios serios; y como Potter se excusó de que no podía asistir por impedírsele otras ocupaciones, yo me decidí á llevar á las hermanas al teatro y á acompañarlas á su casa después de la representación. Margarita pasó el día con una amiga. Al oscurecer encontré á las tres hermanas, en compañía de Horacio, en la puerta del teatro, donde también me esperaron terminada la representación.

Serían las doce menos cuarto cuando llegamos á la morada de Potter, y con gran asombro nuestro vimos en el primer piso una luz más brillante que de costumbre. Juana había llevado consigo la llave de la puerta para que la criada no tuviese necesidad de levantarse á abrir, de modo que entramos preguntándonos cuál sería la causa de aquella inusitada iluminación. No podíamos creer que fuese Potter porque había hablado de compromisos y ocupaciones, que bien sabíamos que querían decir una noche pasada en el *Club*. Sin embargo, era él. Le oímos que silbaba como un mirlo, al acercarnos al estudio, sin que se hubiera dado cuenta de que habíamos entrado. Abrimos la puerta y le hallamos muy atareado con pincel y paleta delante de un lienzo sobre el caballete, sudando la gota gorda, no tanto

efecto del trabajo como del intenso calor de los tres mecheros de la lámpara, que estaban encendidos á toda luz. Era un espectáculo tan extraordinario, que las tres muchachas exclamaron á un mismo tiempo:

—¡Papá!

—¡Hola! muchachas, ¿ya de vuelta? ¿Qué tal le va, Holderness? gritó alegremente, y dando unas pinceladas, continuó: se trabaja algo, como Vd. ve. Y bien, Horacio, ¿cómo va el comercio de cajas de confites?

Y diciendo esto Potter se apartó del caballete, permitió que sus cejas tomaran su aspecto natural, y limpió el copioso sudor de la frente con la manga de su eterna chaqueta.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Margarita.

—Quiere decir, hija mía, que he recibido una orden para hacer una copia del cuadro que está en la Academia. No se repara en precio. Por supuesto, que no me desharé de ella por otros miserables trescientos pesos. No: me pagará el doble y la obra estará concluida en una semana. Ahora bien: seiscientos duros á la semana representan una entrada decente al fin del año ¿no es así?

Estábamos tan sorprendidos, que no pudimos decir nada de momento; pero al fin Cecilia observó, con su modo reposado:

—¡Qué lástima que tú desprecies de tal manera el dinero, mi querido papá!

—Por supuesto, el dinero no significa nada para mí —contestó Potter con cierto aire desdeñoso y caballeresco, y no sin razón, porque generalmente no tenía mucho de que disponer — pero uno desea, como es natural, que se reconozcan sus talentos.

—¿Y quién quiere mi otro retrato? preguntó Margarita, que tal vez vió en esa orden algo tan lisonjero para ella como para el talento de su padre.

—No sé quien es. Vino esta tarde cuando me disponía á salir, dijo Potter. Llegó en un carruaje; lacayo y cochero con librea; magníficos caballos; finos arreos y guarniciones de plata. Y diciendo esto dió una especie de silbido para expresar una magnificencia demasiado grande para las palabras.

Arrojé una mirada de soslayo á Margarita, que se había sonrojado de puro contenta. Juana me miró de una manera significativa, como si quisiera decirme: “Esto acabará de trastornarle la cabeza y de hacerla aun mucho más vanidosa de lo que es.”

—Como mostró gran impaciencia de poseer el cuadro, me puse á trabajar acto continuo, agregó Potter.

—¿Y cuánto tiempo se quedó aquí? preguntó Margarita.

—Cosa de media hora.

—Entonces Vd. ha empleado algún tiempo en *imprimir* el lienzo, observó Horacio para quien la palabra *imprimir* presentaba una dificultad insuperable.

—Pero ¿qué clase de caballero es? preguntó Margarita.

—¡ Oh! un hombre ya de cierta edad, muy jovial . . .

—¿ De qué edad?

—Bien : unos cincuenta años. He aquí la clase de hombre que es, dijo Potter tomando un pedazo de carbón y empezando á hacer en la pared un bosquejo del caballero en cuestión, comenzando por los pies y acabando por la cabeza. Aquí lo tenéis, continuó el pintor : pantalones negros, levita negra, chaleco blanco

En esto le interrumpió Cecilia diciendo :

—No tiene aspecto de caballero: es demasiado grueso.

—¡ Qué desatino ! exclamó Margarita : un caballero puede ser corpulento lo mismo que un hombre del pueblo.

—Yo creo lo mismo, dijo Potter concluyendo su dibujo. Nuestro vecino del lado dice que es un millonario. He aquí el aspecto de nuestro hombre rudamente bosquejado.

Á pesar de lo informe del bosquejo reconocí en él un gran parecido al hombre grueso de la Academia, que yo había tomado por un traficante ó tendero común.

—Entonces tú sabes algo acerca de ese individuo, le preguntó Margarita.

—Sé lo que he dicho, y sé también que su nombre es Motley. Supongo que Vd. habrá visto por ahí ese nombre, Holderness, agregó dirigiéndose á mí: “Motley y Harlowe,” cerveceros ó cosa por el estilo, y banqueros al mismo tiempo. Él es el decano de la firma.

—¿Y desea una copia *exacta*? preguntó Margarita.

—No: dice que desearía el rostro un poco más de perfil.

Yo comprendí, y Margarita también, que lo que el Sr. Motley deseaba era un retrato y no simplemente el cuadro.

—Yo le he dicho, continuó Potter, que si quisiera pasarse por aquí mañana, podría escoger la posición que más le agradase. Y me contestó que lo haría con mucho gusto.

—Entonces vendrá mañana, y yo.... yo....

—¡Oh! tú tendrás que quedarte en casa, como es de suponerse.

Margarita se sentó, sonriéndose. Era visible á todas luces que estaba completamente satisfecha.

Mientras me dirigía á mi morada, me sentía extrañamente agitado, de mal humor y hasta triste. ¿Qué había que temer? Que el Sr. Motley estuviese loca-

mente enamorado de Margarita—que estuviese en libertad de casarse con ella—que Margarita consintiera en ser su esposa. Bien: ¿sería eso en perjuicio de la muchacha? ¿Debería yo dudar en casarme con ella, dado caso que quisiera aceptar mi mano? ¿Era yo acaso más joven, mejor, y más aceptable que el Sr. Motley? ¿Era pura y simplemente la felicidad de esa muchacha lo que me preocupaba? No podía responder satisfactoriamente esta última pregunta, porque sabía que amaba á Margarita, que la amaba intensamente, y que no era sino un viejo loco.





CAPÍTULO IV

Como sabía que mi presencia en casa de Potter no era necesaria el día siguiente, me abstuve de ir, á pesar de mis deseos vehementes de convencerme si había tenido ó nó razón en suponer que el Sr. Motley era la misma persona que yo sospechaba ; pero fuí el jueves, á la hora de costumbre, con mi violín.

Mis temores quedaron confirmados aun antes de entrar en la casa, pues delante de la puerta estaba el magnífico coche que había visto á la entrada de la Academia de Pintura : los caballos tascando el freno y agitando sus brillantes arreos, el cochero tieso que tieso en su asiento, y el lacayo envuelto en su larga levita, de pie con los brazos cruzados junto á la puerta.

En las ventanas de las casas vecinas se veían muchas personas atisbando entre las persianas como si pasara un entierro.

—El *caballero* está arriba—señor—dijo la criada Jenny en voz baja y en tono de precaución al entrar yo.

—Está bien, Jenny : pronto habrá dos caballeros

arriba—le contesté, y subí; porque poco me imponían todos estos jaeces y muestras exteriores de riqueza. Llamé, pues, á la puerta del estudio, y Potter exclamó: ¡ Adelante!—y entré.

Potter se hallaba sentado frente á su lienzo; Margarita, con su lindo vestido nuevo y el rostro encendido con la agitación, estaba de pie á un lado, y el Sr. Motley al otro contemplando la obra.

Cuando Margarita me presentó al Sr. Motley, no me quedó ya la más leve duda: era el hombre corpulento, bien vestido, de aspecto vulgar, de rostro mofletudo y encendido y vivarachos ojillos pardos que había visto en la Academia.

—Bien, Holderness, ¿ qué tal le parece mi obra? me preguntó Potter dándome un dedo de la mano en que tenía el pincel.

La postura no era la misma que en “*El Alegre.*” Margarita estaba sentada con el violín en el regazo; su rostro tenía más reposo. El conjunto era menos teatral y me gustaba mucho más. Cuando manifesté esto, el Sr. Motley declaró que se alegraba de oirlo.

—Y le diré á Vd. por qué, agregó arrellanándose en su asiento y enjugándose el copioso sudor de la frente con un magnífico pañuelo de seda que tenía constantemente en la mano para ese objeto: hay una cierta rivalidad entre mi socio Harlowe y yo, continuó; si yo

compro un caballo, él compra otro; si él toma una casa de campo para el verano, yo tomo otra; y siempre el uno trata de sobrepujar un poco al otro; y al decir esto se echó á reír de todas veras, y sus ojuelos se volvieron aun más pequeños y socarrones que de costumbre. De consiguiente, prosiguió, cuando Harlowe me dijo que había comprado el mejor cuadro de la Exposición, resolví en mis adentros no dejarle vencedor en la partida, y me dije: el hombre que ha pintado un cuadro, puede también pintar otro, y si hace uno que le supere, tanto mejor. Así va el mundo, y así es el hombre. De manera que, sin decirle una palabra, busqué la dirección de Vd. en el catálogo, y he aquí todo lo que ha pasado.

Ví que Margarita se sentía en extremo mortificada al descubrir que se había pedido su retrato tan sólo para satisfacer la ridícula vanidad de dos cerveceros vulgares. Por mi parte, confieso que estaba deleitado.

—Ahora Margarita le detestará, pensé yo.

Tampoco Potter se manifestaba muy complacido: no era admiración del cuadro lo que había movido al Sr. Motley; nada de eso; sólo le había impelido su fatua vanidad. También me alegré de ello.

—Yo ignoraba que el socio de Vd. hubiese comprado mi cuadro, dijo Potter.

—Así lo creo. Sin embargo, lo ha comprado, y lo

más gracioso de la historia es que no sabe qué hacer con él, pues su esposa no querrá tener ese retrato en su casa; estoy seguro de ello—esto es, agregó cerrando los astutos ojuelos—si he de juzgar por el carácter de esa joven dama, que creo conocer bastante bien.

—¡ Ah! el Sr. Harlowe se ha casado con una mujer tiránica y caprichosa, preguntó Potter riéndose.

—Todavía no, respondió el Sr. Motley: aun somos viejos solterones. Pero él se casará con la joven dama á que he aludido, á menos que el cuadro de Vd. no dé al traste con el casamiento. Ya ha habido sus desavenencias á causa del retrato.

Y de nuevo el Sr. Motley se echó á reir, sacudiendo el cuerpo entero de puro contento.

—Sin embargo, continuó enjugándose el sudor, ella pasará por alto ese asunto, pues al fin y al cabo cederá en provecho suyo. Así es la naturaleza humana.

—Me parece, dije dirigiéndome al Sr. Motley, que Vd. tiene una idea muy triste de la naturaleza humana.

—Seguramente que sí, respondió de una manera decidida. La he tenido que estudiar mucho: de otro modo, no habría alcanzado la posición que hoy gozo.

Después, como reflexionando, agregó: ella se casará con él. Ha visto perfectamente que yo no le convenía.

Si la estimación en que teníamos á Motley no era gran cosa, su socio no quedaba mejor librado; porque

¿qué podría ser Harlowe si Motley era más digno de ser preferido por una joven dama?

Margarita se había vuelto casi pálida. Estaba completamente disgustada, y razón tenía para ello.

Poco después se retiró Motley diciendo que volvería de vez en cuando para ver cómo progresaba el retrato, suplicando á Potter que se dedicase á su labor en cuerpo y alma, y no se parase en cuestión de dinero. Potter le acompañó hasta abajo y oímos que se cerró la portezuela del coche y que los caballos partieron; pero Margarita no se asomó á la ventana, como sin duda lo hubiera hecho en otras circunstancias.

—¡No pasa de ser un hombre vulgar y grosero! dijo Potter al regresar al estudio.

—¡Detestable! exclamó Margarita.

Yo permanecí en silencio por temor que mis amigos pudiesen ver cuánto me complacía la conclusión á que habían llegado.

Después de eso Potter no se sintió con deseos de seguir trabajando y salió. Margarita tomó su lección de violín con paciente resolución, lo que mostraba que había resuelto una vez más ser “una buena muchacha,” y aprender á ganarse la vida como sus hermanas.

El interés de Potter en la obra que había emprendido con tanta energía se iba disminuyendo de día en

día, sin que la esperanza de obtener una gruesa suma de dinero le sirviera de incentivo.

—Veo, dijo Motley un día, que tengo que estar sobre Vd. si quiero conseguir mi cuadro. Y convino en ir á casa de Potter cierto número de veces á la semana, obligándole de este modo á quedarse en el estudio y á que trabajase en estas ocasiones. Sin embargo, el retrato no progresaba mucho, porque el artista había tomado en aversión su obra, y con frecuencia borraba un día lo que había pintado el anterior.

Noté que Margarita se volvía más tolerante hacia Motley á medida que el tiempo pasaba. Hallaba excusas para su falta de buen gusto. Era un hombre que todo se lo debía á sí propio; no había recibido educación; tenía que tratar con gente común y vulgar. Su socio, que debía de ser una persona insoportable, tenía mucha culpa de que Motley fuese lo que era, etc. Halló, además, que poseía buenas cualidades, así como malas, como nos sucede á todos. Era generoso, amable y de buen corazón: nadie podría negarle estas prendas. Cuando Juana enfermó, le enviaba diariamente cestillos de flores y frutas, y nunca venía sin traerle alguna golosina, y de lo más caro. Le dió á entender á Potter que, sabiendo como se encontraba la familia en asunto de dinero, si necesitaba ciento ó doscientas libras esterli-

nas,* ó mucho más, podía contar con ello con sólo decir una palabra. Estoy por agregar que Potter no hubiera tenido empacho en aprovecharse de la oferta; pero Margarita no quería oír una palabra del asunto, y declaró que preferiría ir de vendedora á una tienda antes que aceptar auxilio pecuniario de esa naturaleza. Proporcionó á Cecilia un destino en que ganaba dos veces más de lo que le pagaban en el colegio, por menos de la mitad del trabajo. Le ofreció á Potter que le compraría cuanto cuadro pintase. Cuando Juana estuvo ya en plena convalecencia, la llevó en su gran carruaje, junto con Potter y Margarita, á Richmond, donde comieron en el mejor restaurant. No podían menos de tenerle cariño: le perdonaban sus defectos pensando en sus buenas cualidades. Diré más; creo que les gustaba por esos mismos defectos que los colocaba en términos de perfecta igualdad, pues la superioridad intelectual de ellos equilibraba las ventajas pecuniarias de Motley. Y, además, siempre experimentamos cierta inclinación hacia las personas cuyas peculiaridades provocan nuestro buen humor. Motley conocía sus defectos y reía cordialmente de cualquier chiste ó chanza que se dijese á expensas suyas.

Pero este cambio de sentimientos despertaba en mí

* Quinientos ó mil duros.

serios temores; pues era á todas luces evidente que la persistencia de Motley no era simplemente el resultado de su determinación de obtener el retrato que se había propuesto conseguir, y me parecía que todos veíamos, aunque á nadie lo comunicábamos, que más le interesaba el modelo que el retrato.

Mientras Juana estaba aun tan débil que no podía cumplir su compromiso en el colegio, Cecilia perdió su colocación. La familia con que estaba había decidido ir al continente unos cuantos meses: de modo que ninguno de los Goddard ganaba dinero, pues por urgente que fuera la necesidad, no por eso Potter se decidía á trabajar; al contrario, cuando los asuntos no iban bien en la casa, hallaba que era imposible trabajar en ella, y desperdiciaba su tiempo en el *Club*. Yo sabía que de día en día se iban entrapando más y más.

Parecía realmente una burla los manjares delicados que Motley les llevaba, cuando lo que necesitaban era un alimento sencillo, sano y nutritivo. No podemos hacer una comida con *paté de foie gras*, *caviar*, ó *fiambres* por el estilo.

La pobre Margarita sentía hondamente lo delicado de su posición. Nadie podría haber estudiado ni practicado con más ardor que ella en esta época, pero se hallaba muy lejos de ser siquiera una medianía en el

violín. De nuevo repetía frecuentemente: “¡ Ah! ¡ yo no valgo para nada, yo no valgo para nada!”

Yo veía que Motley estaba enamorado perdido de Margarita, si es que no lo estuvo desde el momento que la vió. Todos los días le traía ó enviaba un ramillete de hermosísimas flores. Yo recordaba lo que él había dicho: “ He tenido que estudiar mucho la humanidad: si no conociese sus flaquezas no habría alcanzado la posición que hoy gozo.” Y tenía por lo tanto la seguridad de que sólo le estaba dando tiempo al tiempo, esperando que los asuntos de la familia llegasen al peor estado posible para ofrecer entonces la mano á Margarita. Su conocimiento del corazón humano era bastante sutil para leer en el de ella como en un libro abierto, sobre todo dadas la franqueza y carencia de doblez de la muchacha.

Yo sabía que si Margarita se casaba con él cometería un grave error, y á la larga se arrepentiría amargamente, porque á pesar de las buenas cualidades de Motley, era indudablemente grosero y vulgar, mientras que los gustos de Margarita eran delicados y finos.

Yo sabía también que no le profesaba verdadera estimación ni respeto; y por otra parte tenía la seguridad de que hacia mí había en ella afecto y estimación. Mis gustos eran casi los suyos; mi cariño hacia ella no conocía límites. Yo había ahorrado un piquito, y tenía

un empleo que me producía algún dinero. Me hallaba en posición de casarme y auxiliar á su familia; y aunque comprendía que su casamiento conmigo sería ridículo á los ojos del mundo, que sólo juzga por apariencias, por lo menos no sería tan fecundo en infortunios como su casamiento con Motley. Llamé á Potter aparte una noche en el *Club*, le expliqué mi situación, y le pedí permiso para hablar á Margarita sobre el particular.

—Perfectamente, me dijo riéndose de buena gana: nada se pierde con pedir.

El día siguiente me puse mi mejor ropa y me dirigí á casa de Potter, á una hora en que sabía que estaba allí Margarita. Abrí la puerta del estudio sin que me viera ni oyera: estaba practicando sus ejercicios, y me conmovieron las señales de penosa ansiedad y cuidado que revelaba su bello rostro. Parecía que trataba de vencer su desaliento.

Cuando me vió, puso el violín sobre el piano, y me recibió con una sonrisa franca y cariñosa, extendiéndome ambas manos. Se alegraba de verme. El corazón se me ensanchó.

—¡Oh! ¡me alegro tanto de que hay venido Vd. temprano! exclamó. No puedo salir airosa con el retornado. Ahora Vd. me mostrará lo que debo hacer.... Pero veo que Vd. no ha traído su violín....

—Hoy no he venido á dar lección, le dije. ¿ No le ha dicho su papá. . . . ?

—¡ Oh! sí, me contestó con reposado acento, y la sonrisa de sus labios desapareció de repente. Y sentándose continuó :—Sí: mi padre me lo ha dicho, pero yo. . . . yo. . . .

—Vd. no se acordó más de ello, le dije :—eso es lo que yo pensaba; y si no la amase tan sinceramente, no haría ni una alusión á este asunto después de semejante respuesta.

—Preferiría que así fuera, Sr. Holderness, me dijo con cierta agitación—es un asunto muy delicado y penoso, y. . . . y. . . . no hablemos de ello. . . . Yo sé, continuó, que Vd. está animado de los sentimientos más puros y sinceros; sé que Vd. piensa en mi felicidad tanto como en la suya. Sin embargo, á pesar de todo. . . . no puedo ser su esposa.

Yo permanecí un instante en silencio abrumado con aquella franca declaración. Afectando sin embargo un aire de la mayor tranquilidad le pregunté:

—¿ Puede Vd. decirme la razón?

—No hablemos más del asunto, Sr. Holderness; se lo suplico á Vd.

Yo estuve á punto de perder mi afectada tranquilidad, pero deseaba saber las razones que la impulsaban

á decirme que no podía ser mi esposa, y le pregunté de nuevo :

—Dígame Vd. por qué no puede ser mi esposa : yo deseo saber la verdad.

—Porque.... porque.... contestó vacilando ; yo no deseo ofender á Vd. ; pero.... yo no puedo amarle. No tengo en todo el mundo un amigo á quien quiera la mitad de lo que á Vd. quiero, se apresuró á agregar,—y para mí sería el golpe más cruel que pudiera recibir si Vd. cesara de visitarnos. Cuando Vd. está aquí, todo es más agradable. Yo siempre pienso con placer en su venida, precisamente como me sucede cuando Juana ha estado un día ausente y espero su retorno—pero no puedo amar á Vd. de otro modo.

¿ Qué podía yo responder á esta reiteración tan llena de franqueza y dicha con un acento de cierta dulce tristeza ? Sin embargo, le dije :

—Hay muchas que están dispuestas á casarse y ni siquiera tienen ese afecto á su futuro esposo.

Ella sabía á que aludía. Incluyó la cabeza y se puso en extremo colorada.

—Hay quienes se casan, continué, que ni aman ni son verdaderamente amados. Pero Vd. sabe que mi amor es tan profundo cuanto sincero.

—Yo sé que Vd. me ama más y mejor que los

otros, respondió sin levantar la cabeza—pero por qué, es lo que no puedo explicarme.

—Los otros tal vez la aman á Vd. sólo por su belleza.

—Sí, eso será—dijo con prontitud, y prosiguió:—Si Vd. no me ama por mi belleza, no comprendo por que me ama con preferencia á Cecilia ó á Juana. Cecilia es más constante, Juana tiene más seso, y ambas son más amables, diez veces menos egoístas y más laboriosas y trabajadoras de lo que yo jamás podré ser.

—Tal vez sea así, dije—pero lo único que sé es que la amo, como no amo á nadie en el mundo, como jamás he amado, como no podré amar, y que en sus manos está el hacerme el más feliz de los mortales.

—¡Oh! no, exclamó: yo jamás podría hacerle feliz. Soy vanidosa, perezosa, ligera. Cuando Juana me echa en cara mis defectos, me siento mortificada, lo que no me sucedería si no fuese la verdad. Hasta papá dice que compadece al hombre que se case conmigo—y lo mismo pienso yo. Y haciendo una breve pausa, agregó con una sonrisa—es decir, á veces.

—Yo no lo creo, repliqué, no lo puedo creer. Todo eso pasará y su marido será el más feliz de los hombres, porque Vd. concluirá por amarle andando el tiempo.

—No, no.... no, no. Jamás he amado á ningún



“ ME CASARÉ PARA OBTENER UNA POSICIÓN: ES LA PURA VERDAD.”

hombre, ni creo que podré jamás amar á nadie, excepto á mí misma. Yo no tengo corazón.

—¡ Vd. no tiene corazón! Dice Vd. que no tiene corazón, y al decirlo lo hace con los ojos anegados en

lágrimas, y espera que yo la crea—exclamé clavando en ella las miradas, trémulo de emoción y ansiedad.

—¡ Ah! de ningún modo me podría casar con Vd., dijo ella tras corta pausa.—Y aunque le amara, trataría de revestirme de valor para no casarme con Vd.

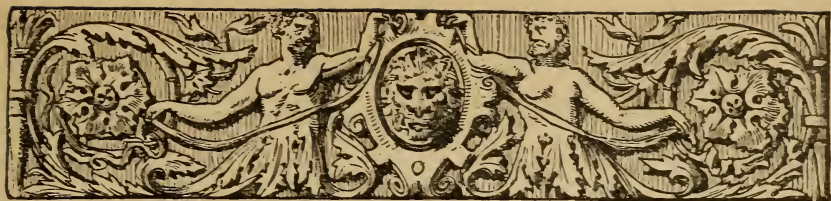
—Confieso que no la comprendo; eso me parece hasta absurdo.

—No; no lo es: Vd. ignora hasta qué punto odio el trabajo, y la pobreza, y los trajes sencillos; y cuánto me gusta el lujo, la prodigalidad, y todo lo que es malo. Al tratar de complacer mis gustos y caprichos, se arruinaría Vd.; ¿y qué felicidad, qué porvenir nos esperaría? Lo mejor que me puede suceder, es... no amar á nadie. Me casaré para obtener una posición: es la pura verdad. Sé que debería avergonzarme de mí misma, y de vez en cuando me avergüenzo—agregó sonriéndose, secándose al mismo tiempo las lágrimas que le asomaban á los ojos.—Le digo á Vd. todo esto, continuó, para demostrarle cuán imposible es para mí ser su esposa. ¡ Mi gran ambición es brillar en la sociedad, ser una mujer de mundo!

Quedé realmente anonadado al oírla hablar así, y sabiendo que lo sentía como lo decía, lo único que dije después de un momento de penoso silencio, fué:

—¡ En ese caso, el cielo os ampare, hija mía!

Y me retiré profundamente conmovido.



CAPÍTULO V

¡MARGARITA una mujer de mundo! Ella que tenía una predilección decidida por los niños, y los pájaros, y los gatitos, por todos los animalitos y pequeñuelos de toda clase; que lloraba al leer una novela, al cantar una romanza; que era la víctima de los mendigos; que daba crédito á las más absurdas historias de los que trafican con la credulidad y buen corazón femeninos! ¡Ella quería brillar en la sociedad! ¡Ella una mujer de mundo! Me parecía imposible. Sin embargo, antes de fines del mes, que era el de Junio, había aceptado la oferta de casamiento del Sr. Motley.

No fué por cierto un día de regocijo en la familia. Cuando llegué, como de costumbre, al medio día, hallé á Juana y á Cecilia en el estudio ocupadas en coser. Juana tenía su pañuelo en el regazo. Se podía ver que ambas habían estado llorando.

—¿Dónde está Margarita? pregunté con el presentimiento de que lo que había estado temiendo se había realizado.

—Está arriba en su habitación.... no se siente muy bien hoy. Yo no creo que hoy dará lección, dijo Juana.

—¿Qué es lo que ha sucedido? pregunté.

—Ha aceptado la mano del Sr. Motley, contestó Juana tratando de contener las lágrimas. Cecilia observó lo que pasaba por su hermana, y se cubrió el rostro con las manos volviéndolo á otro lado. Era particularmente sensible, y la vista de otra persona llorando tenía sobre ella el mismo efecto que sobre los niños,—la hacía llorar también. No se parecía en esto á Juana, cuya pena era el resultado de profunda reflexión.

—Ayer pidió su mano, y hoy consintió ella, sin habernos dicho una palabra del asunto, hasta después de dada su palabra, cuando ya no había remedio,—prosiguió Juana. Anoche, continuó, Margarita estaba más tranquila y pensativa que de costumbre, aunque, á decir verdad, la pobre muchacha ha estado bien pensativa las últimas semanas. Yo me lo temía.

—¿Dónde está su papá? pregunté.

—Ha salido: él es tan sensible, que no puede trabajar cuando nos ve tristes y desalentadas.

Las muchachas siempre hallaban una excusa para su padre, cuando no me era dado á mí encontrar ninguna.

—No, pensé para mis adentros, os deja que lloreis solas en vez de tratar de consolaros; no puede trabajar

cuando estáis padeciendo, pero no *quiere* trabajar para libraros de esos padecimientos.—Y cuando pensé que esta calamidad podría haberse evitado si Potter se hubiese dedicado á su trabajo con perseverancia solamente una semana; que podría haberse ganado unos cuantos centenares de duros con el segundo retrato de Margarita, dando de alta á Motley, pagando sus cuentas atrasadas, llevando su familia al campo una semana, infundiendo á sus hijas nuevo vigor y salud,—cuando pensé en todo esto, experimenté tal exasperación, que, á haber estado en mi poder, habría condenado á Potter á dar vueltas á una noria el resto de su vida. Sin embargo, no dije nada, y traté de ocultar mis sentimientos, porque no había para qué agravar el dolor de las pobres muchachas, y ví que lo único que debía hacer en aquel caso era tomar la cosa por su lado menos malo.

Durante las últimas semanas yo había hecho todo lo que podía hacer honradamente para perjudicar la causa de Motley. Había hecho investigaciones acerca de su carácter, posición y antecedentes, con la esperanza de descubrir algo que no le fuera favorable; pero nadie tenía que decir lo más mínimo en contra suya: la posición de que gozaba la había ganado á fuerza de trabajo y perseverancia. Como no me fué dado descubrir nada en sentido desfavorable, me pareció justo decir lo que sabía en sentido favorable, y procedí á hacerlo:

—El Sr. Motley es un hombre excelente, dije. Es franco y dadivoso. Vds. no conocen la mitad de los beneficios que hace, porque no va por todas partes pregonando su generosidad. El dar á todos y en todo tiempo, es en él un don natural, á pesar de que ha trabajado y trabaja todavía mucho para ganar lo que da. Ese es un buen rasgo de su carácter.

—Sí, sí, interrumpió Juana; nadie puede hablar mal de él, y si Margarita al fin le amase, nada habría que decir. Pero ella no le ama, y se ha sacrificado por nosotros.

—No debe Vd. dejarla ver lo que piensa en este asunto, y lo mejor es no decir una palabra sobre el particular. Por mi parte, dije, hablando como si creyera lo que decía—yo no tengo la seguridad de que ella haya hecho un sacrificio. Si amase á otro, el asunto cambiaría de aspecto; pero no ama á nadie ni creo que jamás pueda amar á alguien. Y más vale que sea así. Porque si amase á un hombre pobre, continué recordando las razones que la pobre Margarita había aducido, tendría que arruinarle con su pasión por el lujo y la prodigalidad, y ¿qué felicidad habría entonces para ella? No; yo veo bien clara la cuestión: ella debe casarse para obtener una posición. Todos pueden ver que ella ha nacido para brillar en la sociedad, para ser una mujer de mundo, y puesto que no puede fácilmente

casarse con un príncipe, aunque es digna de un emperador, debemos felicitarla de que haya encontrado un hombre de buen corazón y bolsa repleta. No se debe tratar esto como una desgracia ó un infortunio. Vamos, Cecilia, ¿ha escogido Vd. el vestido que mejor le sentará para madrina de boda?

—Sí; he pensado en ello, contestó; pero no sé para que ponerse vestidos bonitos cuando hemos de ir llorosas.

—Pero Vds. no irán llorando; eso ni sería cuerdo ni bueno.

—No, dijo Juana, debemos mirar el asunto por su lado favorable.

Y así lo hicimos, aunque no pudimos desentendernos del lado malo.

Jamás había tratado de hacerme agradable á Motley, que era bastante inteligente y astuto para ver que yo no le profesaba particular amistad; pero eso le era indiferente. Un hombre que ha alcanzado buen éxito puede ser magnánimo sin esfuerzo; por lo tanto continuó tranquilamente la senda que había tomado, sin prestar á mi posible oposición más atención que la que prestaría un buey si encontrase una rana en su surco. Sin embargo, con la esperanza de que las muchachas se sintieran más animadas, me dediqué á agrandar á Motley, y como consecuencia de ello, cuando la familia fué invi-

tada á pasar unos días en Streatly, donde estaba su residencia de verano, me pidió que los acompañase.

—Venga Vd., me dijo poniendo la mano en mi hombro, al vacilar yo en aceptar la invitación no sabiendo como podría abandonar mis ocupaciones:— venga Vd., y cuando piense que así nos complacerá á Margarita y á mí, no creo que se niegue á pasar unos días con nosotros.

En esta época mostró gran tacto y mayor delicadeza de la que había esperado de él, teniendo en cuenta su rudeza natural y falta de educación y pulimento. Me parecía que había más reserva y esmero en su trato con Margarita, desde que ésta había consentido en ser su esposa. Él podía ver que la muchacha no le amaba; sabía que se casaba para obtener una posición; ella debía habérselo dicho, porque era demasiado honrada y franca para ocultar sus motivos ó para que él se equivocase; y Motley era bastante sensato para comprender que le era preciso ganar su respeto y estimación, estimulando al mismo tiempo su cariño poco á poco, para obtener al fin aquel amor que debía hacerlos mutuamente felices. Le quisimos más por este modo de proceder, y la idea de que, después de todo, su casamiento no era una calamidad, disipó las nubes que empañaban nuestro cielo.

Se convino que la visita se haría la semana siguien-

te, debiendo salir de Londres al mediodía para llegar á Streatly á la hora de comer. Esto proporcionó á las muchachas el tiempo necesario para preparar sus vestidos, y se habló mucho acerca de las personas que podrían conocer; pero lo que más les preocupó fué el papel que allí haría su padre. Su horrible y vieja chaqueta, y sus más que usados pantalones no eran por cierto lo más á propósito para presentarse entre gente bien vestida; sin embargo, ¿cómo persuadirle que cambiase su traje habitual por uno más en armonía con las exigencias de la sociedad que tanto afectaba despreciar? El mismo Potter resolvió esa cuestión presentándose una tarde en el estudio vestido con un traje de etiqueta que le prestó un ropero de Londres, y que se diferenciaba de los trajes ordinarios tan sólo en que despedía un fuerte olor á bencina.

—¿Qué tal me va esta ropa, muchachas? preguntó á sus hijas, contemplándose en el espejo con tanta satisfacción como un niño con corbata nueva.

Las muchachas estaban encantadas. Le hicieron algunas corbatas blancas, le rociaron con agua de Colonia, y de tal modo le lisonjearon, que casi se envaneció más de su presente aspecto de caballero que de su antigua apariencia de asendereado artista.

No pude desentenderme de mis ocupaciones el jueves, pero el viernes por la mañana llegué á Streatly.

En la estación del ferrocarril me esperaba un vehículo. El caballo lo hacía rodar ruidosamente por el camino, como si nuestro peso no fuera nada. El rápido movimiento, el aire fresco y perfumado, la vista del río aquí y allá entre los cercados y arboledas, el sol brillante, todo servía para llenarme de animación y de alegres pensamientos. “Esto es mejor que Highgate,” decía para mis adentros, “Margarita será feliz.”

Tomamos una ancha calzada de abetos, y después atravesamos un hermoso jardín. Cuando llegamos á la residencia de verano de Motley, una criada abrió la puerta. La seguí al interior de la casa, y dando una ojeada á derecha y á izquierda á medida que avanzaba, divisé pavimentos de mármol, muebles de roble, paredes adornadas con cercetas y cuadros, y al través de una puerta abierta ví una habitación amueblada con todo lujo, que daba á un invernadero lleno de brillantes flores y plantas raras. Á la extremidad del vestíbulo había una escalera que conducía á una especie de prado, con numerosos cuadros de flores. En la pradera había dos grandes cedros á guisa de gigantes protectores del lugar. Todo era grandioso y bello á la vez; pero creo que nada era más agradable á las miradas que la vista del prado, liso y suave como el terciopelo, el río que se divisaba á lo lejos, y al otro lado de sus aguas las colinas cubiertas de hayas que se elevaban sombrías y

apacibles formando contraste con el alegre cielo, en que cruzaban las rápidas nubes de verano.

Mis amigos se hallaban en el prado. Allí estaba Margarita con un vestido claro y las manos llenas de flores, y á su lado Motley, en traje matutino, luciendo más colorado y corpulento que nunca; Cecilia y Juana muy limpias y bonitas con sus vestidos nuevos, y Potter con su casaca, que usaba á todas horas, porque decía que era un traje cómodo, aunque creo que la verdad del caso es que se habría avergonzado de endosarse su antigua chaqueta.

—¡ Ah! ¡ ahí está! ¡ ahí está! gritaron todos al divisarme, y se apresuraron á venir á mi encuentro. Por el modo de estrecharme la mano conocí que todos estaban contentos y satisfechos.

Fuimos á almorzar, pues serían las nueve; Margarita se sentó á la cabecera de la mesa, y Motley en el extremo opuesto. El comedor era sencillo, pero hermoso, y adornado sin lujo, aunque con el mejor gusto, pues Motley había comprado la casa completamente anueblada, tal como la había dejado un caballero de la aristocracia cuya esposa era una de las reinas de la sociedad y de la moda; y esta sencillez tenía sin duda por objeto dar realce á la riqueza de la mesa y sus accesorios. Y realmente que era digna de llamar la atención con sus vasos y copas de exquisito cristal y su

bella argentería en medio de la profusión de flores. Nunca había visto nada semejante al almuerzo que nos sirvieron. Era en verdad absurdo denominarlo así. Si me hubieran dicho que era una comida, habría manifestado que era excelente, y no hubiera dudado de ello; excepto que había té y café para los que quisieran beber una ú otra cosa. Era difícil saber qué escoger entre aquella colección de exquisitos manjares, y la pobre Juana, tímida por naturaleza, estaba como asustada de pedir algo por temor de ponerse en ridículo ante los criados que nos servían lujosamente vestidos. Al ver el aire de ostentación con que Potter rechazaba los platos que se le ofrecían, pidiendo á los sirvientes los que estaban al otro extremo de la mesa, se hubiera dicho que se había criado en el lujo y la opulencia, y que tenía criados y lacayos que estaban atentos á sus menores órdenes, á pesar de que su vestido podía olerse al otro lado del comedor. ¡Cuán diferentes eran sus modales, más aún, los de todos nosotros, dejando ver nuestra pobreza en una docena de particulares, visibles á los sirvientes, cuán diferentes, repito, á los de Margarita, que presidía la mesa con una tranquila dignidad y dominio de sí misma que nosotros tratábamos de copiar, aunque en vano! Ella parecía tener conciencia de su posición como futura señora de la casa, é imprimía cierto aire de autoridad á un rostro que nunca careció

de gracia y nobleza. Los ojos de Motley se fijaban en ella con orgullo y satisfacción, y no le faltaban motivos para congratularse, porque una princesa que hubiera ocupado el puesto de Margarita no podría haber inspirado más respeto y admiración.

Después del almuerzo me llevaron á la sala de estrado, al salón de recibo y á la biblioteca: Cecilia y Juana me iban llamando la atención á un objeto bonito tras otro, mientras Potter me tocaba ligeramente de vez en cuando, moviendo la cabeza de un lado á otro de una manera significativa cuando veía algo particularmente hermoso ó artístico, al paso que Margarita todo lo contemplaba con una sonrisa de satisfacción y contento. En cuanto á mí, mi respuesta á las observaciones que se hacían y mis comentarios sobre todos estos objetos de arte y de lujo sólo eran una serie de interjecciones. No había visto nada más magnífico en mi vida.

Me llevaron después á la cochera y me mostraron el faetón, el tálbury, el cabriolé, la calesa y el carruaje campestre en que había venido de la estación. La cochera parecía el almacén de un fabricante de coches, al ver lo limpio que estaba todo y el cuidado y esmero que en todo se manifestaba. Por último fuimos á la caballeriza, y allí hasta el mismo Motley dió muestras de entusiasmo admirando la bondad de sus caballos.

—No me sorprende, me dije, que Margarita prefiera esta espléndida morada á la modesta casita de campo que era lo más que yo podría haberle ofrecido.

Se decidió que diésemos un paseo en carruaje por el campo. Las muchachas se fueron á mudar de traje, y los hombres nos sentamos á una mesa en el prado á la sombra de los cedros. Había jarros, botellas, vasos, y cajas de tabacos.

—Hagan Vds. como si estuvieran en su propia morada, dijo Motley con un hermoso habano entre los espesos labios. Sírvanse Vds. Y dirigiendo luego hacia mí sus astutos y vivos ojuelos, me preguntó: “Ahora bien, Sr. Holderness, ¿le parece á Vd. que el marco es bastante bueno?”

Yo sabía lo que él quería decir con eso y le contesté:

—Se adapta perfectamente al cuadro, que no es poco decir.

—Tiene Vd. razón, dijo con una risita algo necia y estirando las piernas con aire de satisfacción. El todo está armonizado perfectamente, como diría Vd., Sr. Potter, continuó dirigiéndose al artista y arrojando una bocanada de humo. Para esto he estado trabajando durante veinte años; esto era lo que apetecía. He trabajado mucho y he esperado con paciencia. Un hombre imprudente habría hecho una tentativa desesperada

hace tiempo : pero yo no procedo así. Cuando juego es con grandes puestas, pero nunca con más de lo que yo puedo pagar. Sí ; con una esposa como Margarita, creo que puedo desafiar al país entero á que presente una morada más hermosa.

Potter contestó apoyando lo dicho por Motley, pero yo permanecí silencioso. Sentí haberle oído hablar de esta manera, porque demostraba que sólo apreciaba á Margarita como un objeto que no servía más que para satisfacer el deseo de ser envidiado. Traté, sin embargo, de interpretar sus palabras en otro sentido ; pero á pesar de todo, se quedaron grabadas en mi memoria, y sentía infinito que las hubiera proferido.

Potter había conseguido darle otro giro á la conversación, y estaba hablando de bellas artes, asunto en que, para ser justo, era más perito que en el de hacer dinero ; y Motley, reclinado en su ancho y cómodo sillón campestre, tenía dirigidas sus miradas hacia el río, cuya corriente seguían sus pensamientos, aunque parecía prestar oído atento al discurso de Potter, cuando un bote, en el que había dos damas y un caballero en traje de elegante marinero, se divisó á cierta distancia. Motley abrió los ojos con una mirada de asombro. El caballero levantó un remo, el bote se deslizó en el embarcadero, y con un botador quedó atracado y firme. Motley se levantó de su asiento, fijó los ojos en el suelo

como si reflexionara un momento, y diciéndonos: “dispénsenme Vds. un instante,” se dirigió al embarcadero.

Aunque había andado con toda la ligereza que le era posible, cuando llegó á las escaleras ya el caballero había desembarcado y ayudaba á las damas á hacer lo



“LOS RECIÉN LLEGADOS SE DIRIGIERON LENTAMENTE Á DONDE ESTÁBAMOS.”

mismo. Hubo apretones de manos, una corta discusión, y los recién llegados se dirigieron lentamente á donde estábamos. En ese momento oí las voces de las muchachas que bajaban las escaleras que conducían al prado.

Á la vista de los nuevos huéspedes, la tímida Juana habría vuelto con gusto á la casa, pero Margarita no se lo consintió, y las tres hermanas se sentaron con nosotros á la mesa. Las nuevas visitas se hallaban aun á alguna distancia, por que la subida era escarpada y penosa. Veíamos perfectamente á las dos damas entre Motley y el caballero: aquellas estaban vestidas á la moda y con elegancia: eran madre é hija. La primera podría tener unos cuarenta y cinco años: era delgada, la expresión del rostro algo dura, pero era una mujer hermosa. Me parecía haberla visto antes, aunque de momento no podía recordar dónde. La segunda tendría á lo sumo veinte y seis años, más bien de pequeña estatura, bien proporcionada y agraciada en sus movimientos, cabellos negros y también bella; pero su belleza era del todo distinta de la de Margarita, porque tenía el cutis descolorido, ojos grandes, aunque no rasgados, y una expresión de lánguida indiferencia, muy común entre artistas, actores, y todos los que se exhiben en público. He visto muchas jóvenes parecidas á ella, pero no he admirado á ninguna; ni he conocido tampoco á ninguna de ese tipo que mereciese el afecto ó

la confianza de sus compañeras de profesión, aunque hayan ejercido considerable fascinación en los espectadores del género masculino. El caballero que acompañaba á las damas era un joven alto, de aspecto vigoroso, bien formado, de hermoso rostro adornado con espeso bigote. Sus facciones eran regulares, la boca bien modelada, dejando ver los dientes cuando reía; los ojos azules y llenos de vida y buen humor. Tenía ancha y espaciosa frente, y la expresión de su fisonomía revelaba franqueza, sinceridad, un carácter generoso é inclinaciones honradas. Su traje de marinero le sentaba á maravilla; pero aunque era un buen mozo no había en él la menor señal de fatuidad ó afectación. Semejante pueril vanidad no podía hallar cabida en una naturaleza tan varonil como la suya. Desde que le ví, me agradó, y comprendí que cuanto más le conociera tanto más me agradaría. Cuando estuvo cerca de nosotros nos miró sin marcado interés; pero cuando sus ojos se fijaron en Margarita, se detuvo de repente con una expresión de sorpresa, como la que se retrataría en el rostro de un antiguo amigo que encontráramos inesperadamente en país lejano tras largos años de ausencia. Pero aquella expresión de sorpresa y admiración se fué acentuando á medida que el caballero se acercaba á nosotros. Cuando llegaron donde estábamos, dijo Motley:

—La Sra. y la Srta. Borrodale—la Srta. Goddard—

y tomando la mano de Margarita de una manera significativa continuó: la Srta. Goddard—el Sr. Harlowe—y continuó presentando mutuamente á sus huéspedes.

Margarita hizo un saludo, pero el Sr. Harlowe, dominando su asombro, extendió la mano y dijo con franca sonrisa :

—Dispéñeme Vd., Srta. Goddard, pero me parece que hace más de dos meses que conozco á Vd.

Entonces fué Margarita la que dió muestras de sorpresa.

—Es cierto, Margarita, dijo Motley riéndose cordialmente : este caballero es mi socio, el Sr. Harlowe, que se enamoró del retrato de Vd. el mismo día que se abrió la Exposición en la Academia.

Entonces me acordé que la Sra. Borrodale era la misma dama que había criticado tan absurdamente el cuadro "*El Alegre*," y que había tomado un refresco en compañía de Motley, de quien creí que fuera la esposa ; y en el mismo instante recordé el caballero alto que entró en el salón de refrescos en compañía de una joven dama, y á quien, mientras hablaba con Motley, éste mantenía de modo que nos volviese las espaldas cuando salíamos del salón.



CAPÍTULO VI

LAS muchachas y Potter regresaron á su morada el martes ó miércoles de la semana siguiente. Yo, que me había visto obligado á partir el sábado anterior, me enteré de muchas cosas cuando les hice una visita el jueves.

Juana había recobrado completamente la salud, y todos tenían mejor aspecto, gracias á los días pasados en el campo, excepto Margarita. Parecía llena de ansiedad como si algo la atormentase, y permaneció silenciosa mientras las otras se interrumpían á cada instante en su afán de referirme todo lo que habían hecho y visto y gozado. Las diversiones habían sido continuas. Regatas en el río, paseos en botes, en carruaje y á caballo, romerías al bosque, y que sé yo cuántas cosas más.

—¿Y el Sr. Harlowe? pregunté cuando me dieron oportunidad de hablar.

—¡Ah! nos ha acompañado á todas partes ¿no es verdad, Margarita?

Margarita inclinó la cabeza, y se puso á arreglar los papeles de música que yacían sobre el piano.

—Vive muy cerca de Motley, en una antigua y preciosa casa ; esto es, va allí de cuando en cuando, es un lugar delicioso—continuó Juana.

—Me sorprende que Motley no hubiera dicho nada sobre este particular, dije yo por vía de observación.

—Sí ; él nos dijo que el Sr. Harlowe había comprado ó alquilado una casa de campo, y que no sabía si estaba ó no en ella, contestó Potter.

—Por casualidad estaba allí, agregó Cecilia. Había hecho arreglos y preparativos para pasar á Francia con un amigo suyo, pero el proyecto no se realizó, no sé por que causa, y entonces la Sra. Borrodale y su hija, ¡ qué odiosa criatura ! ¿ no es verdad, Juana ?—que habían tomado una casita de campo por un mes, invitaron al Sr. Harlowe que fuera á visitarlas y las presentara á algunas de las personas de su amistad en aquellos contornos, y así es como ha pasado todo.

—¿ Es la Srta. Borrodale la prometida esposa del Sr. Harlowe ? pregunté.

—Nada de eso.

—Entonces ¿ esa no es la señorita á que aludía Motley ?

—Sí ; ella misma es. Bien quisiera casarse con el Sr. Harlowe.

—Ya lo creo.

—Pero no es probable que él se case con esa mu-

chachuela amarillenta, afectada, taimada y falsa. Ella se alegraría en extremo de atrapar al Sr. Motley; y tengo la seguridad de que se imagina que puede hacerlo, porque tiene horribles celos de Margarita. ¿No es verdad, Margarita?

—No me he ocupado un instante de eso, dijo Margarita con reposado acento.

—Creo que se morirá de envidia y mortificación al ver que ha estado inútilmente jugando al tira y afloja con Motley para atrapar al Sr. Harlowe, perdiendo al fin y al cabo á los dos.

—¿Cómo á los dos? pregunté. ¿No tiene ahora las mismas probabilidades de casarse con Harlowe que antes de que Motley hubiera pedido la mano de Margarita?

Después de esta pregunta hubo una pausa. Ninguno parecía hallarse en estado de responder. Se me figuró que ninguno quería tampoco decir lo que en realidad pensaba. Aquel silencio fué para mí en extremo significativo.

—¿No se sorprendió Vd. cuando el Sr. Harlowe nos fué presentado? me preguntó Cecilia con cierta viveza y expresivo acento.

—Sí, indudablemente: creo que todos nos quedamos sorprendidos. Motley nos había hecho pensar que su socio era exactamente como él.

—Eso es la verdad, dijo Margarita con cierto aire de resentimiento.

—Creemos que todos nos engañamos de medio á medio, dijo Juana con su tono prudente; porque Motley es un cervecero, creimos también que su socio debía de parecersele, aunque él nos dijo que el Sr. Harlowe era un socio comanditario.

—Yo siempre había creído que un socio comanditario ó capitalista, ó como quiera que se llame, era uno que por su avanzada edad no podía hacer otra cosa que suministrar los fondos,—dijo Cecilia.

—Juana tiene razón, dije yo. Motley nunca nos manifestó que su socio fué un hombre de edad media ó semejante á él.

—Excepto que ambos eran solterones viejos, y estaban animados del mismo espíritu de rivalidad, lo que también es falso—dijo Margarita con decisión.

—Esa palabra es muy dura, Margarita, dijo Juana: el Sr. Harlowe puede comprar caballos y casas sin idea alguna de sobrepujar á su socio; sin embargo, Motley podría realmente sospechar que ese era el motivo, sin que por lo demás viese nada de malo en ese espíritu de rivalidad ó competencia, ni desease empequeñecer los méritos del Sr. Harlowe. En cuanto á lo de que ambos eran viejos solterones, eso es una chanza en que nosotras mismas incurrimos cuando hablamos de que

somos viejas solteronas, sin que en realidad creamos una palabra de ello.

—Pero ¿no es singular que jamás le dijera al Sr. Harlowe que Margarita era el original del retrato de que se había enamorado? preguntó Cecilia.

—¿Y por qué había de decírselo? replicó Juana.

—¿Y por qué no? preguntó Margarita.

—En cuanto á mí, dijo Potter, en manera alguna censuro á Motley. No veo la razón por que un hombre ha de ir proclamando de voz en cuello, á todos los rivales posibles, que va á casarse con una muchacha bonita que se llama así ó asado y vive en tal ó cual parte. Estoy por decir que previó las consecuencias de presentar á un joven hermoso y ligero, como Harlowe, consecuencias no muy agradables para Motley; y lo único que me sorprende es que haya tenido tanta tolerancia y se muestre de tan buen talante con Harlowe, á pesar de sus constantes atenciones á Margarita, como si aquel no existiera. ¡Bonita cosa, continuó dirigiéndose á mí—bonita cosa que Motley se siente en un rincón y deje que su socio monopolice la atención de Margarita la mayor parte de la noche!

—Tampoco él puede monopolizarla para sí solo, dijo Cecilia, pensando arreglar de este modo el asunto.

Yo deseaba darle otro giro á la conversación; pero era demasiado tarde. Yo había provocado aquella tem-

pestad y no podía calmarla. Margarita se levantó del taburete donde estaba sentada, puso la música sobre el piano y salió de la habitación precipitadamente.

Hubo un largo silencio: Juana y Cecilia cambiaron una mirada; Potter estaba visiblemente de mal humor, y dirigiéndose á mí, dijo:

—Oiga Vd., Holderness; Margarita tiene de Vd. una opinión elevadísima, y seguirá su consejo con preferencia al de ninguna otra persona del mundo. ¿No podría Vd. persuadirla que destierre á este Harlowe de su imaginación, haciéndola comprender la locura de ofender á Motley, gracias á una tonta coquetería que nada bueno ha de traer?

—No; dije, yo no puedo hacer eso, ni es necesario que trate de persuadirla en uno ú otro sentido. Margarita es una muchacha excelente, y aunque parezca irreflexiva y ligera en muchas cosas, en circunstancias como la actual no procederá á tontas y á locas. Si no profesa amor alguno á Harlowe, no le vera más, y se casará con Motley; pero si su corazón experimenta por aquel un verdadero amor, no se casará con Motley—y Dios me libre de que ninguna palabra mía la aconseje que haga lo contrario.

—Bien; dijo Potter algo contrariado—en ese caso yo mismo hablaré á Margarita.

—¡Bueno! pensé; si tú le hablas en ese sentido, no

harás más que confirmarla en su resolución de proceder honradamente.

Ví que le esperaban á Margarita momentos terribles. Tenía que decidir si amaba ó nó, y escoger entre sacrificarse ella, ó sacrificar los intereses de su familia; pero yo confiaba en que sus principios la harían salir triunfante de la dificultad, desentendiéndose de falsos sentimientos de mal entendida delicadeza.

La mañana siguiente el Sr. Harlowe se presentó en casa de Potter y preguntó por Margarita. Ella no se sentía bien, y esta fué la excusa que dió para no concederle la entrevista que deseaba. Al medio día llegó Motley, y Margarita le envió á decir que estaba indispuesta, suplicándole la dispensara, y agregando al mismo tiempo que esperaba podría verle el día siguiente. Por la tarde vió á su padre, oyó pacientemente todo cuanto quiso decirle, y le prometió no hacer sino lo que ella considerase justo.

—Ese es el verdadero camino, replicó Potter; y no creo que vayas á quebrantar la palabra dada á Motley por complacer á otra persona que, después de todo, no sabes si abriga alguna intención seria respecto á ti.

—Si no me caso con el Sr. Motley, no me casaré con nadie; contestó Margarita con una tranquilidad que revelaba decisión.

Eso no era lo que Potter deseaba.

Á las dos de la tarde del siguiente día el Sr. Harlowe se presentó de nuevo, pasó á la sala, y se le dijo que la Srta. Goddard vendría al momento. Pocos minutos después bajó Margarita con una sensación tal de debilidad y de mareo, como me dijo más tarde, que la obligó á detenerse al pie de las escaleras, sosteniéndose contra la baranda durante algún tiempo. Cuando pasó esa especie de vértigo, abrió la puerta de la sala y se halló sola frente á frente con Harlowe. Estaba éste vestido con toda sencillez, como quien no pretende deslumbrar con ostentación de riqueza; á la puerta de la casa no había lujoso coche con caballos que piafaban impacientes. No tenía botones de diamantes, ni solitario, ni sortijas. Su aspecto era simplemente el de un honrado caballero inglés. Se informó acerca de su salud, habló de la casa de campo en Streatly, y cuando vió que ella había recobrado la calma, abordó el asunto que le había traído á su casa á aquella hora.

—Vd. dirá que procedo con demasiada precipitación al pedir á Vd. una entrevista después de un conocimiento de tan corta fecha, dijo, pero tengo la seguridad de que Vd. comprenderá que lo más acertado y lo mejor para todos, es que no haya reserva en nuestra conversación, que nos expliquemos con toda sinceridad y franqueza, que nos comprendamos perfectamente y decidamos de una vez, y para siempre, lo que debemos

hacer. En cuanto á mí, especialmente, es necesario que me aproveche de la oportunidad, mientras ésta existe, dijo sonriendo, y continuó con acento grave, casi solemne: “He venido á ofrecerle á Vd. mi mano en matrimonio.”

—Vd. sabe que he aceptado la oferta del Sr. Motley y que le he dado mi palabra, dijo Margarita.

—Sí; lo sé: y él sabe también que estoy aquí en estos momentos pidiendo á Vd. que retire su palabra. Desde el día que compré el retrato de Vd., le manifesté que si llegaba á encontrar el original, haría todo lo posible por obtener su mano; y cuando él se me anticipó, sabía perfectamente que corría ese riesgo. Si él fuera mi hermano, no vacilaría en repetir lo que digo ahora: yo la amo á Vd. Si tuviese la seguridad de que él la amaba tan profunda y sinceramente como yo, le pediría á Vd. que escogiese entre los dos. Si Vd. me ama, será mi esposa; si Vd. no me ama, no trataré de que lo sea, ni persistiré en mi amor, ni trataré tampoco de disminuir el que Vd. profese á otro.

Esto pareció á Margarita que era proceder de una manera honrada y leal. Era proceder con rectitud y varonilmente; no había falsa delicadeza, ni súplica amorosa; ni mucha retórica y fraseología escogida—sino la verdad sencilla y honrada, y el deseo de que hiciera lo que considerase justo de acuerdo con sus

principios y su corazón. Ella no sabía que responderle; pero cuando él la preguntó—¿ Podrá Vd. amarme? —contestó :

—Vd. no debe hacerme esa pregunta. Lo que únicamente puedo decirle es que no puedo ser su esposa.

En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta de la casa. La criada se apresuró á abrirla al visitante cuya generosidad conocía. El Sr. Motley entró, y estaba á punto de subir al estudio, cuando la puerta de la sala se abrió y vió á su socio, Harlowe, sombrero en mano, y á Margarita blanca como el mármol en el fondo de la habitación.

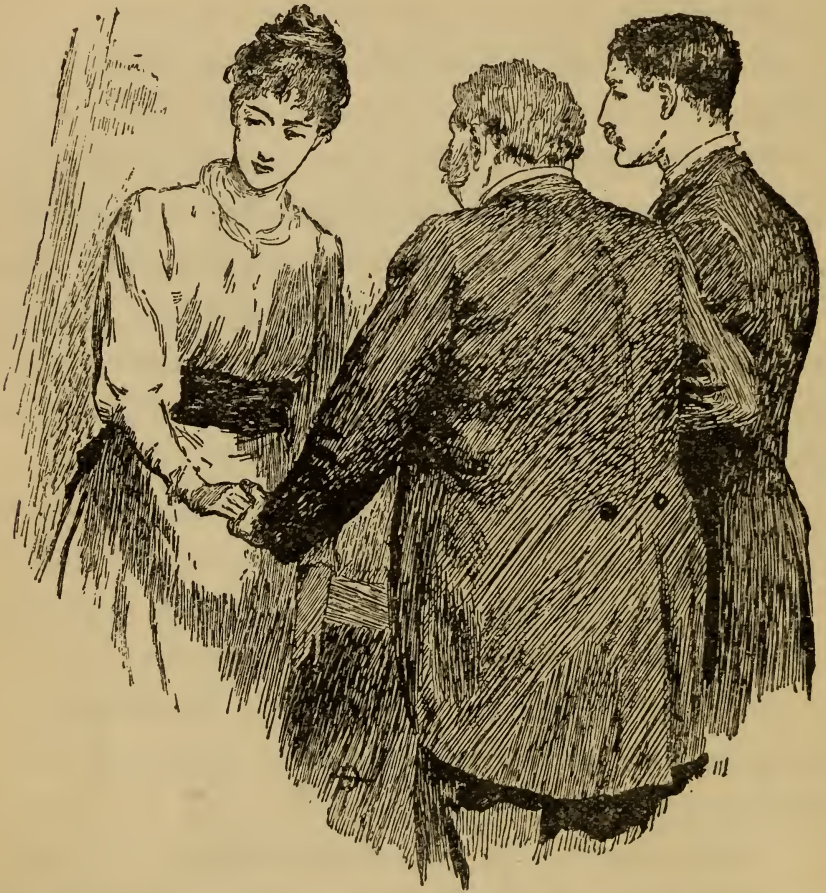
—Bien ¿ qué se ha decidido? preguntó el corpulento cervecero.

—He pedido la mano de la Srta. Goddard, y no he sido aceptado, contestó Harlowe.

—Entonces me toca á mí hablar, dijo Motley, y tomando á su socio del brazo, cerró la puerta de la sala y se dirigió á Margarita.

—Hija mía, le dijo sin soltar el brazo de Harlowe y poniendo afectuosamente la otra mano en el hombro de la muchacha :—Vd. debe pensar seriamente antes de tomar una resolución en un asunto que ha de decidir de su felicidad durante cuarenta ó cincuenta años. Piénselo Vd. bien y resuelva lo que Vd. crea justo. Considérese libre, enteramente libre; no se ocupe Vd. de

mí; proceda como si nada mediara entre nosotros, porque en realidad nuestro compromiso no existe. Cuan-



“TOMÓ LA MANO DE MARGARITA Y LA PUSO EN LA DE HARLOWE.”

do ofrecí á Vd. mi mano, sabía que Vd. no me amaba; cuando Vd. la aceptó, tuvo la franqueza de decirme que sólo se casaba para obtener una posición. Vd. se imaginó que podía ser una mujer del gran mundo, y yo

también lo creí por un momento. Pero ya he cambiado de opinión. La he observado atentamente durante la semana pasada y he visto que tiene Vd. un corazón que puede hacerla muy infortunada. Yo no deseo eso. Si su corazón pertenece á Felipe, déle Vd. también la mano, y Dios los bendiga.

Y diciendo esto tomó la mano de Margarita y la puso en la de Harlowe, y Margarita no tuvo la fuerza de retirarla: realmente no tenía fuerzas para sostenerse á causa de su profunda emoción, y si Felipe no la hubiera sostenido en los brazos habría caído desmayada al suelo.

Todos creímos aquel día que Motley era el más generoso y el mejor de los hombres; pero yo reflexioné que si había comprendido tan completamente el carácter de Margarita, debía también haber visto que ella se negaría á ser su esposa como se había negado á serlo de Felipe Harlowe.





CAPÍTULO VII

No era sorprendente que Margarita amase á Harlowe. En la pasión que había concebido por ella, al ver su retrato, había algo más que una admiración ordinaria. No era simplemente un amor producido por su belleza física lo que le había hecho declarar que se casaría con ella si la llegaba á encontrar; debía haber hallado en aquel rostro pruebas convincentes de un carácter y disposición que podrían armonizar con sus sentimientos, cuando tomó semejante resolución, y como era la realidad, había muchos puntos de contacto entre los dos. Él era, por otra parte, más digno de ser amado que la mayoría de los hombres de su edad, porque á la vez que suave de carácter, era varonil y fuerte, y sin embargo lleno de consideración para las debilidades de los demás. Se esforzaba en comprender á sus amigos y se acomodaba á sus peculiaridades. Aunque indolente por naturaleza, no dejaba pasar una oportunidad de servir á las personas que conocía, y poseía el raro don de hacer favores de tal manera, que los que se

aprovechaban de ellos, no se sentían bajo el peso que siempre impone el beneficio que se recibe. Finalmente, era un hombre hermoso, que gozaba de una posición bastante desahogada.

Tenía sus defectos—quien no los tiene—pero no eran nada junto á sus buenas cualidades. Había encontrado una manera original de excusar sus defectos, haciendo alusión á los que no tenía.

—Un hombre de moderadas aspiraciones, de gustos que no son extravagantes, y con más dinero del que le es dado gastar, no puede ser ni muy bueno ni muy malo—solía decir. La pobreza, añadía, tienta á los hombres á mentir ó á robar, á disfamar ó á ser hipócritas, y si ceden á la tentación son bajos, y si la vencen son nobles; pero yo me encuentro libre de esa influencia, y nunca he tenido que hacer uso de gran fuerza moral para conservar limpia la conciencia: de consiguiente, y en conjunto, me considero bastante bueno.

—Pero, amigo mío, le dije un día, ¿no cree Vd. que sería Vd. aun más digno de elogios, si en vez de pasarse la vida sin hacer nada, tuviera una existencia de actividad y trabajo? ¿No cree Vd. que sería infinitamente mejor si se dedicara á algún estudio serio en vez de emplear las tres cuartas partes del tiempo en leer novelas y buscar diversiones?

—No, no; contestó riéndose cordialmente. Creo que pudiera ir al Parlamento, pero ya hay en ese cuerpo un número bastante crecido de individuos que abusan de la facultad de no hacer nada en esa clase de ocupación. No abrigo dudas de que podría coronar mis estudios publicando un libro, pero esto solo serviría á aumentar las dificultades de los que se ven obligados á librarse la subsistencia con su pluma. No poseo grandes talentos para nada en particular: ¿por qué pues ir á perjudicar á los que los poseen haciendo mayor la competencia? La naturaleza me ha formado admirablemente como soy, ¿por qué tratar de cambiar de una manera violenta?

Fácil era reconciliarse con este modo de ver las cosas, especialmente si se comparaba la indolencia de Harlowe con la actividad de Motley. La diferencia entre los dos socios era sorprendente.

Un día, que no tenía nada que hacer, acepté la invitación de Motley para que visitara el Banco y la fábrica y viese cómo se hacía cerveza y dinero. Antes que todo me llevó al escritorio situado en la calle de Throgmorton, lugar retirado y tranquilo. En la puerta de la oficina había una placa de metal con el nombre de la firma: “Motley y Harlowe”; pero si por fuera nada indicaba que fuése un Banco floreciente, por dentro las cosas presentaban un aspecto del todo distinto. Unos

dependientes recibían dinero en un lugar, otros pagaban cheques en otro, algunos asentaban sus cuentas en enormes libros: todo era animación, todo el mundo estaba atareado, y sin embargo había muchas personas que estaban esperando se las atendiera, y se oía un incesante ruido de oro que de los mostradores se llevaba á las escalas para ser pesado. ¡Era en verdad un espectáculo maravilloso!

Fuímos á un escritorio en un lugar apartado del edificio, y el acompañante, que obsequiosamente se apresuró á abrirnos la puerta, nos presentó una caja de tabacos como si fuéese parte de los negocios que estaban á su cargo. Motley tomó un puro y me presentó la caja para que tomase otro. Entonces llegó el superintendente del establecimiento con grandes libros bajo el brazo, sonriendo con rostro muy afable; y mientras Motley encendía su puro, empezó á hablar de los negocios, prestando oído á lo que el superintendente le decía—todo lo cual era para mí de lo más misterioso y desconocido que pudiera imaginarse.

—Muy bien, Señor Crawford, dijo Motley poniendo las manos sobre los libros. Envíeme Vd. á Burns, yo revisaré estas cantidades.

El superintendente salió, y á los pocos momentos entró un joven pálido, de rostro ansioso, que por orden de Motley se puso á revisar algunas cantidades mien-

tras él hacía lo mismo con otras. Esto duró algún tiempo. Motley firmó con sus iniciales algunos papeles, y poniéndose en pie, dijo :

—Está bien : ahora, déme Vd. algunos billetes de banco.

—¿ Cuántos quiere Vd. ? le preguntó Burns sacando una llave del bolsillo y dirigiéndose á la caja fuerte.

—Diez de á cinco libras esterlinas bastarán, replicó Motley, y extendió un recibo en un pedacito de papel que entregó á Burns en cambio de los billetes. Nos retiramos y Burns nos acompañó hasta la puerta.

—Un joven que promete, ese Burns, dijo Motley cuando sentados en el carruaje nos dirigíamos á Southwark, donde estaba la cervecería. Ese joven me sirve para contener en sus límites á mi superintendente.

—¿ Cómo puede someterse á que lo vigilen ? pregunté sorprendido, porque siempre había creído que el superintendente ó gerente de un banco era una persona poderosa que ocupaba una posición muy alta. Pero Motley, echando una bocanada de humo y guiñando sus ojitos pardos, me dijo :

—Amigo mío, cuando una persona necesita dinero se somete á todo—y lo repitió dos ó tres veces dando miradas en derredor como si pasase en revista el mundo entero.

Sentí el olor de la cerveza antes de llegar á la fábrica.

ca, que era un edificio de ladrillo, largo, feo, con grandes chimeneas. Entramos en el patio al través de una especie de arco: allí no se oía sino el resonar de los toneles movidos en todas direcciones, mientras otros sufrían reparaciones. Todo era bullicio y movimiento, á lo que se agregaba el ruído del vapor y el de la maquinaria que funcionaba en la fábrica.

—Todos los carretones cargados están ya fuera: á media noche el patio se llenará con los que llegan y los que se preparan á salir, me dijo. El trabajo del día empieza antes de que el del anterior haya terminado, y así va año tras año.

—¿Más ó menos? pregunté.

—No, replicó, nunca menos, siempre más. Hasta ahora no ha habido disminución en los negocios ni un solo día desde hace veinte años. El primer día que la note, cerraré la fábrica ó abandonaré la empresa, porque entonces comprenderé que no sirvo ya para llevarla adelante.

—Vd. abandonará los negocios antes de que llegue ese día le dije.

—Tal vez, respondió con aire pensativo, tal vez. Se necesita mucho tiempo para llegar á ser millonario, y hasta entonces no desearía abandonar los negocios.

—Se dice, sin embargo, que Vd. es millonario.

—Cualquiera persona que posea un capital regular

pasa por millonario. Yo estoy lejos de serlo; pero lo seré, lo seré—repitió con tono decidido.

Me hizo visitar todos los departamentos del edificio; sus astutos ojos se fijaban en todo, nada se escapaba á su observación, nada le era extraño ó desconocido. Aquí introducía la mano en un saco de lúpulo, allí tomaba un puñado de cebada preparada, más allá examinaba un termómetro, y hasta probaba la calidad del pienso en la caballeriza.

—Todo marcha bien, dijo; y este es el resultado de que un hombre conozca á fondo los negocios en que se ocupa, pague buenos salarios y proceda con honradez en todas sus transacciones.

Su morada estaba junto á la cervecería y allí nos sirvieron la comida, que me pareció excelente. Motley habló de negocios casi todo el tiempo y parecía que hallaba placer en ello. No me era desagradable, y los buenos platos de la mesa habrían reconciliado á cualquiera con una conversación menos interesante. Pero le escuché aun con más satisfacción cuando se puso á hablar de Harlowe y de los asuntos que concernían al porvenir de Margarita.

—Hermoso joven es Felipe, dijo, uno de los jóvenes mejores con quienes haya tenido que hacer; un completo caballero—y esto quiere decir mucho si se tiene en cuenta la manera como yo considero el asunto.

Su padre era también un caballero, aunque al mismo tiempo un hombre de negocios. Era banquero. Hace treinta años la cervecería de Motley y el Banco de Harlowe eran dos cosas distintas. Ambas empresas empezaban entonces en pequeña escala. Mi padre era un hombre de clara inteligencia, aunque algo anticuado en sus usos y costumbres. Él y el padre de Felipe hacían negocios en compañía; ambos se comprendían perfectamente, y cada cual sabía que podía confiar en el otro. Mi padre vió que si las dos empresas llegaban á hacer fusión, ambas ganarían en ello; y así es como se asociaron. Sus esperanzas quedaron justificadas con los resultados. Cuando mi padre falleció, yo le reemplacé en los negocios: Felipe era entonces un muchacho. Me dediqué con ardor y energía al trabajo, y los negocios empezaron á prosperar rápidamente. Pero eso no me bastaba: yo deseaba la dirección completa de las dos empresas, pues, como todos los jóvenes que empiezan á tener buen éxito, no carecía de presunción. El Sr. Harlowe se iba poniendo viejo, y veía que servía de obstáculo más bien que de provecho; de consiguiente, cuando le propuse que se retirara de la dirección, aunque recibiendo siempre la misma parte de las utilidades, consintió sin mucha dificultad. El Sr. Harlowe falleció también, y Felipe acababa de salir del colegio. Yo había empleado todo mi dinero en la

nueva cervecería, y no podía comprar la parte que su padre tenía en el negocio porque me hubiera dejado sin recursos, y habría sido tal vez causa de la ruina del negocio. Por lo tanto hice un nuevo contrato de sociedad con Felipe, en los mismos términos que el que había celebrado con su padre, pero con la condición de que se retiraría de la empresa cuando yo pudiese comprar la parte que le correspondía en ella, equitativamente valuada.

—¿Y él no tenía que intervenir para nada en los negocios?

—Absolutamente: lo único que tenía que hacer era recibir la parte de las utilidades que le correspondiesen y examinar los libros, cuando quisiese, para ver si todo marchaba en orden.

—Me parece un arreglo muy liberal de parte de Vd.

—Tal vez lo sea; pero yo no demando gratitud, ni me pago mucho de ninguna cosa por el estilo. Si mi oferta no hubiera sido liberal, su abogado no se la habría dejado aceptar, y más me convenía ser liberal con él que tomar un nuevo socio cuyas ideas no estuviesen de acuerdo con las mías. Ya ve Vd. que procedía con perfecta razón. Los negocios han prosperado maravillosamente, y no habría sucedido lo mismo con dos socios activos.

No me parecía muy justo que Harlowe, que nada

hacía, recibiese igual parte de las utilidades que Motley que trabajaba día y noche, y así lo manifesté.

—Eso es lo que el mismo Felipe me ha dicho y repetido centenares de veces, ofreciéndome tomar solo una tercera parte. Yo creo que él se retiraría de la firma y dejaría que yo le pagase á plazos si así me conviniese, pero yo no quiero. Yo soy condescendiente en algunas cosas, pero en este particular soy inflexible. Un contrato es un contrato, y á él me aferro. Además, yo no soy todo negocio. Yo le profeso afecto á ese joven, así como tengo cariño á la antigua firma del banco y la cervecería—es un buen nombre—“Motley y Harlowe.” No, yo no le disputo á Felipe ni un céntimo de sus ganancias.

—Pero Vd. habla de su determinación de ser millonario, y de la dificultad de hacer un millón; y esa dificultad se aumenta si al mismo tiempo tiene Vd. que hacer un millón para su socio.

—Eso es cierto, Holderness, me contestó; pero aun tienen que pasar diez años antes de que eso se realice.

Sus pequeños ojos parecían que robaban su brillo al vino que tenía en la mano expuesto á la luz. Vacío el vaso, y poniéndolo en la mesa, dijo: “Entretanto pienso gozar de la vida.”

De vez en cuando Motley iba á casa de los Goddard, bajo pretexto de ver los progresos que hacía el retrato. Sus visitas causaron al principio cierta desazón á la familia, especialmente á Margarita; pero había tan poco cambio en su modo de ser, demostraba tan poco sentimiento por lo que había pasado, que insensiblemente aquella desagradable sensación fué desapareciendo. Siempre era el mismo de antes: expansivo, de buen humor, alegre; y generalmente traía un cesto de frutas y flores á las muchachas.

Un día que estábamos solos, dijo:

—Vd. ha visto á la Sra. Borrodale y á su hija, ¿qué piensa Vd. de esa señorita?

—No es posible juzgar bien á una persona en tan poco tiempo, contesté; pero me pareció con todo una señorita muy elegante.

Era lo más que podía decir en favor suyo.

—Mucho me alegro que Vd. haya formado tan favorable opinión de ella, dijo: esa es la clase de mujer que debo tomar por esposa.

—¡Por su esposa! exclamé lleno de asombro.

—Sí; he resuelto casarme, y creo que me convenirá mucho más que la Srta. Goddard.

—¿Pero, señor, si no recuerdo mal, creo que Vd. me dijo que se había desentendido de ella para ofrecer su mano á Margarita?

—Así pasó; dijo riendo alegremente, y lo mismo ha hecho ahora Felipe.

—Bien, Sr. Motley, ¿cree Vd. que su orgullo la permitirá aceptar la mano de Vd. después de lo sucedido?

Motley prorrumpió en una carcajada.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo—ella y su madre apenas cuentan con una entrada de doscientas libras esterlinas al año, y la muchacha tiene ya sus veinte y seis Añiles. De consiguiente, guardará su orgullo en el bolsillo, estará muy contenta y se dará por muy bien servida si le hago la oferta.

Recordé lo que me había dicho cuando hablábamos del superintendente: “Las personas que necesitan dinero se someten á todo.”

Pocos días después de esta conversación Motley nos dijo que se casaría con la Srta. Borrodale á principios de Agosto, pidiendo á Felipe que fuese su padrino é invitándonos á todos á la boda.

Ya se puede imaginar lo que las muchachas hablarían cuando partió Motley.

—¡Será curioso verla aceptar á Motley después de todo lo que ha dicho de él! ¿No te acuerdas, Juana, cuando esa detestable mujer nos preguntó si á Margarita la habían fascinado las dotes intelectuales de Motley ó su hermosura física?

—Sí; y ¿no recuerdas la manera satírica con que le dió el parabién, delante de todo el mundo, por haber sabido conquistar el *corazón* de tan bella señorita?

—¿Y luego su declaración, casi pública, de que ella misma había rechazado su mano?

—Sí; y su insinuación de que si ella quisiera podría casarse con Felipe.

—Y después de tanto y tanto hablar, al fin y al cabo concluir por casarse con Motley, á las seis semanas de haberse desbaratado el proyectado casamiento con Margarita. ¡Qué terrible humillación!

—¿Por qué no demoró su casamiento unos cuantos meses hasta que sus sarcasmos se hubieran olvidado?

—Tal vez Motley no se lo permitiría, observó Cecilia;—y yo creo que había conjeturado la verdad.

Permanecimos en silencio algunos momentos, pensando en este extraño cambio, y entonces dijo Margarita:

—¡Oh! ¡cómo va á odiarme!

Todos convinimos en ello.

—Bueno: no creo que ahora tenga Motley mucha prisa en que se concluya tu retrato, dijo Potter.

—¡Oh! ¡por supuesto que no! No es posible que quiera ofender á su esposa haciéndola constantemente recordar la que le fué preferida.

Todos convinimos también en ello; aunque nos



“ENTONCES DIJO MARGARITA: ¡OH! ¡CÓMO VA Á ODIARME!”

equivocamos de medio á medio, porque á los pocos días Motley se presentó en casa de Potter cuando todos estaban ausentes, se llevó el retrato á medio hacer, y dejó en el caballete una orden de pago de cien libras esterlinas.

Si hubiera sido un hombre rencoroso que deseaba

vengarse de la Srta. Borrodale por sus sarcasmos con motivo de su proyectado casamiento con Margarita, no podría haber adoptado un medio más seguro de conseguirlo.





CAPÍTULO VIII

EL casamiento de Motley fué para Felipe lo mismo que para Margarita motivo de gran satisfacción, porque hacía desaparecer cierto malestar y cierta reserva que eran resultado natural de los sucesos anteriores. Ahora se hallaban en completa libertad de casarse. Parecía como si Motley, con su generosidad de costumbre, hubiese querido allanar todos los obstáculos que se oponían á la felicidad de los novios.

Estos eran muy felices. Margarita, en otros tiempos, había coqueteado indudablemente mucho; había sido frívola é inconstante, pero no había experimentado un verdadero y profundo amor hasta que conoció á Felipe Harlowe. Este había logrado conmover las fibras ocultas de su corazón; y todo el amor que en él yacía como dormido se puso en actividad, conociendo ella entonces, por primera vez, que el amor es un sentimiento grande y serio que no admite inconstancia ni ligereza.

Como tenía conciencia de que Felipe podría haberse casado con una mujer cuya posición en la sociedad

hubiera sido muy superior á la suya, estaba ansiosa de crearse, á toda costa, una posición que no tuviera nada que envidiar á la de la futura esposa de Motley. No debería decirse que Felipe, al casarse con ella, prefiriéndola á la Srta. Borrodale, había perdido desde el punto de vista social. Esto fué el origen de las locuras que más tarde atraieron tantos infortunios sobre ella y su esposo. Tal vez era digna de censura ; pero Margarita, sin defectos, no habría sido la Margarita que conquistó el corazón de Felipe Harlowe y el de tantos otros.

Puede decirse que Margarita no apartaba sus ojos de la Srta. Borrodale, ó Elena Borrodale, para llamarla por su nombre, estando pendiente de todo lo que hacía. Motley alquiló una casa en la Plaza Eaton cuando Felipe y Margarita empezaban á buscar habitación para su futura morada. Margarita fijó sus deseos en una casa en South Kensington, cuyo alquiler era doble de lo que pagaba Motley, sin que por eso fuera mejor. Motley compró sus muebles y demás necesario en un establecimiento de primera clase ; pero Margarita fué al más lujoso y caro de la ciudad, y le dió carta blanca al amueblador para que le arreglara su morada á la última moda y lo más artísticamente posible. El costo de esto equivalía á una pequeña fortuna.

Motley se casó con Elena Borrodale en Agosto. Pasaron la luna de miel en el Continente y volvieron

en tiempo para asistir á la boda de Felipe y Margarita. Motley regaló á la novia un magnífico aderezo de diamantes que había traído de París. Era más hermoso que ninguna de las joyas y prendas de su misma esposa, y ésta debería haber sido algo más que una simple mortal para ver con complacencia un regalo semejante hecho á su rival.

Felipe y Margarita fueron á Noruega á pasar seis semanas. Pocos días después de su regreso los ví en una comida dada por los Motley en su casa de la Plaza Eaton. Mis amigos me parecieron más hermosos y felices que nunca, llenos de vida y animación. Había allí presentes muchas personas que Margarita veía entonces por primera vez, pero no demostró ninguna perplejidad y conversaba con una gracia y despejo que nos parecían en extremo notables á la pobre Juana, á Cecilia y á mí, que constantemente pensábamos que estas damas y estos caballeros probablemente se avergonzarían de que se les viera asociarse con nosotros que éramos unos pobres diablos. Pero Margarita no experimentaba ese penoso sentimiento: antes que todo, porque la estimación en que ella misma se tenía se había aumentado considerablemente al ver que Felipe Harlowe la había escogido por esposa de preferencia á todas las otras. Poseía además una excelente memoria que, unida á la viveza de su inteligencia, á su buen

gusto natural y á cierto ingenio y chispa femeninos, la convertían en persona de brillante conversación. Y como tenía la rara habilidad de hacer hablar á los otros y ponerlos en la vía de que dijeran cosas buenas y oportunas, agradaba hasta á los más morosos y suspicaces, dejándolos satisfechos de sí mismos.

— ¡Qué mujer tan encantadora! oía yo de todos lados. Los rostros estaban llenos de animación y había un constante murmullo de voces á la extremidad de la mesa donde ella estaba, resonando de vez en cuando la ruidosa risa de Motley. Daba gusto ver á todos contemplarla con risueño semblante mientras hablaba, pero más que todo me causaba placer su esposo que tenía fijas en ella las miradas que rebosaban contento y admiración.

Al otro extremo de la mesa, donde estaba la esposa de Motley, la escena era muy diferente. Allí reinaba una calma terrible. Las damas y los caballeros hacían todos los esfuerzos posibles para sostener una conversación entre ellos, independiente de la que había en el extremo opuesto. Oí á un caballero referir una anécdota, pero nadie se rió y hasta hubo quien dijo que ya la había oído. Después de este fiasco, nadie se atrevió á referir otra anécdota, y lo único que oí fueron frases sueltas, meras preguntas y respuestas. El silencio se fué volviendo más profundo, y las miradas se dirigían

al otro extremo de la mesa para ver que era lo que tanto nos entretenía.

Realmente era esto demasiado para la esposa de Motley. No hizo, sin embargo, ninguna tentativa de agradar á los demás, pues ella siempre esperaba que se tratara de complacerla. Afectaba un aire sentimental, que era precisamente lo opuesto al carácter franco, alegre y vivo de Margarita. Le parecía imposible condescender en reirse, y cuando contaron la anécdota á que me he referido, y quiso sonreír de pura complacencia, lo más que pudo hacer fué un ligero movimiento de los labios. Afectaba cierta indiferencia en todo y por todo, un desdén por las emociones de toda clase, lo que volvía aún más solemnes y silenciosos á los que la rodeaban: porque ¿quién puede decir algo brillante ó agradable á una persona que pretende no interesarse por nada? Su esposo nunca le dirigió una mirada, excepto cuando le preguntaba qué era lo que pasaba en aquella extremidad de la mesa donde todo el mundo estaba silencioso. Por toda respuesta Elena arqueaba las cejas y se encogía de hombros con una expresión de disgusto en el rostro que pudiera dirigirse á él ó al mundo entero. De nuevo, ¡qué contraste! Cuando Margarita descubrió que su marido la contemplaba, su conversación casi cesó, sus ojos brillaron llenos de amor, y sus mejillas se tiñeron de un suave carmín.

Su triunfo continuó en el salón donde su retrato, en magnífico marco, ocupaba un lugar prominente. Tengo, sin embargo, la seguridad de que ella no abrigaba el menor deseo de humillar á su rival menos afortunada; era demasiado generosa para ello. Más diré: creo que ya no la consideraba realmente una rival. Trató de oscurecerse ella misma en cierto modo para que la esposa de Motley recibiese más atenciones de los circunstantes. Se sentó muy cerca de Elena, y permaneció de propósito silenciosa durante algún tiempo, y trató luego de hacerla tomar parte en la conversación; pero todo fué inútil. La Señora de Motley no quiso responder á estas cariñosas demostraciones; se encastilló en la afectada indiferencia que había manifestado durante la comida; se levantó tan pronto como pudo hacerlo sin que pareciera una grosería, y cambió de asiento. Entonces Margarita, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, se entregó á la alegría que le era natural. No fué culpa suya si oscureció á la Sra. de Motley por su belleza y vivacidad de espíritu: era feliz y no podía menos que ser agradable y fascinadora.

La Sra. de Motley se sentó aparte con su madre y dos señoras que parecían dos damas del gran mundo, y allí permanecieron el resto de la noche. Y en verdad que eran dignas de compasión, porque nadie puede padecer una tortura tan intensa como las personas que

tienen roído el corazón por la envidia y el odio. Al contemplar á Elena con sus ojos medio cerrados y la expresión de mala voluntad que en ellos se revelaba, y al fijar después la vista en el retrato de Margarita, me parecía ver á la esposa de Motley que, en medio de la noche, cuando todos dormían, entraba en el salón para despedazar con las manos el lienzo donde estaba representada la imagen de su odiada rival.

Pocos días después de la comida dada por Motley, visité á Margarita en su nueva morada en Kensington. La magnificencia de la casa era sorprendente. Creí que tanto lujo acabaría por trastornar la cabeza de una persona tan ligera como ella; y así fué en efecto, aunque su corazón no había experimentado cambio alguno. Se hallaba en la sala rodeada de personas elegantes, amigos de su esposo que hacían su visita de etiqueta; pero no bien el lacayo pronunció mi nombre, se levantó de su asiento y se dirigió á mí recibéndome con la misma cordialidad y franqueza como en los días que yo iba á darle lecciones de violín en su modesta casita. No se avergonzaba absolutamente de su posición pasada, ni de los antiguos amigos que había conocido en tiempos menos afortunados.

Durante mi visita se presentó la Sra. de Motley acompañada de la dama en cuya casa Cecilia había estado empleada de institutriz. Tal vez esperaba humi-

llar á Margarita revelando de este modo á sus nuevos amigos la posición anterior de la esposa de Harlowe. No conocía su carácter, pues de conocerlo se habría evitado la mortificación del fiasco que tuvo en su tentativa. Margarita no se sintió avergonzada en lo más mínimo; antes al contrario, dió muestras del más vivo agradecimiento por lo bondadosa que aquella dama había sido para con Cecilia, y agregó que ella misma había tratado de dar lecciones, pero sin ningún éxito. Y no creo que nadie la quiso ó estimó menos por esta confesión, excepto la Sra. de Motley, que dió otro giro á la conversación, con un mal encubierto pretexto de admirar el retrato de Margarita.

El círculo de amigos de Harlowe se iba ensanchando de día en día, y pronto los recién casados ocuparon un puesto distinguido entre las gentes de mundo y á la moda. El nombre de Margarita era mencionado frecuentemente con elogios en los periódicos que se ocupaban de las fiestas, reuniones, bailes y asuntos sociales. Su esposo no era menos popular que ella; y no podía ser de otro modo, porque no era posible admirar á la esposa sin admirar también el carácter del marido, existiendo, como existía, una maravillosa semejanza en las buenas cualidades que los adornaban. El tiempo lo dedicaban á los placeres y diversiones, y el deseo de divertirse parecía que iba en constante aumento y que

no conocía límites. Todo se volvía comidas, conciertos, bailes, teatros, reuniones, etc.: siempre había algo nuevo. Cuando iban al Orfeón, se oía un murmullo



“CON UN MAL ENCUBIERTO PRETEXTO DE ADMIRAR EL RETRATO.”

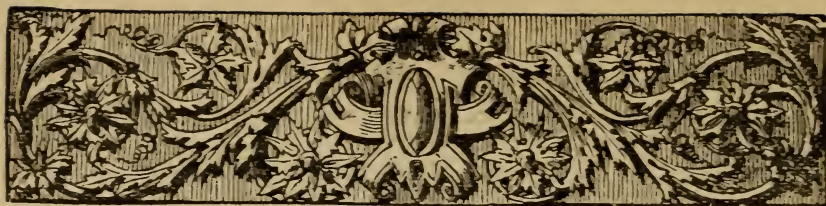
general en el teatro hasta que se sentaban en su palco, precisamente como si hubiesen sido príncipes de sangre

real. Margarita no podía menos de llamar la atención del público, por su belleza, su gracia y amabilidad, sus diamantes y sus elegantes vestidos.

Tomó lecciones de equitación. La naturaleza la había adaptado á este ejercicio, pues no conocía el temor y era además delgada y esbelta. Al mes de haber recibido su primera lección se presentó en un espléndido caballo con su esposo. Fué un nuevo triunfo obtenido en un terreno en el que hasta entonces la esposa de Motley había brillado en primer término. Después que se encontraron una vez á caballo en el Parque, no se volvió á ver más á Elena cabalgando en su traje de amazona. Abandonó por completo el campo á su rival. Recuerdo que Margarita me dijo que había aprendido á montar á caballo movida principalmente del deseo de acompañar á su esposo en la cacería. “Si por casualidad le aconteciera un accidente en que perdiese la vida, yo no le sobreviviría”—decía sonriéndose. Ambos aceptaron una invitación de Lord Lumberland y su esposa para pasar un mes en sus posesiones de Barewood, y allí Margarita y su marido se ganaron la admiración de todos los que estiman en algo la destreza y el arrojo. Por mi parte sé decir que estuve con no poca ansiedad todo el tiempo que permanecieron ausentes, y que me alegré infinito cuando los ví de vuelta en Londres, sanos y salvos.

Durante su estancia en el campo hicieron muchos nuevos conocimientos y fueron penetrando más y más en los círculos del gran mundo y de la más escogida sociedad. La gente anhelaba su trato, y muchas personas solicitaban la amistad de la esposa de Motley con el único objeto de ser presentadas á los Harlowe. Por otra parte, las fiestas y reuniones que daban en su morada eran más suntuosas y en mayor escala que nunca. Y mientras Harlowe recibía á sus huéspedes y personas de viso en su magnífica casa de Kensington, su socio examinaba las cuentas del banco ó veía llenar los toneles de cerveza en el patio de la gran fabrica de Southwark.





CAPÍTULO IX

Á MEDIDA que el tiempo pasaba mis visitas á los esposos Harlowe se hacían más raras. La culpa era toda mía. La amistad de Margarita en nada se había alterado: tenía tanto placer en verme y hablar conmigo de música como en los días en que yo le daba lecciones de violín en Highgate, aunque con tantos amigos nuevos y rodeada de tantas distracciones yo le era menos necesario que en aquellos tiempos. Si por casualidad me veía en la calle, hacía detener su carruaje para hablarme, aunque estuviese yo vestido con mi traje de todos los días y llevase mi violín bajo el brazo. Repito que su corazón no había cambiado y conservaba todos sus generosos impulsos é inocente entusiasmo. Si algún orgullo había entre nosotros, era de mi parte, pues no podía sentirme á mis anchas en aquella morada palacial, entre sus ricos y brillantes amigos, aun cuando ella y su esposo hacían todo lo posible para que me considerase como en mi propia casa. Así es que me agradaba más ir los domingos por la noche á su antigua

habitación en Highgate, tomar el té en compañía de Juana, y hablar de Margarita y de otros asuntos.

Cecilia pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Margarita, que deseaba que tanto sus hermanas como su padre viviesen con ella; pero Juana hallaba tan poco placer como yo en la compañía de gentes de tantas campanillas, y Potter por su parte creía que lo que más le convenía era vivir independiente; así es que conservaron su antigua casa donde Juana cuidaba de su padre.

Por lo demás, no había ya necesidad de que las muchachas trabajasen, pues Potter ganaba á la sazón una bonita suma de dinero. Se había verificado en él un cambio maravilloso. Su corta estancia en la morada campestre de Motley, en Fairlawn, había acabado con sus gustos é inclinaciones de bohemiano. Después de haberse visto una vez vestido de casaca y con cuello limpio, no podía admirar más la antigua chaqueta de terciopelo ni las franelas de color pardo. El que en un tiempo había satisfecho su apetito con un pedazo de carne cualquiera y un par de vasos de cerveza no muy excelente, soñaba ahora sólo con manjares exquisitos y vinos delicados. El centenar de libras esterlinas que Motley dejó en el caballete, en pago del retrato por concluir de Margarita—que diré de paso era la mitad de la suma que Potter intentaba pedir por su trabajo—

facilitó á éste presentarse en casa de su yerno Harlowe con camisas finas de hilo y una casaca exenta del sospechoso olor de bencina. Pasaba una gran parte del día en el salón de Margarita, y allí, y principalmente en la mesa, de que era frecuente parroquiano, hablaba sin cesar de bellas artes y se daba todos los aires de ser uno de los representantes de esa escuela de pintura que á decir de sus adeptos se adelanta á la época actual. Adoptó un nuevo estilo que, según mi pobre opinión, era el peor de todos los estilos que había adoptado en su inconstante carrera. Pero poseía la ventaja de que se podía trabajar sin mucha fatiga ni asiduidad, que es un factor importante en la producción de cuadros cuando se trata de un hombre haragán como Potter. Él mismo se titulaba *impresionista*, según creo; y podía con tanta facilidad pintar la impresión que le causaba una puesta de sol, una neblina, un aguacero ó cosa parecida, como un pintor de cenefas dar unos cuantos brochachos. Estas producciones me parecían completamente ridículas; pero lo más cómico del asunto era oír á las personas que las admiraban y se extasiaban ante la profundidad de la idea, lo sutil del pensamiento, la idealidad inexplicable, la intensa sensibilidad y otros desatinos por el estilo. De más está decir que Potter lo creía como artículo de fe, y permanecía horas enteras ante uno de sus mamarrachos con todo el solemne as-

pecto de un buho; y lleno de sinceridad y candor decía en estilo campanudo, tomándolo por lo serio, las paparruchas más absurdas, que para mí no tenían ni pie ni cabeza como sus cuadros. Ideaba los marcos más extravagantes para sus malhadadas obras, saliendo algunos bastante aceptables cuando daba la orden á un fabricante entendido y hábil, pero otras veces eran simplemente grotescos. Para que el bromazo fuese completo, estos cuadros, si es que tal nombre puede aplicarse á aquellos brochazos á tajo y destajo, estos *cuadros* impresionistas, digo, se vendían á precios muy altos, y hasta había uno que se exhibía en una celebrada galería de la calle de Bond. Puede ser que me equivoque, y que esas producciones me parecieran meros marrachos porque mi gusto es malo, así como la música clásica no agrada á los oídos poco educados; lo que únicamente desearía es que todas las obras de arte pudieran producirse con tanta facilidad. Es cuanto tengo que decir acerca de los cuadros de Potter.

Continuaba todavía afectando cierta excentricidad, aunque sus vestidos eran limpios y nuevos, y hasta tenía el cabello perfumado. Guardaba en su cartera de bolsillo rollos de billetes de banco, cosa tan inusitada en Potter como una camisa limpia y cabellera bien peinada. Era una delicia verle hacer ostentación de una docena de billetes de banco ante la atónita Juana,

y ambos deséabamos que la boga de la escuela impresionista continuara indefinidamente.

✓ Como ya he dicho, Cecilia pasaba la mayor parte del tiempo en la morada de Margarita. Esta y su esposo la mimaban, lo que no le convenía, pues ella era de suyo sencilla é infantil, sin la energía de Margarita ó la prudencia de Juana. Los amigos de Felipe medio que le hacían la corte, lo que la hizo volverse coqueta é inconstante. Parecía como si su casamiento con Horacio se hubiera pospuesto indefinidamente. Él tenía celos, y ella le atormentaba con sus coqueterías, aunque siempre se hallaba dispuesta á reconocer sus faltas y á llorar arrepentida, pidiendo que la perdonasen, de modo que las relaciones con su antiguo novio continuaban bien que mal. Él era un buen muchacho, serio y trabajador, y al notar el gusto creciente por el lujo que se iba desarrollando en Cecilia, se puso á reflexionar que ésta no se contentaría ya con la modesta casa en que tendría que vivir una vez casada con él. Pero Cecilia le prometió que, después de la próxima reunión, regresaría á casa de su padre á vivir tranquila en compañía de Juana, sin volver á pensar más en fiestas, bailes y saraos. Sin embargo, después de la reunión aludida, muy brillante por cierto, se quedó donde estaba y no habló más del asunto. Horacio tuvo un día una entrevista con Potter, y discutió seriamente

lo que pasaba, manifestando que sus medios no le permitirían casarse con una muchacha que había adquirido tales hábitos de lujo y tanto gusto por las diversiones.

—En ese caso, dijo Potter, ¿por qué no trata Vd. de mejorar de posición? ¿por qué no se afilia Vd. á la nueva escuela artística?

—Á preguntas como estas, Horacio respondía que si para ello tenía que pintar “mamarachos,” daba la preferencia á las tapas de las cajas de confituras. De lo cual no debemos sorprendernos, porque siendo, como era, un artista concienzudo y paciente, el buen éxito de un charlatán del calibre de Potter no podía menos de exasperarle. Los hombres como Horacio siempre tienen que hacer la amarga reflexión de que, si no fueran tan escrupulosos, gozarían de mejor posición.

Juana y yo acostumbrábamos hablar de estas cosas, y por ella supe cómo se iban aumentando los gastos de los recién casados, y tuve noticias de las enormes sumas que empleaban en vestidos y diversiones.

—Allí no reinan sino despilfarro y extravagancia, me dijo un día, y no hay quien sirva de freno al otro. Felipe es tan ligero como Margarita, y su único pensamiento es buscar el modo de gastar dinero. He tratado de hacer ver á Margarita que va por muy mal camino. ¿Cómo pueden esperar que sus sirvientes sean cuidadosos y honrados, cuando ellos mismos son tan ligeros y

descuidados? Ninguno de los dos conoce el valor del dinero: son como niños, y para nada piensan en el día de mañana.

—Pero eso no puede durar siempre, le dije á Juana. Si cada día se aumentan sus gastos, tarde ó temprano habrán agotado sus recursos, y entonces ¿qué harán?

—Eso es precisamente lo que yo digo. Después de acostumbrados á satisfacer sus menores caprichos, hallarán muy difícil carecer de lo que ahora tienen en abundancia. Es una locura. Si ven algo que les agrada, al punto lo compran, necesítenlo ó no: cuadros, grabados, objetos de china, joyas, sedas, muebles, no importa lo que sea, aunque no tengan donde colocar las compras que incesantemente están haciendo. Y lo que más me duele, es que la mayor parte de estos descuidos se deben á Margarita. Ella nunca fué muy cuidadosa ni económica; y Felipe, antes de casarse, no era tan derrochador como ahora.

—La verdad es que él comete un gran error al dejarla incurrir en semejantes despilfarros y extravagancias: un hombre debe poseer carácter suficiente para gobernar su casa, poner un límite á los gastos y tener sus negocios en orden.

—Cierto es, pero yo creo que un hombre enamorado es tan débil como una mujer; y Felipe ama á Margarita á tal extremo, que sería capaz de hacer hasta un im-

posible, si se tratase de satisfacer un deseo expresado por ella.

Nada pude replicar á esto, porque hubiera preferido verle derrochar cuanto tenía antes de que hubiese amado menos á su esposa.

Un día me encontré de manos á boca con Motley en el Puente de Waterloo, mientras regresaba del ensayo á mi habitación en la calle de Lambeth. Asiéndome del brazo me dijo:

—¿Le gusta á Vd. el pernil de carnero?

—Mucho que me gusta.

—Entonces entre Vd. en mi carruaje y véngase á comer conmigo. Las cosas buenas se han de comer en buena compañía.

—¿Su esposa no comerá con Vd.? le pregunté.

—No: ella no se sienta á la mesa antes de las siete ú ocho, y yo no puedo comer después de las dos de la tarde. Además, ella es demasiado delicada para soportar el olor de la cervecería de Southwark. Y señalando con el dedo una gran manzana de antiguas casas junto á la fábrica de cerveza, que se estaban derribando, agregó:

—Acabo de comprar ese lote y debo decir que he pagado un precio nada bajo. Pero necesitamos más espacio: creo que al paso que vamos, necesitaremos toda la calle dentro de pocos años.

Me alegré al oír semejantes noticias.

El carnero era delicioso, y hablamos de varias cosas; pero como Motley lo que mejor conocía eran los negocios, y como estaba orgulloso de su buen éxito, su conversación en ese particular era más interesante, porque sabía lo que tenía que decir.

—Una liberalidad prudente, es el secreto del buen éxito, dijo. Cuando otros sólo han ofrecido algunos centenares, yo he dado muchos miles, y aunque se han reído de mí, poco me importaba. No soy muy sensible en esas materias, y sé lo que me pesco. Jamás he gastado nada sin tener la seguridad de que ese dinero volvería de nuevo á mis bolsillos y con intereses. Hasta ahora no me he equivocado en mis cálculos. Eso es lo que llamo prudente liberalidad, y la liberalidad de otra clase es detestable, porque es malgastar el dinero insensatamente. Yo no conozco nada tan odioso como eso.

Nada respondí; pero la mirada penetrante de Motley vislumbró algo en mi rostro que despertó su curiosidad.

—Quisiera saber lo que piensa Vd. ahora, Holder-ness, me dijo.

—Bueno; para decir á Vd. la pura verdad, estaba pensando que, á juzgar por lo que he oído, la conducta de su socio debe serle á Vd. muy poco grata.

—En cuanto á Felipe, exclamó con sonora carcajada,

eso es otra cosa. Él tiene el derecho de hacer con lo suyo lo que mejor le plazca. Que ahorre ó que malgaste, en nada influye en la parte de las utilidades que me corresponden. ¿Qué tengo que decir en ese particular?

—Yo no me refería á eso; sólo creía que si estuviese en lugar de Vd., me sentiría mortificado al ver como se derrocha el dinero que tanto trabajo me había costado acumular. Al mismo tiempo, le congratulo á Vd. por tener ideas más liberales que las mías. Confieso que en ciertos asuntos soy muy poco liberal.

—No tenga Vd. cuidado en ese particular, Holderness, me dijo reclinándose en la silla y mirando desvanecerse la espiral del humo de su tabaco; no tenga Vd. cuidado. Yo no los pierdo de vista. Felipe es un excelente muchacho, Margarita es una mujer encantadora, y yo profeso á los dos un buen afecto. El Banco es una institución sólida y la cervecería lo es también. Felipe se contendrá cuando yo se lo diga. Ahora están como embriagados de amor, pero poco á poco se irán calmando. Míreme Vd.: ya yo me he calmado.

Y riendo con su risa habitual continuó:

—Digo que me he calmado. Vd. recordará que hasta hace poco mi ambición era sobrepasar á los demás. Vd. debe haberlo visto, porque Vd. es hombre de buen sentido, Holderness; Vd. debe haber visto que yo acos-

tumbraba picar el amor propio de mi esposa para que eclipsara á Margarita. ¿Se acuerda Vd.? Pero yo me dejé de eso cuando ví que no había probabilidad de triunfo. Bueno: ya eso pasó. Cuando Elena supo que Felipe había comprado un palco en el teatro para su esposa, se empeñó en que yo también le comprara uno, pero no lo hice. Hija mía, le dije, no hay necesidad de que te presentes en el mismo lugar que la esposa de Felipe: si quieres oír música, puedes comprar una luneta cuando lo desees; pero un palco ya es asunto más serio. No; no puedo censurar á Felipe porque proceda con ligereza, porque á mí me ha sucedido lo mismo. Ya he recobrado mi sano juicio, y lo mismo le pasará á él dentro de poco.

Esto libró mi espíritu de un grave peso, y Juana se mostró muy satisfecha cuando yo le referí la anterior conversación la próxima vez que la ví. Pero aun nos alegramos más cuando supimos que Felipe había impuesto una gruesa suma de dinero en nombre de Margarita. Esto se hizo á instancias de Motley. Al liquidar las cuentas semestrales de los negocios, le dijo á Felipe que había un saldo á su favor de unas diez y seis mil libras esterlinas,* y le aconsejó que las retirara y depositara en otro banco á nombre de su esposa. Eso

* Unos ochenta mil duros.

es mejor que un seguro sobre la vida, Felipe, le dijo, y es lo que todo hombre debe hacer por sólidos y prósperos que parezcan sus negocios. Yo he hecho la misma cosa; de modo que, suceda lo que suceda, el porvenir de nuestras esposas queda asegurado de esa manera.

Felipe, que tenía la confianza más implícita en los conocimientos y experiencia de su socio, y que se dejaba guiar por él en semejantes materias, accedió al instante á su indicación. Retiró el dinero, y lo puso en cabeza de Margarita.

¡ Ah! ¡ qué excelente hombre! ¡ qué buen corazón tiene ese Motley! decíamos todos en coro, y nos deshacíamos en elogios del robusto, rollizo y alegre Motley.

Margarita nos dijo que debíamos reunirnos todos en el aniversario de su casamiento. Sería una fiesta privada á la que, excepto Horacio Clinton y yo, sólo asistirían los miembros de la familia. Por lo tanto, todos fuimos á la morada de Margarita, y para complacer á Juana y para que estuviésemos á nuestras anchas y hablásemos con entera libertad, los sirvientes recibieron órdenes de dejarnos solos. Todo marchó á las mil maravillas, y todos estábamos alegres y contentos. En medio de nuestra alegría se presentó un sirviente que trajo un despacho telegráfico á Felipe.

— ¡ Esto es singular! dijo dando una ojeada al despa-

cho que decía: “Venga Vd. cuanto antes para un negocio de la mayor importancia.”

—¿Quién te envía el telegrama, Felipe? le preguntó Margarita.

—Motley: me lo envía desde el Banco. Yo supongo que se trata de algún valioso documento que requiere la firma de los dos socios. De todos modos tengo que ir.

—Por supuesto, amigo mío, dijo Margarita, que habría dicho lo mismo si su esposo hubiera expresado exactamente lo contrario: “no tienes necesidad de demorarte aquí más tiempo.”

—Eso creo yo también, replicó Felipe. Sólo un asunto extraordinario me haría salir hoy de casa.

Y dirigiéndose á uno de los criados le ordenó buscase un carruaje.

Permanecemos tranquilos durante un rato después de la partida de Felipe; pero pronto recobramos nuestra alegría cuando cesaron nuestras reflexiones acerca de la causa de su llamada. Cuando dejamos el comedor, Potter subió al salón de fumar; Horacio y Cecilia, que se habían reconciliado después de su última querrela amorosa, se sentaron aparte en la sala de recibo; mientras Margarita, Juana y yo nos sentamos en un rincón dejando á los novios que se dieran sus muestras de afecto sin que experimentaran la sensación de que se estaban poniendo en ridículo.

El tiempo pasó con bastante rapidez, pues había muchas cosas bonitas que ver, y mucho sobre qué conversar. Margarita se sentía muy feliz, llena de animación y contento, porque precisamente aquella mañana ella y su esposo habían recibido una invitación del Vizconde Teddington para que fueran á pasar la temporada de caza á sus propiedades en Shropshire, y esto lo consideraba ella como otro paso hacia adelante en el círculo del verdadero gran mundo.

Cuando nos cansamos de ver albums, grabados, etc., nos sentamos en los cómodos y lujosos sofaes y nos pusimos á hablar del tiempo antiguo, y Margarita parecía como si entonces hubiese olvidado todo el lujo que la rodeaba, complaciéndose en evocar agradables reminiscencias de sus días de pobreza. Pero tomó un aire serio cuando Juana le preguntó si le agradaría retornar á su antigua vida.

—Yo no creo que podría vivir si fuese pobre, dijo. ¡Oh no! No podría avenirme á los trabajos y privaciones.

Confieso que me desagradaron esas frases; pero en aquel momento mis pensamientos cambiaron de dirección al oír abrirse y cerrarse la puerta de la calle.

—¡Ese es Felipe! gritó Margarita llena de alegría, levantándose del asiento.

Un criado entró con una tarjeta de visita en la que

había escritas unas cuantas palabras con lápiz debajo del nombre.

—¡ La Sra. de Motley ! exclamó Margarita asombrada, y desea verme á mí especialmente. ¿ Tienen Vds. algún inconveniente en que entre ?

Como era de esperarse dijimos que no, y la esposa de Motley entró en la sala, y después de una agraciada inclinación de cabeza, se adelantó con un paso corto pero rápido, moviendo de un lado á otro su vestido que crugía al barrer la alfombra. Tenía los labios muy rojos, las cejas muy negras y el rostro en extremo descolorido : en suma, un rostro que siempre me pareció bastante perverso, aunque dotado de cierta especie de atractivo. ¡ Cuán insignificante, remilgada, afectada y pequeña me parecía al lado de Margarita, de una estatura elevada, tan natural, tan franca y tan bella ! Tal vez había hecho antes la misma observación, pero no era posible verlas juntas sin establecer de nuevo una comparación.

—¡ Mi *querida* Sra. Harlowe ! dijo, ¿ ha visto Vd. á mi esposo ?

—No, señora ; está en el Banco. Mi esposo ha ido á verle allí.

—Yo sabía que Motley intentaba verle hoy ; y por esa razón pensé encontrarle aquí. Para decir á Vd. la verdad, estoy llena de ansiedad acerca de mi esposo. El

médico le envió á Brighton la semana pasada encargándole absoluto reposo. Anoche regresó, y hoy de mañana le ví por primera vez, y su aspecto me alarmó en extremo. ¿Podría Vd. decirme cuánto tiempo hace que salió el Sr. Harlowe?

—Una hora larga, dijo Margarita consultando el reloj. Pensaba regresar cuanto antes. Yo le espero de un momento á otro.

—Si Vd. no tiene inconveniente le esperaré hasta que vuelva. Estoy realmente asustada.

Pero á pesar de esta aserción, un instante después se deshizo en elogios á la vista de unos objetos de por celana de Sévres y de otros artículos de fantasía y preciosidades artísticas de que estaba atestada la sala.

—¡Cómo la envidio á Vd.! exclamó. ¡Qué posición tan brillante la que Vd. ocupa! En todas partes se la oye mencionar: no hay periódico en que no haya unas cuantas líneas dedicadas á Vd. Motivos tiene Vd. para estar orgullosa. ¡Oh! á propósito, he oído decir que en Setiembre serán Vds. los huéspedes de Lord Teddington.

—Hemos recibido una invitación esta mañana.

—¿Y por supuesto que Vds. han aceptado?

—Sí.

—Es bien sabido que una invitación de Lady Ted-

dington significa que dentro de poco será Vd. presentada á la Reina. ¿Hasta dónde llegarán sus triunfos?

Media hora transcurrió antes de que Felipe regresara, y durante todo ese tiempo la Sra. de Motley no hizo otra cosa que ensalzar á Margarita, hablar de la envidiable posición que ocupaba en la sociedad, y de la brillantísima carrera que le reservaba el porvenir. Yo no sabía qué pensar: tenía la conciencia de que bajo aquella dulzura desmesurada se ocultaba el veneno. Aún la misma Margarita, á pesar del placer que le proporcionaban aquellas lisonjas, empezó á sentirse inquieta.

Cuando Felipe entró en la sala, la ansiedad de la esposa de Motley acerca de la salud de su marido se renovó repentinamente.

—¿Qué es lo que sucede, Sr. Harlowe? le preguntó en alta voz. ¿Qué es lo que le pasa á mi pobre marido?

Felipe no respondió de momento. La miró fijamente sin decir una palabra. Creo que la comprendía perfectamente.

—Yo le diré á Vd. lo que hay cuando bajemos, le dijo ofreciéndole el brazo.

Ví en los ojos de la Sra. de Motley vislumbrar un rayo de despecho, como si se hubiera chasqueado en sus esperanzas acerca de algún deseo cruel. Tomó, sin embargo, el brazo que se le ofrecía, lo más graciosamente que pudo, y salió de la habitación.

—¿Le ha sucedido algo verdaderamente serio á Motley? ¿Está realmente enfermo? preguntó Margarita cuando volvió Felipe.



—No; nada le ha sucedido. Está bien. Mañana te explicaré lo que hay. Es cuestión de negocios, y hoy lo dedicamos todo á la alegría y al placer. Vamos á la otra sala.

“LA FIRMA HA SUSPENDIDO PAGOS.”

Él se adelantó con presteza, y tomó un aire de alegría que no me pudo ocultar que algo serio había sucedido. Pero todos nos esmeramos en que la fiesta

tuviera el mejor éxito, y el día transcurrió sin ningún otro incidente. Á las doce de la noche nos retiramos. Cuando yo estaba á punto de salir, Margarita me dijo:

—¿Tendría Vd. la bondad de echar esta carta en el primer buzón que encuentre? Me había olvidado completamente del asunto, agregó dirigiéndose á su marido.

—¿De qué se trata? preguntó éste.

—Es la carta que escribiste aceptando la invitación de Lord Teddington.

Felipe tomó la carta, y dijo:

—Escribiré otra mañana, Margarita.

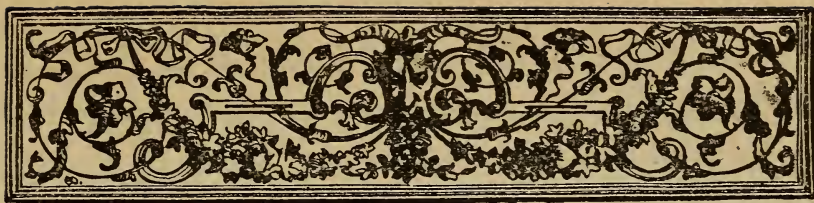
—¿Otra carta? exclamó ella.

—Sí; no podemos aceptar la invitación, hija mía.

—¿Por qué, querido Felipe?

—Porque la firma de “Motley y Harlowe” ha suspendido pagos.





CAPÍTULO X

¡MOTLEY Y HARLOWE han suspendido pagos!

Para todos nosotros fué una noticia terrible, porque no obstante nuestros escasos conocimientos en asuntos financieros, comprendíamos perfectamente que la suspensión de pagos de un banco implica quiebra en los negocios, con desastre y ruina para todos los interesados.

Quedamos estupefactos con los ojos clavados en Felipe. La mano le temblaba ligeramente; su pálido rostro revelaba compasión y grave solicitud por su joven esposa en quien se fijaban sus miradas. Tal vez pensaba cómo recibiría ella este repentino é inesperado anuncio de su caída de la cumbre de sus sueños y esperanzas. Yo también me llené de ansiedad, porque habiendo Margarita ocupado ya tan elevada posición, debería de padecer en extremo al verse descendida de ella en un momento. ¿Rompería en llanto acerbo al darse cuenta de la humillación á que tenía que someterse al abandonar su envidiado puesto en la sociedad? En un arre-

bato de cólera, ¿sería capaz de acusar á Felipe de haberla instalado neciamente en un paraíso, descuidando luego lo que más atañía á su felicidad y dignidad personal? Estas eran las preguntas que yo me dirigía mentalmente.

Margarita fué la primera que hizo uso de la palabra. Dirigiéndose á su esposo, y colocando tiernamente la mano sobre su hombro, le preguntó con voz llena de dulzura y entereza :



“¿CÓMO TE PODRÉ SER ÚTIL?”

—Mi querido Felipe, ¿cómo te podré ser útil?

Cuando la oí hablar así, habría querido gritar “¡Bravo!” Felipe se conmovió visiblemente. Ví una lágrima rodar por sus mejillas, al pasar el brazo al rededor de la cintura de su esposa cariñosamente.

—Vd. no quiere decir que todo se ha perdido, le preguntó Potter con cierto asombro mezclado de temor.

—No; las cosas no han llegado á tal extremo, dijo Felipe sonriendo. Yo creo, continuó, que Motley salvará la situación y que podremos atravesar esta crisis sin mucha dificultad; pero no disimula el hecho de que tal vez fracase en su propósito; y por eso no podemos aceptar una invitación teniendo en perspectiva ese peligro pendiente sobre nuestras cabezas.

Margarita hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Un negocio de esa magnitud no puede fracasar en un momento, dijo Potter que no parecía muy dispuesto á avenirse con la nueva situación. ¿Desde cuándo han empezado á ir las cosas mal, Felipe? le preguntó á su yerno.

—No he sabido nada hasta hoy.

—Pero Motley debe haberlo sabido. Por supuesto que Vd. no tiene culpa alguna. Pero yo quisiera saber por qué ha permanecido tanto tiempo en Brighton teniendo sus negocios en tan mal estado. En lugar de

Vd., yo le haría á él responsable de todo. Vd. le ha dejado que maneje los negocios á su gusto y capricho. Yo le haría responsable de todo.

Felipe apenas si prestó atención á lo que decía Potter; pero haciendo sentar á Margarita en un canapé, acercó una silla al lado y le dijo:

—¡El Banco ha sido robado!

—¡Robado! Eso es lo que yo pensaba, exclamó Potter: por supuesto que habrá sido el director. Jamás me gustó la cara de ese hombre. Motley debería haber empleado á uno que le vigilase.

—Así lo hizo, dijo Felipe; y Burns, que así se llama el hombre que empleó en vigilarlo, es quien ha cometido el robo. Yo creo que tú lo has visto, Margarita.

Recordé aquel joven pálido, de rostro lleno de ansiedad. Todos nos quedamos asombrados, aunque Potter, encogiéndose de hombros, se daba aires de haber previsto todo lo que había sucedido.

—Yo no comprendo bien todos los detalles, continuó Felipe, ni pude darme cuenta exacta de la explicación de Motley; pero he aquí en resumen lo que pasó: antes de partir para Brighton, Motley entregó al corredor de acciones un cierto número de ellas para que las vendiera durante su ausencia. A su vuelta había que hacer gruesos desembolsos con motivo de las alteracio-

nes que se están ejecutando en la cervecería, y esas sumas debían pagarse mañana día nueve; pero gracias á cierta equivocación se pagaron el seis. Ayer todo marchó como de costumbre. Por la mañana el director del Banco creyó que sería conveniente enviar un despacho telegráfico á Motley, haciéndole saber que aquel dinero se había pagado antes de tiempo. Esto lo hizo á pesar de que Burns le afirmaba que él había notificado del pago á Motley el mismo día que se había verificado. El director sospechó que algo no estaba en el orden, juzgando por las maneras y aspecto de Burns, quien no había comunicado noticia ninguna á Motley. Por desgracia éste no recibió el parte telegráfico sino de noche y muy tarde, por haberse hallado ausente todo el día. La mañana siguiente tomó el primer tren y llegó al Banco poco después de las siete. Él tenía una llave que abría todas las puertas: entró en el Banco y abrió la caja fuerte. Estaba vacía. Pagarés, billetes de banco, oro, plata, ¡ todo había desaparecido!

—¿ Cuánto debería de haber allí?

—De noventa á cien mil libras esterlinas.

Esto nos parecía una suma muy gruesa: no pudimos decir nada, y Felipe prosiguió en estos términos:

—Motley dió aviso á la policía. Entonces se puso á trabajar para conseguir dinero con que atender á las necesidades del día. En la cervecería no había nada:

todo el dinero lo habían depositado en el Banco ayer por la tarde. Sin embargo, consiguió lo bastante para hacer los primeros pagos: todo fué bien hasta las once, porque en las primeras horas las demandas no fueron de sumas gruesas, pero después se fueron aumentando en importancia con alarmante rapidez. Se había esparcido el rumor de que el Banco había sido robado. Todo el dinero que pudo conseguirse se empleó en los pagos. Motley envió entonces por mí con la esperanza de que yo tendría fondos en reserva. Le dí todo lo que tenía. Se fué en un momento. Entonces presentaron una libranza á la vista. Motley tuvo que anunciar que el Banco tenía que suspender pagos. La mayor parte de los que tienen negocios con el Banco son cerveceros, dueños de tabernas, etc., y se pusieron realmente furiosos. No quisieron oír razón de ninguna especie, no quisieron comprender que si se nos concediera un poco de tiempo, podríamos salvar la situación. Finalmente fué necesario despejar y cerrar las puertas.

Potter nos hizo conocer lo que habría hecho en el lugar de Felipe, y cuando no tuvo más que decir y guardó silencio, Margarita, que había permanecido sentada con su mano entre las de su esposo y oyendo todo lo que se hablaba en actitud meditativa, dijo:

—Díme lo que debe hacerse, mi querido Felipe.

—Nosotros no podemos hacer nada, contestó Felipe.

Mi socio Motley ha ido á visitar á los principales acreedores, y me ha prometido venir aquí después que los haya visto. Entretanto me ha suplicado que permanezca tranquilo, no sea que cualquier acto imprudente aumente la agitación que está tratando de calmar.

—Por supuesto, que en circunstancias como las presentes es preciso dejar á Motley en plena libertad de acción, dijo Margarita: esto es, no debemos mezclarnos en lo que él haga. Pero si se necesita dinero para evitar la bancarrota, haríamos bien en disponer de todo lo que tengamos á mano.

—Yo he pensado en eso. Aquí están la casa, los muebles, la vajilla, los caballos, etc. Pero eso no es dinero en efectivo. No podemos conseguir una hipoteca sobre esas casas en un día, ó sin excitar la atención . . .

—Pero tú olvidas, mi querido amigo, las diez y seis mil libras esterlinas depositadas en mi nombre en el Banco de Londres y Westminster.

—Ese es dinero depositado en tu nombre y que te pertenece exclusivamente: los acreedores no pueden tocarlo, dijo Potter.

—Todo lo que tengo te pertenece, mi querido Felipe; tú lo sabes y puedes usar este dinero como si fuera tuyo y solamente tuyo.

Confieso que esas palabras de Margarita me llenaron

de orgullo; y dando una mirada á Felipe ví que participaba de mis sentimientos. Sus ojos brillaban de contento, y por toda respuesta lo único que pudo hacer fué estrechar entre las suyas la mano de Margarita. Ví que aquellas palabras de su esposa le habían hecho más feliz que si el dependiente del Banco que cometió el robo hubiese retornado las cien mil libras esterlinas que se había llevado.

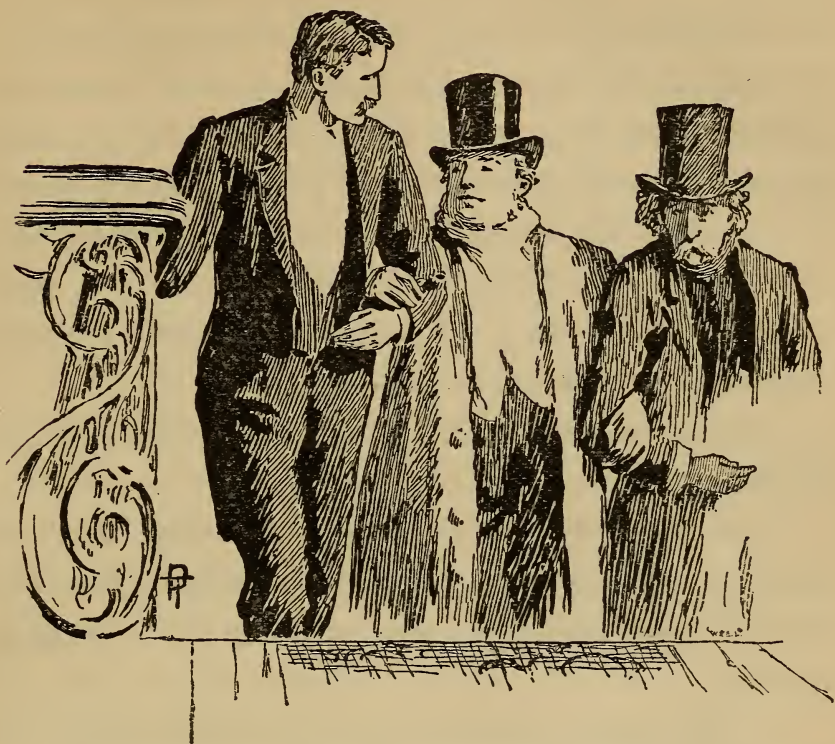
Quedé en compañía de mis amigos como media hora, y entonces me despedí de ellos. Era ya cerca de media noche. Felipe me acompañó hasta la puerta. Al abrirla, un carruaje se detuvo frente á la casa, y la corpulenta humanidad de Motley salió del coche. Yo me apresuré cuanto pude á alejarme para no demorar un minuto la entrevista que iba á tener efecto; pero al verme, exclamó:

—¡Hola! Holderness; deténgase Vd. un instante: deseo hablar con Vd.—Y asiéndome de un brazo y tendiendo el otro á Felipe agregó: “¡Supongo que no hay secreto para nuestro antiguo amigo!”

—No: no hay ningún secreto, replicó Felipe.

—Entonces venga Vd. con nosotros, dijo Motley. Entremos en la biblioteca, Felipe: ahí estaremos más tranquilos.

Entramos en la biblioteca, donde ardía una lámpara. Motley se arrojó en un sillón, se quitó el sombrero,



“¡SUPONGO QUE NO HAY SECRETO PARA NUESTRO ANTIGUO AMIGO!”

tomó aliento y limpiándose el sudor que corría de su frente dijo:

—Felipe, deme Vd. un vaso de agua de Seltzer y un puro habano: estoy medio muerto de fatiga.

Felipe le proporcionó lo que deseaba, y Motley continuó en estos términos:

—Yo creo, Felipe, que todo se arreglará satisfactoriamente. He visitado á los acreedores de más bulto.

¡Qué gente! ¡Qué cabezas tan duras! ¡Qué inteligencias tan limitadas! Pero les he hecho comprender esto: que si nos conceden tres ó cuatro días, podrán reembolsarse casi todo lo que se les debe; y si no nos los conceden, tendrán que contentarse con lo que puedan conseguir, deduciendo de ello los gastos que acarrearán los procedimientos judiciales. He obtenido dinero suficiente para satisfacer á los deudores pequeños, y mañana podremos abrir de nuevo el Banco.

—Estas son excelentes noticias, dijo Felipe lleno de alegría.

—Sí, todo va bien, á menos. . . Motley hizo una pausa y tomó un trago de agua de Seltzer—á menos que no acontezca algo que asuste á los acreedores grandes.

—¿Qué puede acontecer que los asuste? preguntó Felipe.

—Un parrafito maligno en un periódico. La libertad de la prensa es muy bella para los periodistas, pero si en mis manos estuviera les pondría á todos una mordaza como á los perros en el mes de Julio.

—Los periódicos decentes y de reputación, dije, seguramente que no. . .

—Bien; yo no estoy muy seguro de ellos; sin embargo los que más temo son los que tratan de abrirse camino. Esos preciosos “periódicos de la buena socie-

dad," como se titulan ellos mismos, que salen hoy y desaparecen mañana, se aventuran á todo, dicen y hacen todo lo que se les ocurre con tal de llamar la atención. Pues bien, acerca de uno de esos periodiquillos deseo hablar con Vd., Holderness. ¿Conoce Vd. á un hombre llamado Thornton?

—¿El autor de "Golconda"?

—El mismo.

—Le conozco muy superficialmente, nada más. Corre con la nueva ópera bufa que ha escrito con Mr. Cavello, y yo he tenido que arreglar la música para el libreto. Intinamente no le conozco.

—Eso importa poco. Vd. tiene que dirigir la orquesta cuando la ópera se ponga en escena la semana entrante ¿no es cierto?

—Sí, contesté.

—¿Naturalmente que todo se lo llevaría el diablo si Vd. quisiera?

—Por supuesto que si no dirijo bien la orquesta, habría un *fiasco* completo.

—Eso es lo que yo creo. Por lo tanto, Thornton está, como quien dice, á merced de Vd., y él lo sabe. Naturalmente que por nada del mundo un hombre de los principios de Vd. trataría de hundir la primera producción de un joven autor; pero él no debe saber eso.

—No sé á dónde quiere Vd. ir á parar, Sr. Motley, le dije: no me agrada este modo de hablar.

—Ahora lo verá Vd. Thornton acaba de emprender la publicación de un periódico, lo redacta, ó es el editor, ó cosa parecida: de todos modos se halla al frente de él. Es una publicación vulgar, personal é injuriosa. ¿Lo ha visto Vd., Felipe? Se llama *El Látigo*.

Felipe no lo había visto, ni yo tampoco, y así lo manifestamos.

—Bien, nada han perdido Vds., dijo Motley. Es el periodiquillo más sucio que pueda darse. En todo él no se vé usado sino el pronombre de la primera persona, como Vds. lo llaman: “Yo,” “yo,” y “yo” en todas partes. “Yo voy al teatro,” “Yo voy á las carreras de caballo,” “Yo hablo en el club,” “Yo hago esto,” “Yo hago lo otro,” etc. En una palabra, este “yo,” que es Thornton, va á todas partes, en todo se mezcla, y de todo habla. Últimamente se ha mezclado en los asuntos financieros, y eso es lo que yo temo. Ese precioso periodiquillo sale mañana, y si le ha dado por hablar de nuestros negocios, Dios sabe lo que dirá. Lo que deseo que Vd. haga, Holderness, es que vaya á la redacción, busque á Thornton, é impida que publique cualquier artículo que se refiera á nosotros.

—Ciertamente que lo haré, dije poniéndome en pie. Haré cuanto de mí dependa; y tengo sobrada buena

opinión de Thornton para creer que cuando yo le diga la verdad acerca de este robo, no escribiré ni una línea en contra de Vds.

—Eso está bien, Holderness, dijo Motley; pero si Vd. pudiera darle á entender al mismo tiempo que si ofende á los amigos de Vd. también ofende á Vd., y que Vd. no es de esos hombres que dejan pasar una ofensa sin vengarla, hará más para mantener á este señor periodista en el sendero de la honradez, que apelando á sus sentimientos elevados.

—Haré cuanto de mí dependa, dije, sin hacer alto en las frases de Motley, que ciertamente no apelaban á mis sentimientos de honradez; pero no juzgué la ocasión oportuna para entrar con él en una discusión sobre este particular.

—No se apresure Vd., me dijo: el último tren ha partido ya. Yo le llevaré en mi carruaje.

—¿No se han recibido noticias de Burns? preguntó Felipe.

—La policía ha descubierto que partió para Dóver y que ha pasado al Continente. Por lo tanto, no hay que esperar que veamos en algún tiempo á Tomás Burns. Y al decir este, soltó una imprecación.

—Á propósito, dije, pensando en la empresa de que me había hecho cargo: ahora me acuerdo que el Sr. Thornton es amigo de la esposa de Vd., Sr. Motley.

Él la acompañó al teatro á oír el primer ensayo de la ópera.

—Lo sé; ¿y bien, Holderness?

—Me parece que, como esposo de la Sra. Motley, tiene Vd. ciertos derechos á su consideración.

Motley me interrumpió con una sonora carcajada.

—Bien se vé que Vd. no conoce á mi esposa. Precisamente por que ella y Thornton son buenos amigos, es que le temo.

Y hablando lentamente y con énfasis, agregó:

—Si en *El Látigo* de mañana hay algún artículo mal intencionado, se deberá á mi esposa. ¿No comprende Vd. que ella daría cualquier cosa por arruinar y hundir por completo á Felipe y á Margarita?





CAPÍTULO XI

ERA ya demasiado tarde. La oficina de la redacción de *El Látigo* en la calle de Fleet estaba cerrada, y en la imprenta me dijeron que el periódico ya había entrado en prensa. Apenas cerré los ojos aquella noche: tal era mi ansiedad acerca de mis amigos. Me levanté muy temprano y salí en busca de un número de *El Látigo*. Ví en un cartel en la vidriera de un librero la tabla de las materias del periódico, cuyo emblema era la figura negra de un látigo que cruzaba diagonalmente la cubierta de arriba abajo. Una línea de grandes letras negras llamó al punto mi atención:

“MOTLEY y HARLOWE SUSPENDIERON PAGOS.”

Compré un ejemplar. En la página interior, en la sección titulada “Dinero,” leí “Quiebra,” y debajo el artículo que copio:—“Los Sres. Motley y Harlowe, banqueros de la calle de Throgmorton, suspendieron pagos ayer. Un dependiente desapareció con el contenido de la caja. No se hizo ningún pago al Banco ni éste pagó á nadie, de modo que los Sres. Motley y Harlowe,

no teniendo nada mejor que hacer, cerraron las puertas.

“Nadie dió muestras de gran sorpresa en la calle de Throgmorton, excepto los acreedores.

“Se cree que el Banco comenzará de nuevo sus negocios hoy, y se espera que la presente crisis desaparecerá con un poco de paciencia por parte de los acreedores. Es de desear que así suceda. La única dificultad consiste en persuadir á los perros de presa que se mantengan tranquilos hasta que la gente menuda haya sido pagada. Si yo fuera un acreedor de tomo y lomo me pondría al lado de los de pequeña monta.

“He oído en la Bolsa muchas expresiones de simpatía hacia los banqueros, aunque nadie las extiende á los acreedores. ‘¡Excelente hombre ese Motley! ¡un golpe terrible para él! ¡Perder de un golpe el trabajo de toda su vida!’ ‘Y Harlowe, el marido de la Sra. Harlowe, una mujer encantadora que estaba á punto de ser presentada en la Corte. ¡Un brillante futuro perdido!’

“Banqueros y acreedores, tenéis mis simpatías y al mismo tiempo mis congratulaciones. La desgracia hubiera sido mayor á haber acontecido más tarde.

“Creo que el Banco se encuentra en condición de ofrecer ahora un buen dividendo. Mr. Motley, con su infatigable energía, laboriosidad y prudencia, puede volverlo á su antiguo estado. Mr. Harlowe probable-

mente se separará de los negocios con gran satisfacción de todas las partes interesadas, é imagino que especialmente con gran contento de la Sra. Harlowe. La sociedad de buen tono no ve con gusto que sus favoritos se mezclen en negocios industriales. De consiguiente, para bien de todos los que tienen que ver en el asunto, espero dar cuenta de una reunión de acreedores en el próximo número.

“Un concurso de acreedores es siempre abundante en revelaciones curiosas, y espero que éste no será una excepción de la regla. Durante los últimos seis meses hemos oído hablar mucho de la Sra. Harlowe: tengo curiosidad de saber algo más acerca de su marido.

“Dédalo salió con toda felicidad del Laberinto manteniéndose prudentemente cerca de tierra: Ícaro, que se remontó á las alturas, cayó en el mar Egeo. Según me parece, veremos pronto á Dédalo en la vida activa de los negocios; pero á Ícaro—jamás.”

Fácil es imaginarse la indignación con que yo leería este infame artículo. Me parecía que la misma vulgaridad de su estilo serviría de correctivo y disminuiría su efecto, pero me equivoqué. Un caballero, sentado á mi lado en un ómnibus, estaba leyendo el periódico.

—He aquí algo bien sazonado, dijo pasando *El Látigo* á un amigo que tenía al lado: “lee esto.”

—¿Qué es eso? le preguntó el amigo.

—Un artículo financiero.

—Yo no entiendo esa clase de asuntos.

—Ni yo tampoco ; pero este periódico tiene el don de hacer interesante el asunto más árido. Léelo.

El amigo leyó el artículo, y dijo devolviendo el periódico :

—Es un artículo atrevido. Esa es la manera con que debe tratarse á esos bribones que hacen bancarrota. Yo supongo que Motley ha sido arruinado por este Harlowe, porque no es posible que un banco suspenda pagos á causa de un robo. El dependiente será la víctima expiatoria. El pobre diablo será enviado á la cárcel por haberse apropiado unos cuantos centenares de libras esterlinas, mientras que el principal, un hombre que se mueve en la buena sociedad, y que se ha apropiado millares de libras, será completamente absuelto de toda culpa y pena, y recibido en los mejores círculos sociales del Reino. ¡Bonito estado de cosas! Necesitamos un periódico independiente que no tenga temor de flagelar á los bribones. ¿Cuál es el título de ese periódico? *El Látigo* ; me suscribiré á él.

Yo tenía un amigo abogado, perfectamente al corriente de las leyes en esta clase de asuntos. Le enseñé el periódico y le pregunté si el artículo era un libelo.

—¡ Un libelo ! vaya que si lo es. Cada línea es un

libelo. Por menos que eso hay quienes han sido condenados á dos años de prisión.

—Me alegro de saberlo, dije.

—Pero, prosiguió, dudo mucho que el autor del artículo sea castigado. Un jurado compuesto de tenderos y comerciantes jamás podrá mirar la defensa de sus intereses como ofensa punible. Además, estos banqueros son los que menos piensan en entablar una demanda. Son demasiado prudentes para mezclarse en asuntos de esta naturaleza. Lo mejor es no meneallo, dicen. Y, por otra parte, ¿cómo podrá una firma en quiebra pagar las costas de una demanda de esa clase?

—¿Pero suponiendo que no estén en quiebra, y que la insinuación sea falsa?

—Eso es otra cosa. Pero téngalo Vd. presente. Ninguna persona en su sano juicio publicaría un artículo como ese á menos de tener la perfecta seguridad de que los acontecimientos justificarán sus insinuaciones. Él *sabe* que el Banco no se pondrá á flote; que habrá quiebra y disolución de la sociedad; y que las investigaciones en el concurso de acreedores sacarán á luz muchas cosas perjudiciales al Sr. Harlowe.

—Me consta que eso no puede ser, exclamé.

—Si el Sr. Harlowe es amigo de Vd., espero que así sea. Pero mucho me engaño si el autor del artículo no sabe lo que se tiene entre manos. Cediendo á mi ansie-

dad me dirigí á la *City*.^{*} Eran las doce del día. El Banco de la calle de Throgmorton estaba cerrado: un grupo de hombres se hallaba conversando frente á las puertas. Allí supe que los acreedores de sumas gruesas, lejos de tener paciencia, eran los primeros que se habían dirigido al cajero cuando se abrieron las puertas. Los perros de presa no habían querido esperar que la gente menuda fuese pagada; y esto se debía, como nos aseguró Motley, al artículo de *El Látigo*.

—Mi esposa ha esperado pacientemente, pero ha hecho las cosas de una manera completa, nos dijo Motley sin tratar en lo más mínimo de disculparla. Al contrario, nos dió á entender que esta ruina era el resultado del odio que ella profesaba á la pobre Margarita.

Felipe había propuesto usar el dinero de su esposa, y así se lo manifestó á Motley.

—Es lo que esperaba de ella, dijo: sólo es necesario estudiar el carácter de una mujer una semana para saber cómo se comportará en circunstancias dadas. Es una noble oferta, Felipe, pero en cuanto á utilizarla, no hay que pensar en ello. Si mi esposa quisiera traer otro tanto, todo se arreglaría al punto; pero el dinero de Magarita sólo, no llena nuestro objeto. Desaparecería al instante sin mejorar la situación. Esperemos, espe-

* Con este nombre se conoce aquella parte de Londres donde están la Bolsa, los principales bancos é instituciones financieras.

remos: dejemos que las cosas sigan su curso natural. Conserve Vd. el dinero de su esposa donde está. Más adelante podrá sernos útil y entonces podremos aceptarlo con la esperanza de reembolsarlo con los intereses. Aquí lo tengo todo arreglado y dispuesto, dijo tocándose la frente. Sé exactamente lo que ha de suceder, como uno de esos buenos jugadores de ajedrez que de una sola ojeada dada al tablero saben cómo terminará la partida. Los acreedores tomarán lo que puedan conseguir, y no serán muy exigentes con nosotros, pues saben la clase de hombre que soy. En su interés está no ser muy exigentes. Empezaremos de nuevo nuestros negocios sin deber nada á nadie. Podremos aceptar entonces el dinero de su esposa y á fines de año pagar hasta el último cuarto que los acreedores hayan sacrificado. No estamos obligados á ello, pero es una excelente política. Su confianza en nosotros será mayor que nunca merced á esta prueba de honradez de principios, y nuestra posición mejorará notablemente.

Felipe se consideraba obligado á someterse á lo que determinara su socio. Y todo eso parecía tan razonable y halagüeño, que no se podía desear nada mejor; y de nuevo dijimos: “¡Qué excelente sujeto es este Motley!”

Considerada así la situación, había la probabilidad de que los acontecimientos justificasen su predicción,

y que, financieramente, los dos socios, después de cierto tiempo, recobrarían su antigua posición.

Pero era también obvio que Felipe y su esposa habían perdido su posición en la sociedad, y era dudoso que Margarita pudiera de nuevo ocupar un puesto distinguido en los círculos sociales.

Todo el mundo condenaba á Felipe. El robo del dependiente fué olvidado: sobre Felipe cayó la culpa de haber sido el causante de este desastre. Donde quiera que se hablaba de este asunto, oía la misma condenación. El robo era un accidente que había precipitado la catástrofe: la causa fundamental era la culpable negligencia de Harlowe y su afán de derrochar dinero. Y los que le reprendían por su negligencia en los negocios eran los mismos que declaraban que Motley había hecho todo lo posible para mejorarlos, y que estos no se podían haber manejado mejor. Cuando el mundo cede á la prevención, es tan insensato como inconsistente. La influencia de *El Látigo* era visible en esto, porque se hablaba á la sazón mucho de Dédalo y de Ícaro, aunque toda esta ciencia mitológica se había adquirido buscando esas palabras en un diccionario clásico después de la lectura del consabido artículo.

Y mientras este mundo irreflexivo é injusto era todo censuras para Felipe, era todo elogios para Motley. Ninguno habló de sus faltas, ninguno descubrió que sus

gastos habían ascendido á millares de libras durante años, mientras Felipe vivía contento con unos centenaes. Nadie hizo alto en la circunstancia de que jamás había prevenido á Felipe el riesgo que se corría, sino que más bien le mantuvo en un estado de completa seguridad é indiferencia. Al oír hablar á las gentes, se creería que Motley era el bienhechor del género humano y fuera de todo reproche. Los acreedores le estrechaban la mano con efusión, al paso que hubieran hecho pedazos la de Harlowe á haber estado en su poder.

Esperábamos, y no con agrado, ver á las amigas de Margarita venir á visitarla y ofrecerse á su servicio. Ninguna de sus amistades ó conocidas la visitó ó la escribió. Decididamente los Harlowe estaban en desgracia.

Felipe sintió este desvío intensamente. Margarita padecía también, no personalmente, sino porque veía que su marido se echaba la culpa á sí mismo y se apesadumbraba por ella. Él quería que saliera de Londres hasta que todo quedase arreglado, pero ella no quería dejarle solo. Decía que su puesto estaba al lado de su marido tanto en el bueno como en el mal tiempo.

Su infortunio les proporcionó un nuevo conocido, pero los antiguos desaparecieron.

Un caballero bien vestido y de respetable aspecto se presentó un día en casa de Felipe y le dijo que frecuen-

temente había tenido el placer de hacerse útil á las personas de distinción, y que por lo tanto tendría mucho gusto en asistirle si se encontraba en dificultades pecuniarias. Compraría muebles, vajilla, joyas, caballos, en fin, todo, mediante dinero en efectivo. Felipe tomó su tarjeta. Este individuo se llamaba Hart M. Lazarus.

Durante este tiempo Potter se hallaba de un humor insufrible. Había penetrado en la sociedad de buen tono gracias á su hija Margarita, y debido á la especie de fascinación que ella ejercía en su derredor, habían aceptado á su padre como un genio y tomado sus miserables bosquejos como otras tantas producciones artísticas. Había sido recibido como un artista excéntrico donde quiera que Margarita visitaba. Ahora, cuando se presentó por sí solo en estas casas, esperando ser admitido por sus méritos personales, encontró las puertas cerradas. Tuvo la osadía de darme un día á entender que Felipe le había perjudicado hasta el extremo de causar su ruina. Perdí entonces la paciencia y le dije que no podía creerlo hasta que no le viera de nuevo con su antigua chaqueta y dependiendo de sus hijas para su sustento. Sentí haberme expresado en tales términos: creí que Potter no volvería á hablarme una palabra más; pero me equivoqué por completo. El día siguiente me habló como si tal cosa hubiera pasado, pero tuvo

mucho cuidado en no decir contra Felipe nada que yo pudiese oír. Este era su carácter.

Los negocios trajeron con frecuencia á Motley á casa de Felipe. Nunca había tenido mejor aspecto, ni estuvo más lleno de energía y de mejor talante; lo que nos parecía en extremo sorprendente á nosotros que estábamos llenos de ansiedades y cuidados. Digo nosotros, porque las desgracias de mis amigos pesaban sobre mí con tanta fuerza como sobre ellos.

Era imposible calmar nuestra ansiedad á pesar de las seguridades y esperanzas que nos daba Motley. Nunca dejó de hablarnos lleno de animación y valor.

—No se aflijan Vds. tanto; no se aflijan Vds. tanto, nos decía constantemente: no tomen Vds. las cosas tan á pecho. Vedme: yo no me dejo abatir, y todos estamos en la misma situación. Lo hecho no puede deshacerse. Dentro de una semana ó dos todos estos contratiempos habrán pasado.

Él no podía comprender los sentimientos de las personas delicadas y sensitivas. Se reía y se chanceaba con los hombres que venían á valuar la casa y los efectos. Para Felipe era en extremo humillante tener que contestar á las preguntas que se creían necesarias, y mostrar los artículos que le pertenecían personalmente y los que

eran propiedad de su esposa. Creo que en aquella semana el sueño estuvo bastante ausente de la morada de Harlowe.

¡ Cuán interminable parecía la demora! Cómo anhelábamos el día en que pudiéramos exclamar: “¡ Ya lo peor ha pasado!”

Al fin se verificó el concurso de acreedores. Pasé el día en casa de Harlowe. Era mejor para Margarita hablar acerca del asunto que no pasar las horas pensando en ello silenciosamente.

Á las cinco de la tarde volvió Felipe. Su aspecto nos alarmó. Estaba pálido y desfigurado. Nunca le había visto tan completamente trastornado y abatido. Durante algunos minutos no pudo hablarnos; no podía hallar palabras para referirnos lo que había pasado. Margarita le hizo sentar á su lado, y tomando entre sus manos las de su marido, le animó con sus miradas á que desahogase su corazón.

—Me acusan de falta de honradez, Margarita; dijo en voz baja y con trémulo acento.

—¿ Quién te acusa? gritó Margarita indignada.

—Todos: no es que lo digan tan claro, pero sí con rodeos. No quieren creer que he sido un insensato, y á menos que concedan eso, mi negligencia tiene que mirarse como una falta de honradez. Yo debía haberme informado de mi verdadera posición; debía haber sabido

que la firma estaba expuesta á quebrar, y mi sola excusa es que yo era un insensato.

—¿Te ha engañado el Sr. Motley? le preguntó Margarita.

—No. Yo soy quien me he engañado á mí mismo. No puedo echarle á él la culpa. Él no me ha ocultado nada. Las grandes sumas que ha estado gastando en la cervecería, el empleo del capital disponible; de todo me informó. Muchas veces me dijo: “Estamos navegando á todo trapo”—pero no me tomé el trabajo de comprender lo que eso quería decir. ¡La culpa es mía, tan solo mía!

Margarita se quedó pensativa algunos momentos, y después dijo:

—Estoy tratando de comprender por qué tu negligencia puede considerarse falta de honradez.

—Creen que yo preví esta quiebra, ó á lo menos su probabilidad, cuando retiré del negocio el dinero que pude y lo deposité en tu nombre.

—¡Ah! ahora empiezo á ver claro, dijo Margarita.

—No hay nada ilegal en usar el dinero de ese modo. Los balances de la sociedad muestran que la firma podía pagar sus deudas cuando yo retiré esa suma. Este acto no es el de un insensato, sino un negocio excelente, hecho con mucha habilidad, como lo practicaría uno de esos bribones refinados, un hombre que es un ladrón de

nacimiento, un pillo que posee el arte de engañar sin correr el peligro de ser castigado.

Felipe hablaba arrastrado por la pasión.

—¡Felipe! ¡Felipe! le dijo Margarita con voz suave.

—Se dirá que te has casado con un bribón, Margarita.

—Eso no se dirá; nadie lo pensará, gritó Margarita en extremo agitada. No tocaremos ni un cuarto de ese dinero. Todo será devuelto, todo se dará, todo, excepto los regalos que me hiciste antes de que nos casáramos.

—¿Quieres hacer este sacrificio para salvar mi honor? le preguntó Felipe lleno de emoción.

—Sí, mi querido amigo, y sábetе que nada me cuesta. ¿Crees que no puedo vivir sino en medio del lujo? ¡Ah! ¡ya verás qué engañado estás! Tu felicidad vale para mí más que el mundo entero. Debes conservar tu buen nombre: con él lo pasaremos mejor siendo pobres, que sin él siendo ricos.

Era una heroína real, una verdadera esposa, y no aquella muchacha frívola y tonta de otros tiempos. Y de este modo el infortunio de Felipe se convirtió para él en una verdadera felicidad.

Enviaron por el Sr. Lazarus, quien tasó los diamantes, la vajilla y todo lo que pertenecía á Margarita,

y dió una libranza en pago. Entonces Margarita fué con Felipe al Banco donde tenía depositadas las diez y seis mil libras esterlinas y junto con la libranza del Sr. Lazarus las llevaron al banco de Motley y Harlowe donde tuvieron una entrevista con la persona que funcionaba de síndico de los acreedores. Entonces Margarita, teniendo las libranzas en la mano, dijo:

—Aquí está todo lo que el Sr. Harlowe, mi esposo, me ha dado desde que nos casamos. Se lo devuelvo ahora de mi libre y espontánea voluntad, para que lo emplee como crea justo.

Y entregó el dinero á su esposo.

Entonces Felipe, tomando las libranzas, no sin emoción, se las entregó al síndico.

Cuando pensé que habían dado todo lo que tenían en el mundo, y que esto era la consecuencia inevitable de los acontecimientos anteriores, me pregunté cómo era que Motley, con su perspicacia y conocimiento del corazón humano y de los caracteres individuales, no había previsto este suceso.





CAPÍTULO XII

—“¡QUIJOTESCA locura!” Así fué como calificó Motley el sacrificio heroico de los esposos Harlowe.

—¿Por qué no me habló Vd. de eso? le preguntó á Felipe. Yo hubiera hecho cualquier cosa para evitar que Vd. cometiera semejante error.

—Era un asunto en que no necesitaba consejos, contestó Felipe. No nos arrepentimos de lo que hemos hecho, ni lo consideramos un error.

—Pero lo es sin embargo; es un error fatal,—insistió Motley. Vds. no ven los resultados como yo: Vd. no mira el porvenir, como deben hacer los hombres de negocios: tan sólo piensa en el presente. ¿Qué objeto ha tenido Vd.? ¿Limpiar su nombre de las imputaciones hechas por esa partida de necios guiados por el bribón de Thornton? ¿Lo ha conseguido Vd.?—No.—¿Ha logrado Vd. reducir al silencio ese maldito *Látigo*?—No.—¿Tendrá el mundo mejor opinión de Vd. por haber sacrificado la fortuna de su esposa, y haberse sacrificado Vd. mismo?—No.—Le repito á Vd. que esos acreedores son una

partida de necios que no tienen idea ninguna de gratitud. Tanta importancia le dan al sacrificio que Vd. ha hecho, como si nada hubiera sucedido. Déjelos Vd. que ladren; dentro de unas cuantas semanas vendrán á adularle á Vd. cuando vean que, gracias á nuestra hábil administración, podremos devolverles todo lo que han perdido.

—No importa: nuestra conciencia está tranquila.

—¡Conciencia! ¡valiente tontería! ¿No habría quedado satisfecha si Vd. hubiese pagado el *deficit* cuando la razón así lo hubiese aconsejado? Felipe, Vd. es más digno de censura de lo que Vd. cree. Bien sé que para un hombre de los sentimientos de Vd. era en extremo duro la simple idea de que se sospechara de su honradez; pero Vd. tenía la conciencia de que era inocente y esto le debía haber satisfecho. Vd. no debiera haber hecho caso de todas esas necias acusaciones, por consideración á su esposa. Vd. le ha inferido un grave perjuicio que no sé cómo se podrá remediar. ¿Qué ha hecho Vd. en beneficio de los acreedores? En realidad los ha perjudicado. Contando con el dinero de su esposa como una reserva para un caso extremo, hubiéramos podido empezar de nuevo nuestros negocios y habríamos pagado hasta el último céntimo: pero ahora los acreedores tendrán que contentarse con lo que reciban, pues yo no sé cómo podremos comenzar á hacer algo

sin tener algún capital. Vea Vd., pues, lo que ha hecho: ha privado á su esposa de su fortuna, é indirectamente ha perjudicado Vd. á nuestros acreedores, y todo para dejar tranquilos ciertos escrúpulos de conciencia. Vd. ha cometido un error, Felipe.

—Yo no lo creo así, contestó Felipe.

Motley golpeó la mesa con sus gruesos dedos y quedó en silencio y pensativo unos cuantos minutos. Entonces dijo:

—No hay probabilidad de que mi esposa nos dé ni un alfiler: no, ni un alfiler. Y sin contar con algún dinero yo no sé cómo comenzaremos de nuevo á hacer algo. ¿Sabe Vd. cómo?

—No tengo la menor idea de entrar de nuevo en negocios: nuestra sociedad ha terminado.

—Todavía no. Si los acreedores aceptan un arreglo. . . .

—De ningún modo continuaré yo nuestra sociedad.

—¿Por qué?

—No sirvo para esa clase de asuntos. Si la firma recobra su prestigio se deberá enteramente á la influencia de Vd., y yo no quiero aprovecharme de ello. Vd. dice que los acreedores recobrarán todo lo que han perdido, si los negocios continúan. Eso es lo que yo deseo. Si yo me retiro de la firma y los negocios quedan exclusivamente en manos de Vd., le concederán con-

diciones más ventajosas. Ellos tienen confianza en Vd., y desconfían de mí.

Motley intentó combatir la idea de Felipe, pero no se mostró muy sorprendido de su modo de pensar.

Felipe dió instrucciones á un abogado para que diera los pasos necesarios á la disolución de la sociedad. Motley tenía razón á los ojos de todos, y nadie expresó la más ligera admiración por la conducta de Harlowe; al contrario, no faltaron quienes dieran á entender que había hecho la restitución de aquel dinero por temor de que se le persiguiera por quiebra fraudulenta.

El día siguiente, viernes, *El Látigo* contenía un artículo ponzoñoso, al mismo tiempo que humorístico, en que se daba cuenta de la reunión de los acreedores. Estaba precedido de las siguientes palabras:—"Yo predije que obtendríamos algunas revelaciones curiosas respecto al Sr. Harlowe. Se ha hecho público que en Junio último, cuando la firma estaba ya vacilando, el Sr. Harlowe puso en cabeza de su esposa nada ménos que 16,000 libras esterlinas.* Hasta ahora yo había cometido una injusticia con este socio: le creía un tonto rematado. Me equivoqué por completo. No tiene nada de tonto."

En este vil papelucho no había ni una sola palabra

* Unos 80,000 duros.

respecto al noble sacrificio de Harlowe: ni una sola palabra.

Era evidente, sin embargo, que el articulista tenía pleno conocimiento de todo lo que había pasado entre el día que se verificó el concurso de acreedores y la hora en que el periódico entró en prensa, porque al principio de la columna titulada “Últimas noticias” se leía el siguiente párrafo impreso en letras muy grandes:

“*Buenas noticias para los acreedores.*—Acabo de oír que la antigua firma de Motley y Harlowe, cerveceros y banqueros, se encuentra en vías de comenzar de nuevo á funcionar, gracias á la energía y rectitud de principios del Sr. Motley, quien ha dado los pasos para disolver su sociedad con el Sr. Harlowe. Los acreedores podrán ahora aceptar un arreglo, porque conocen suficientemente el carácter del Sr. Motley para esperar que una vez que los negocios estén bajo su dirección absoluta, y libres de las constantes sangrías que un socio pasivo daba al capital, alcanzarán su primitiva y floreciente condición y todo lo atrasado se pagará honradamente. La confianza pública se restablecerá por completo cuando el nombre de Harlowe desaparezca de la firma, y cuanto antes mejor.”

Confieso que después de leer semejantes líneas me costó sumo trabajo mostrarme simplemente cortés hacia el Sr. Thornton, cuando le veía, y apenas podía intere-

sarme en las indicaciones que me hacía respecto á los detalles de la nueva ópera. Mi silencio le molestaba, pues era un hombre de carácter muy irritable; así es que, tomando un día la partitura, se dirigió al empresario diciendo:

—Veo que mi producción tendrá mal éxito, pues el Sr. Holderness se muestra hostil hacia mí.

—Si Vd. cree eso, repliqué, lo mejor que puede hacer es arreglarse con el Sr. Carr (el empresario) para entregar su obra á otro director de orquesta, porque debo confesarle con toda ingenuidad, Sr. Thornton, que, personalmente, me es Vd. en extremo desagradable.

El Sr. Carr nos reconcilió. Yo dije que haría todo lo posible para que la pieza obtuviese buen éxito, y así lo hice en efecto. Sin embargo, y con gran satisfacción mía, la obra tuvo un *fasco* completo.

La Sra. de Motley estaba en un palco y Thornton á su lado, durante la primera parte del primer acto; pero hacia el final se levantó de su asiento y fué detrás de los bastidores, seguramente por si se llamaba al autor. Yo le ví de pie, con sombrero en mano y retorciéndose nerviosamente el bigote (pues era su primera producción) mientras se cantaban los últimos versos del acto. Los amigos que tenía en el teatro empezaron á gritar: “¡El autor!”; “¡El autor!” y yo le hice señas de que

se adelantara; pero al mismo tiempo el resto del auditorio comenzó á silbar, y los silbidos continuaron cada vez más fuertes y numerosos hasta que los amigos del autor se vieron reducidos al silencio. Cuando me levanté de mi asiento, pude verle á tiempo que salía del teatro dando el brazo á la Sra. de Motley; y su horrible palidez, y la vergüenza y humillación que revelaban sus facciones, me recordaron al pobre Felipe cuando volvió á su casa después del concurso de acreedores.

—¡ Ah! ¡ ah! dije para mis adentros: te llegó la hora de padecer.



“ SALÍA DEL TEATRO DANDO EL BRAZO Á LA SRA. DE MOTLEY.”

Al final del segundo acto se renovaron los silbidos y los amigos de Thornton no se atrevieron á llamar al autor. Á la mitad del tercer acto la mayor parte de la concurrencia se levantó de sus asientos y salió del teatro.

Mi satisfacción fué aun mayor el día siguiente cuando leí las críticas de los periódicos. Todos condenaban el libreto á la vez que elogiaban la música. Un crítico decía: “El libreto no carece de simplezas, y con poco trabajo podría figurar dignamente en las escenas cómicas de una pantomima.” Otro, al tratar del texto de la opereta, decía que “era una charla insustancial en versos de aleluyas.” Un tercer crítico manifestaba que la ópera bufa necesitaba alguna poda; y agregaba que si se eliminasen por completo el acto primero y el tercero, y se escribiese de nuevo el segundo por persona competente, la empresa podría seguir representando la pieza. Cada cual hacía un chiste á expensas de la malhadada producción. Yo no creo que merecía ser tratada tan duramente, pero Thornton se había grangeado la malquerencia de toda la prensa por lo insolente de sus ataques á todo el mundo y á todas las cosas en las columnas de *El Látigo*. Era simple retribución.

La sociedad de Felipe y Motley quedó disuelta.

—No veo otra salida, Felipe, le dijo Motley: si conociera otro modo de arreglar este asunto, tenga Vd. la

seguridad de que lo aprovecharía. Sin embargo, una ventaja resulta para Vd.: su propiedad personal no se venderá para pagar las deudas de la firma.

Pero había otras deudas además de las de la firma. Un día hallé á la pobre Margarita sumando el importe de un montón de cuentas, testigos de sus pasadas extravagancias.

—Estoy viendo lo que Felipe tiene que pagar por mis locuras, dijo amargamente. ¡ Es mi falta: tan sólo mi falta!

Y luego con frases entrecortadas por sollozos exclamó:—¡ Oh! ¡ Si yo hubiera sido más cuerda!

Se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en copioso llanto. No lloraba por sus pérdidas sino por las de su marido. Fué la única vez que la ví ceder al dolor. Por intensas que fueran sus penas, y en los últimos tiempos habían sido muy grandes, siempre dominaba el impulso natural á las lágrimas, pues no quería aumentar los padecimientos de Felipe.

—Vd. puede darme un consejo práctico, Holderness, me dijo Felipe cuando estuvimos á solas. Debemos partir de aquí lo más pronto posible.

Yo había esperado esto. Me parecía que lo mejor que podían hacer era abandonar á Londres por algún tiempo.

—Temo que no podré serle muy útil en este particular, Felipe, pues nunca ha salido de Inglaterra.

—¡Oh! no pensamos en salir del país, exclamó: no podemos tampoco hacerlo mientras todo parece como que conspira contra nosotros.

La verdad es que eso no hubiera parecido muy digno. Un hombre de su modo de pensar no podía hacer en semejantes circunstancias lo que la mayoría habría hecho.

—Aquí nos quedaremos y haremos frente al enemigo, prosiguió. Y después de un momento de pausa me dijo: pero Vd. vive en habitaciones privadas y yo creí, por lo tanto, que Vd. me podría dar informes acerca del particular.

—En ese asunto puedo ser de alguna utilidad, le contesté. ¿Dónde piensa Vd. vivir? Brixton es un arrabal bonito, fresco y no muy caro.

—No, me dijo: después de haber vivido en Kensington no creo que nos agradarán los arrabales: sería muy duro para Margarita. Reina en ellos demasiada tranquilidad. Debemos estar donde haya vida y movimiento; donde haya mucho que ver y mucho que oír.

Prometí que me ocuparía en buscarles algo que les conviniera, y á los pocos días encontré unas habitaciones en el último piso de una casa recientemente fabricada en la calle de Bedford. Los cuartos eran altos y ventilados; todo en ellos era nuevo, y se gozaba desde allí

una vista del mercado de Covent Garden. Pero el precio era alto: treinta libras esterlinas* al año. Era sin embargo lo más á propósito que había visto, y se lo comuniqué á Felipe.

—¡ Treinta libras esterlinas al año! Eso no es nada, exclamó Felipe que aun no había aprendido á conocer el verdadero valor del dinero. Hasta me pareció que dudaba que pudiera obtenerse algo bueno por ese precio. Sin embargo, cuando él y Margarita vieron las habitaciones quedaron satisfechos. Margarita, sobre todo, estaba muy contenta, y su rostro brilló con su antigua animación al indicar donde se pondría el bufete de Felipe, su sillón y su estante de libros. El bienestar y la comodidad de su marido ocupaban en su mente el primer lugar.

Tomaron las habitaciones. Tuve la fortuna de encontrar una mujer joven, muy decente y honrada, que había sido en un tiempo cocinera, era la esposa de uno de los carpinteros del teatro, y se prestaba á hacer los trabajos caseros en la morada de mis amigos mediante un corto salario.

Escogieron en su lujosa mansión los muebles y todo lo demás que creyeron necesario y lo enviaron á la modesta habitación de la calle de Bedford.

* Unos 150 duros.

Una semana después se vendió en almoneda pública todo lo que había en la espléndida casa de Kensington, y el dinero realizado sirvió para pagar sus deudas personales, quedándoles solo veinte libras esterlinas.*

* Unos cien duros.





CAPÍTULO XIII

ALGUNAS semanas transcurrieron antes de que Felipe y su esposa empezaran á sentir el aguijón de la pobreza. Margarita era una admirable ama de casa: sus habitaciones eran la imagen del aseo y del orden, y estaban lindamente adornadas con abundancia de flores que se procuraba á un precio muy bajo en las cercanías. Era natural que una persona de temperamento tan alegre adornase sus habitaciones con flores; pero el orden que en ellas reinaba procedía de otras causas. Creo que Margarita, por naturaleza, no era muy ordenada en sus cosas, á juzgar por lo que recuerdo antes de que se casara; pero había visto que Felipe deseaba hallar todo en su propio lugar, y el contento de éste se aumentaba conociendo que su esposa no se descuidaba en nada de lo que se relacionaba con su bienestar. Su mesa fué para mí algo sorprendente, considerando lo reducido de la cocina y su ignorancia completa del arte culinario; pero con el auxilio de un libro titulado “El perfecto cocinero,” ella y la mujer del carpintero, Catalina, que así se

llamaba, llegaron á hacer ciertos guisos y platos que sólo se encuentran en las fondas de primera clase. Era un



“CATALINA LE HABÍA ENSEÑADO Á COMPRAR BARATO.”

verdadero placer comer con ellos, aunque no fuera más que por ver el blanquísimo mantel, los cubiertos pulidos y brillantes, los vasos transparentes y el jarrón con flores en el centro de la mesa. No fué poca mi sorpresa un día que acompañé á Margarita al mercado, ver el conocimiento que desplegaba en la elección de los comestibles y verduras, obteniendo siempre las cosas en su verdadero precio. Catalina le había enseñado á comprar

barato; pero la discípula podía ya dar lecciones á su maestra.

Yo siempre obtenía billetes de entrada para los teatros, y esto les proporcionaba de vez en cuando disfrutar un placer de esta naturaleza. Cuando veía á Margarita con su vestido sencillo cerrado hasta el cuello, sin más adorno que un pequeño broche de diamante que Felipe le había regalado en los primeros tiempos de sus relaciones, me parecía mucho más bella que en su traje escotado, mostrando garganta y brazos desnudos, y toda llena de joyas y pedrería.

Creo que ella tenía no poco orgullo en presentarse con esta sencillez á sus antiguos amigos, para darles á entender que la pérdida de su fortuna en nada la había rebajado á sus propios ojos. La dignidad de su persona, cuando paseaba de brazo con su marido, era la de una princesa. Nadie hubiera podido imaginar un instante, al ver su porte y maneras, que su esposo había perdido toda su fortuna y hasta había sido acusado de manejos poco honrados. Al contrario, pienso que nadie podría verla en estas ocasiones y creer al mismo tiempo las acusaciones dirigidas contra Felipe, porque ciertamente ninguna mujer decente podría levantar de tal modo la cabeza ante el mundo, sabiendo que su marido era culpable.

Felipe no era el insensato que muchas personas se

figuraban. Vió la necesidad de hallar cuanto antes un empleo de su tiempo que fuese remunerativo. Publicó un anuncio solicitando una plaza de secretario. Todos los días, muy temprano, se leía de cabo á rabo las columnas de anuncios del *Times*, anotaba los que le parecían más convenientes y se presentaba personalmente en solicitud del empleo. No recibió una sola respuesta á los anuncios que insertaba en los periódicos, y sus solicitudes personales fueron infructuosas. Su exterior y finos sus modales le favorecían muy mucho, y le merecían mayor consideración que la que obtiene la mayoría de los solicitantes; pero sus antecedentes le perjudicaban en extremo. Los que más dispuestos se hallaban en su favor, nada podían hacer por él. ¿Qué podrían ofrecer á un caballero de nacimiento y educación que había gozado una renta considerable?

Felipe vió que podrían vivir en la calle de Bedford, como estaban viviendo entonces, sin que sus gastos excediesen de doscientas libras esterlinas al año, y le parecía que podría fácilmente ganar esa cantidad. Sus ideas eran todavía impracticables. Le faltaba aun que aprender el arte de atenerse á las circunstancias y limitar sus gastos á las entradas.

Un día me dijo que si yo podía prestarle veinte libras esterlinas le haría un inestimable servicio.

—Con todo mi corazón, le contesté, y cincuenta también si Vd. las necesita.

—No, me dijo: he resuelto limitar mi deuda á la suma que he pedido.

Me habló de modo que comprendí que esa era su resolución. Le presté el dinero que me pidió, esperando que antes de que lo hubiera gastado habría tenido la buena fortuna de hallar algún empleo ú ocupación que le proporcionase los medios de sufragar sus gastos. No le faltaban energía ni perseverancia. Un día tras otro fué de una casa de comercio á otra ofreciendo sus servicios, aunque en vano, hasta que al fin vió que si llegaba á conseguir lo que pretendía lo debería al favor especial de la persona que se lo concediese.

—Hay centenares de hombres más capaces que yo que aceptarían con gusto un empleo por la mitad de lo que yo pretendo, me dijo un día.

Había procurado ocultar su creciente ansiedad mientras creyó que le sería posible vencer las dificultades que se le presentaban al paso; pero convencido al fin de que tenía que tomar otro camino, confió sus cuitas á Margarita y le preguntó qué era lo que debían hacer.

Margarita estaba preparada para esta pregunta. Su rostro se había adelgazado algo, su alegría no era ya tan espontánea como antes. En los últimos días se había privado del placer de comprar flores y frutas; y á pesar

de su repugnancia á la costura, se había puesto á rehacer y arreglar un vestido que un mes antes fué desechado como “vejestorio inservible,” según sus propias palabras. Me imagino que en sus horas de soledad, mientras Felipe andaba á caza de un empleo, Margarita había meditado en las dificultades que se presentaban, y esperaba de día en día que su marido le confiase sus inquietudes, para entonces manifestarle los planes que había ideado con el fin de vivir lo más económicamente posible.

El mismo Felipe me dijo que Margarita había considerado sus infortunios sin darles toda la importancia que él les prestaba.

—Si hay personas que pueden vivir gastando sólo una suma en extremo moderada, y están contentas, también nosotros podremos hacerlo. ¿No somos aquí tan felices como en Kensington?

Y luego, aunque á la verdad con cierta inconsistencia, empezó á quejarse del ruido que hacían por la mañana los carros y vehículos de toda especie que iban al mercado; del desagradable olor de las hortalizas que se corrompían con el calor; del lodo y de la basura de las calles circunvecinas, y del horrible lenguaje de las fruterías y verdulerías.

—Sería tan agradable vivir en alguna parte lejos de este trajín y de este bullicio, decía á veces; pero no

fuera de Londres, porque serían muy molestos para tí, Felipe, cuando obtengas algún empleo, los viajes diarios de ida y venida. Por mi parte, yo preferiría Lambeth, donde Holderness vive, en las cercanías del palacio del arzobispo, cerca de los edificios del Parlamento, y con el río á la vista. Creo que ese lugar nos convendría mucho.

Ella me había oído hablar de lo moderados que eran allí los alquileres de las casas y lo baratas que eran todas las cosas. Un día, pues, muy temprano, salimos los esposos Harlowe y yo en busca de habitaciones, y logramos hallar el primer piso de una casa, completamente amueblado, por el mismo precio que Felipe pagaba por el último piso donde vivía en la calle de Bedford. De pronto no podía yo comprender las ventajas que se seguían del cambio de morada, hasta que Felipe me dijo que un amigo suyo deseaba alquilar las habitaciones que él dejaba y al mismo tiempo comprar los muebles, (que de paso diré eran demasiado buenos para Lambeth). Era una oferta que tal vez no le harían de nuevo. De consiguiente, se mudaron á Lambeth y vendieron los muebles que les quedaban, desapareciendo así los restos de su antiguo esplendor.

Esto fué poco después de haberme Felipe pedido prestadas las veinte libras esterlinas. El dinero que habían realizado con la venta de sus muebles, lo depositó

en una Caja de ahorros. Era evidente que empezaba á pensar en el futuro. Yo no hice la más leve alusión á ello, pero confieso que me complació mucho este acto de prudencia, aunque yo ignoraba á la sazón cuáles eran los planes que tenía entre manos.

Era más difícil dar á las nuevas habitaciones el aspecto alegre y hasta elegante que tenían las de la calle de Bedford. Los muebles eran viejos y bastante usados; el papel de las paredes nada de bello tenía; los pocos arbustos que había en el patio estaban medio secos; cuando el viento soplaba en cierta dirección, la casa se llenaba del humo de las fábricas de la cercanía. Pero trataban de remediar esto cerrando las ventanas y encendiendo el gas temprano. Margarita puso en un lugar bien visible dos jacintos que yo había tenido el placer de regalarle, y que ella cuidaba con sumo esmero llamándolos su jardín.

Aunque había otras muchas cosas que no hacían muy apetecible el vecindario de Lambeth para personas que habían vivido en el barrio más elegante de la ciudad, sin embargo, mis amigos apenas se quejaban, conservando su buen humor y entereza de ánimo en medio de la adversidad.

—No debemos engañarnos acariciando falsas esperanzas, me dijo Felipe. Sé que nos aguardan malos tiempos, y es preciso que nos preparemos á hacerles

frente, para que no nos sorprendan desprevenidos. Quiera el cielo que todos los trabajos que nos esperen se reduzcan á vivir en la calle de Lambeth.

Hasta entonces Felipe había usado bigote con las puntas retorcidas de un modo casi aristocrático. Una mañana, con gran sentimiento de Margarita, volvió á casa con las puntas recortadas. Después dejó de afeitarse, y las hermosas líneas de su rostro desaparecieron bajo una espesa barba. Margarita dijo, sin embargo, que parecía más hermoso que antes. Á mí no me pareció así, pero ciertamente que le daba un aspecto así como de un artesano, y eso era lo importante.

—Ahora, dijo, no habrá dificultad en proporcionarme trabajo.

—¿Qué clase de trabajo busca Vd.? le pregunté.

—Cualquier trabajo que requiera fuerza física y una mediana inteligencia.

Entonces, con gran sorpresa mía, supe que estaba dispuesto á aceptar un empleo de artesano común. Se lo tuve á mal y le dije que me parecía, en lo que tal vez me equivocaba, una degradación innecesaria. Se rió de mis ideas.

—Más probabilidades de buen éxito tiene un artesano que un dependiente de escritorio. Yo no deseo permanecer siempre sentado en una silla ó de pie ante un pupitre, y esta es la perspectiva de la mayoría de

los dependientes. Además, no me quieren aceptar en un escritorio, y en este caso ¿qué hacer?

—Pero un artesano . . .

—No es un empleo para un caballero ¿eh? Y se echó á reir de nuevo. Poco me importa eso. Estoy seguro que no me avendré á una ocupación sedentaria. Un poco de trabajo corporal es beneficioso: después descansa uno mejor, y esto es ya una gran cosa.

Después de unos cuantos minutos de reflexión, agregó:

—Comprendo perfectamente los sentimientos de Vd., amigo Holderness; á la gran mayoría parecerá realmente que es demasiado descender para un hombre que ha vivido hasta ahora de sus rentas. No hablemos del asunto delante de Margarita.

Le prometí que no sería indiscreto.

—Como Vd. vé, Holderness, yo no puedo esperar hasta que consiga algo que me convenga. Debo aceptar lo que se me presente, y al mismo tiempo estar á la expectativa de algo mejor.

El día siguiente se puso una camisa de color y el vestido más viejo que tenía y se presentó en el escritorio de una de las grandes alfarerías del distrito. Un escribiente le recibió con la mayor cortesía, porque á pesar de su barba y traje, su aspecto era el de un caballero.

—¿Qué es lo que Vd. desea? le preguntó.

—Deseo que se me ocupe en algo.

—En ese caso debe Vd. ir al departamento artístico.

¿ Es Vd. un artista ?

—No : no sé nada acerca del arte.

—¡ Ah ! ¿ Vd. desea un empleo en el escritorio ?

—No ; deseo trabajar con mis brazos.

Un tanto sorprendido de tan extraña solicitud, el escribiente se dirigió á una habitación interior. Al cabo de poco se presentó un caballero ya entrado en años, y después de mirar fijamente á Felipe al través de sus espejuelos le preguntó :

—¿ Qué desea Vd., señor ?

Felipe expresó brevemente lo que deseaba. El caballero le oyó con grave atención, y con tono afable le dijo :

—En una gran fábrica, como esta, siempre hay ocupación para los trabajadores entendidos y deseosos de hacer algo ; pero no sé en que puedo emplear á Vd. En todos los departamentos se requiere cierta cantidad de conocimiento técnico y de habilidad. Para lo más insignificante se necesita alguna experiencia. Es preciso empezar de aprendiz. Si yo lo empleo á Vd. en algo, sería con perjuicio de otros más hábiles y diestros en el oficio, lo que no sería justo, y además se vería Vd. expuesto al mal trato y á los celos de los otros trabajadores y á cierta humillación. Es más duro negar un empleo

que concederlo; pero, considerando los intereses de Vd., ¿qué es lo que Vd. quiere que yo haga?

Felipe sólo pudo darle las gracias por lo que le había manifestado, y se retiró.

Se dirigió entonces á una alfarería en menor escala, creyendo que su dueño sería menos considerado y concienzudo.

—¿Qué es lo que sabe Vd. hacer? le preguntó el dueño que era un hombre de baja estatura, rechoncho, y con el rostro marcado de viruelas. ¿Puede Vd. conducir un carro y cuidar un caballo?

—Nunca he cuidado un caballo, contestó Felipe.

—¿Puede Vd. darle forma á un jarro?

—No.

—¿Puede Vd. manejar una máquina?

—No.

—¿Puede Vd. atizar el fuego del horno?

—No.

—Entonces Vd. no me sirve para nada.

Felipe pasó el resto de la semana buscando trabajo, que encontró era tan difícil de hallar como si se tratara de un empleo de importancia. El ánimo empezaba á faltarle en vista de tan persistentes reveses. No podía ocultar á las miradas de Margarita la desesperación que de él se iba apoderando; y á pesar de la ternura de su esposa, y de los medios delicados á que acudió para

animarle y consolarle, no pudo disminuir sus padecimientos ni abatir su ansiedad.

El lunes siguiente renovó sus solicitudes en busca de trabajo. En la calle de Kennington encontró un grupo de ociosos frente á una carpintería y almacén de madera. Un trabajador, con un saco de herramientas al hombro, levantando una de las puntas de su delantal, gritaba al mismo tiempo dirigiéndose á alguien en el almacén :

—Yo soy un carpintero, y no un cargador ordinario, decía : para nada necesito de Vd. Si desea que se mude



“SOY UN CARPINTERO, Y NO UN CARGADOR ORDINARIO.”

la madera de un lugar á otro, hágalo Vd. mismo. ¿Estamos? ¡Buenos días!

Y diciendo esto se alejó seguido de la partida de ociosos espectadores de aquella escena. Felipe entró en el almacén y se dirigió al maestro carpintero diciéndole:

—¿Quiere Vd. que mude la madera de un lugar á otro?

—Sí, respondió el carpintero con acento molesto: los artesanos son hoy tan señorones que esperan que los que los emplean hagan los trabajos fuertes.

—Yo deseo un trabajo fuerte, dijo Felipe que anhelaba alguna fatiga física.

—¿Cuánto quiere Vd. que se le pague la hora? le preguntó el carpintero.

—Vd. me pagará lo que crea justo. Dígame Vd. lo que tengo que hacer.

Dijo esto con tan buena voluntad, que el carpintero le manifestó al instante lo que debía hacer.

Felipe puso manos á la obra, é hizo su cometido tan á gusto del carpintero que éste le dijo:

—¿Cree Vd. que podrá aserrar algo?

—Creo que si Vd. me da una sierra y me dice lo que hay que hacer, no tendré inconveniente alguno.

Era una cosa sencilla y Felipe la hizo satisfactoriamente.

Al mediodía le dijeron que podía ir á comer y que volviese á la una. Regresó á esa hora y trabajó hasta las seis de la tarde. Tan complacido quedó el carpintero con su trabajo, que le manifestó volviese el siguiente día.

Felipe entró en su casa lleno de regocijo; pero con las manos llenas de ampollas, toda la barba cubierta de aserrín y un par de girones en la chaqueta: parecía un trabajador hecho y derecho.

Le dijo á Margarita que iba á dedicarse á la carpintería, lo que fué un rudo golpe para la pobre esposa, cuyo corazón se llenó de angustia, especialmente cuando vió las ampollas de las manos.

—Y bien, dijo Felipe, un día de remar en un bote de recreo produciría lo mismo. Mis manos se endurecerán dentro de poco lo bastante para el trabajo.

—¡Queridas manos! murmuró Margarita acariciándolas.

Yo creo que ella se preguntaba si llegarían á perder su blancura y delicadeza y se volverían con el tiempo como las manos de un carpintero común.

—Es una ocupación seria, mi querida Margarita; y si pudieras oirme silbar mientras trabajo, estoy seguro que tendrías celos al verme tan alegre lejos de tí.

Margarita no quería desanimarle, y viéndole tan contento tomó el asunto de la carpintería por su lado mejor.



“¡QUERIDAS MANOS! MURMURÓ MARGARITA ACARICIÁNDOLAS.”

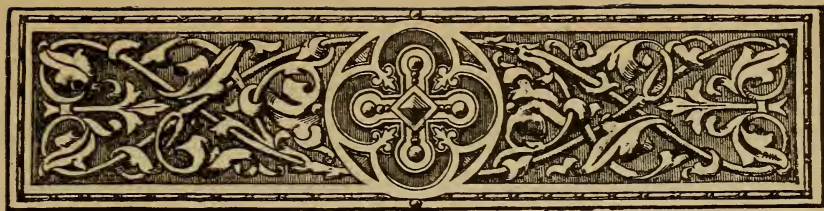
El oficio que Felipe había abrazado adquirió en la estimación de Margarita un alto lugar, y un mediodía resol-

vió dirigir sus pasos á la calle de Kennington con la idea de ver, aunque fuera á cierta distancia, á su querido esposo en un pintoresco taller de carpintero, ejecutando noble é inteligentemente algún trabajo de ebanistería ó algo parecido.

En efecto, percibió á su marido: llevaba áuestas un saco de aserrín desde el patio de la carpintería á una carreta que estaba á la puerta del almacén.

Dió una vuelta rápida para que Felipe no la viera, porque sus labios temblaban convulsivamente y las lágrimas rodaban por sus mejillas.





CAPÍTULO XIV

UN nuevo motivo de dolor se presentó entonces. La pobre Cecilia había roto sus relaciones con Horacio. Esta inocentona y sencilla muchacha no tenía la solidez de carácter, la previsión y prudencia de Juana. Se contentaba con vivir al día y jamás se atormentó por lo que sería de ella mañana ó pasado : si había ocasión de divertirse y gozar, se divertía y gozaba sin que amargara su placer ningún pensamiento acerca de lo porvenir. Sin embargo, en elogio de Cecilia podía decirse que ni se lamentaba ni se entristecía cuando no había diversiones, y que cuando tenía que desempeñar sus obligaciones y deberes domésticos, lo hacía de buen talante sin murmurar ni quejarse. De modo que cuando ocurrió el naufragio que puso un término á su existencia feliz en la morada de su hermana Margarita en Kensington, guardó sus vestidos de seda, se endosó sus trajes sencillos, y regresó á Highgate, habiendo prorrumpido en llanto tan sólo una vez y eso más bien por su hermana que por lo que ella perdía con el cambio. ¡ Y cuán grande había sido éste para ella !

Cuando se hizo evidente que el estilo artístico peculiar de Potter había pasado de moda con tanta prontitud como se había entronizado, y que no se podía contar con él para que sufragara los gastos de la familia, nos pareció á Juana y á mí que era llegado ya el momento en que Horacio Clinton debía casarse con Cecilia, y me aventuré á indicárselo valido de mi calidad de antiguo amigo de la familia. Horacio me habló entonces con toda franqueza y sinceridad, y me demostró lo poco conveniente que sería que el casamiento se llevara á efecto á la sazón.

Horacio, como ya he dicho, era un joven excelente, y estoy seguro de que si hubiese dependido sólo de su cariño y deseos, ya haría tiempo que se habría casado con Cecilia. Pero tenía una madre enferma y una hermana soltera que debía mantener desde el fallecimiento de su padre, y estas dos mujeres eran en extremo exigentes y egoístas. Gastaban todo lo que el joven ganaba; y no contentas con mantenerle en la pobreza, deseaban que permaneciese soltero. Por otra parte Cecilia no era muy del agrado de las dos mujeres: ellas exajeraban sus faltas y hacían todo cuanto podían para prevenir á Horacio en su contra, previendo que los gastos que ocasionaría una esposa necesariamente disminuirían la suma de dinero de que ellas podrían disponer. Como él no podía echar á la calle á su madre y á su

hermana, y carecía de los recursos necesarios para sostener dos casas por separado, si se casaba tendría que llevar á Cecilia á vivir bajo un mismo techo con las dos enviadas y poco caritativas mujeres, lo que no habría sido muy agradable para su joven esposa. Como él mismo me dijo, y no sin razón: “Su vida hubiera sido en *extremo* miserable.”

Abrigaba sin embargo la esperanza de que este estado de cosas no duraría muchos meses, pues había un viudo que hacía la corte á la Srta. Clinton, y ésta había decidido casarse con él tan pronto como le pidiese la mano de esposa, en cuyo evento su madre iría á vivir en compañía de su yerno. Pero de todo esto yo no debía decir una palabra, no fuera que por arte del diablo llegase la cosa á oídos del viudo, y de puro susto levantara el pie de la casa. Prometí á Horacio guardar fielmente el secreto, y bebí al buen éxito del casamiento de su hermana.

Por lo tanto Cecilia tuvo de nuevo que buscar el modo de librarse la subsistencia. Publicó un anuncio en el *Times* solicitando la plaza de institutriz en una familia privada. El mismo día que se publicó el anuncio se presentó en casa de Potter la Sra. de Leclerc que venía á visitar á las muchachas. Era dicha dama la Sra. que por intercesión de Motley había en otro tiempo empleado á Cecilia. Era una persona muy viva y ama-

ble, y después de saludar á Cecilia de la manera más cordial, le dijo :

—Mi querida Cecilia ¿ ha encontrado ya Vd. algún empleo ?

Cecilia replicó que nada había encontrado aun.

—En ese caso, dijo la Sra. de Leclerc, venga Vd. conmigo. Desde el infortunio de que ha sido víctima Harlowe, á quien compadecemos de todo corazón, hemos estado pensando en Vd. ; y si no hubiera temido herir su sensibilidad, le habría suplicado antes de ahora que volviese de nuevo á dar lecciones á mi niña, que se niega á aprender con otra persona.

Se convino, pues, que Cecilia iría, como antes, á dar lecciones á la hija de la Sra. de Leclerc. Esta dama, toda entusiasmo, deseaba que Cecilia residiese en su casa, pero la muchacha no accedió por consideraciones á Horacio, y Juana pensó también que sería más conveniente que sólo fuera á dar las lecciones y regresara á casa, porque necesitaba de constantes consejos y advertencias, los que no era fácil recibiese de una persona tan ligera como la Sra. de Leclerc.

De nuevo empezaron, pues, á brillar mejores tiempos para Cecilia. Nada podía exceder la bondad é indulgencia de la Sra. de Leclerc y su esposo. La sencillez de Cecilia, su lindo rostro, sus maneras afectuosas, le ganaron el corazón de todos los de la casa. Era tratada

como un miembro de la familia, más bien que como una persona cuyos servicios se pagan con un salario. La Sra. de Leclerc la mimaba como á una niña, regalándola joyas y adornos, llevándola á conciertos, invitándola á que tomase parte en las fiestas domésticas, haciéndola conducir á su morada en carruaje cuando había mal tiempo,—en una palabra, echándola á perder é inutilizándola para toda ocupación seria. Lo peor era que sabíamos cuán poco puede uno fiarse de estas personas impulsivas y entusiastas, que el capricho de un momento convierte de amigos en enemigos.

Todo fué bien durante algún tiempo: entonces Juana empezó á inquietarse. La Sra. de Leclerc había concebido el capricho de que Cecilia se casara con un hombre que fuera algo más que un oscuro artista, y la alentaba en el terreno de ciertas coqueterías que eran, por lo menos, innecesarias. La semi simpleza de la muchacha y su poco mundo la hacían avanzar bastante en ese terreno. Tengo la seguridad de que amaba á Horacio con todo su corazón, y que no se sentía inclinada á sacrificarlo á nadie; sin embargo, se ponía á coquetear sin darse cuenta de ello, y sin pensar lo más mínimo en lo que estaba haciendo.

—Si soy objeto de las atenciones de una persona, confieso que me agrada, y no puedo manifestar lo contrario, decía; y si son amables conmigo, yo tengo que

ser también amable. Nadie es impolítico ni rudo conmigo, y por lo tanto yo tampoco debo ser ruda ni impolítica con ninguno.

Un domingo hallé en la morada de Potter á un caballero á quien antes no había visto allí: me fué presentado, y supe que era el Sr. Percival Leclerc, cuñado de la Sra. de Leclerc.

Era un caballero hermoso, de unos treinta y cinco años de edad, muy pagado de sí mismo, de una afluencia de palabras casi interminable, modales y maneras elegantes y de buen tono. Cuando Juana y yo estuvimos á solas, nos dijimos que no nos gustaba. Su amabilidad era tanta que despertaba sospechas acerca de su sinceridad. Siempre tenía algo lisonjero que decir á todos: en una palabra, su amabilidad traspasaba realmente los límites.

Potter, que hacía mucho tiempo no había recibido elogios ningunos, estaba encantado con Leclerc. No podía ver que la admiración que demostraba á sus mamarrachos era excesiva y en extremo exagerada: verdad es que si se le hubiera dicho que sus cuadros eran los más bellos que jamás se habían pintado en ningún tiempo, lo habría creído al pie de la letra.

—Vd. pertenece á la verdadera escuela, Sr. Leclerc, le decía,—Vd. es uno de los nuestros, de los que se adelantan á su tiempo; y puede Vd. tener la seguridad de

que siempre me causará un gran placer cuando quiera Vd. discutir conmigo acerca de bellas artes.

Y en honor de la verdad diré que si Potter no quedó completamente complacido en este particular, no fué por cierto la culpa de Leclerc, porque éste, con redoblada frecuencia, entraba de lleno en el terreno de la pintura acomodándose á los principios y teorías de Potter. Otras veces Leclerc deseaba oír música, y entonces Juana tocaba al piano algunas de las composiciones de Mendelssohn con exquisito gusto y sentimiento. Era, sin embargo, de notarse, que jamás hizo una visita cuando Cecilia estaba ausente. No se lo teníamos á mal, porque un joven enamorado de una muchacha busca naturalmente su sociedad; ni porque supiese que Cecilia llevaba relaciones con Horacio, debía Leclerc alejarse. Un enamorado se figura siempre que es mejor que su rival, y esto le justifica, á sus propios ojos, en sus tentativas de derrotar á su contrario y llevarse el codiciado premio. Pero lo que á Juana y á mí nos disgustaba era su falsa buena voluntad hacia Horacio.

Nadie podía acusar á Horacio de una conducta tan doble. No prestaba atención alguna á las insinuaciones amistosas de Leclerc; se mantenía reservado y frío en su compañía, y no se esmeraba mucho en ocultar lo que él mismo llamaba su "*extraordinaria* aversión hacia Leclerc."

Pronto nos fué patente á todos cuál era el objeto real de sus visitas; y cuando al fin Potter descubrió que no venía con el fin exclusivo de oírle discurrir sobre la escuela del porvenir, no manifestó por él aquel grado de desprecio que era de esperarse. Al contrario, parecía desear que el nuevo amigo visitase su casa con más frecuencia. Al mismo tiempo empezó á atacar al pobre Horacio, en su ausencia, por supuesto. Decía de él que no era un artista ni cosa que se le pareciera, y que lo único que podía hacer era pintar “caras bonitas,” y pare Vd. de contar. Agregaba que era un hombre sin carácter ni propósito determinado; de lo contrario, ya habría desde hace mucho abandonado el aspecto mercantil del arte, se hubiera librado de la especie de esclavitud en que le tenían sujeto esas dos mujeres, su madre y su hermana, las hubiera puesto de patitas en la calle y se habría casado con Cecilia. Era un pollino hecho sólo para soportar semejante carga, un asno á todas luces, y así otras lindezas por el estilo.

La verdad es que Potter, después de haber probado los frutos de la opulencia, deseaba de nuevo participar de ellos y no se paraba en medios para realizar sus deseos. Creyó que si Cecilia se casaba con Leclerc obtendría una buena posición en la sociedad, y le pondría en estado de pavonearse una vez más en los salones y estrados en su traje de etiqueta. Lo primero que había que

hacer era romper las relaciones de Cecilia y Horacio, y con este objeto decía cuanto podía para ponerle en ridículo á los ojos de su hija.

Fueron tiempos de prueba para Horacio, y por desgracia no salió bien librado de esas pruebas. Era celoso por naturaleza, y no podía ocultar su aversión á Leclerc y cuanto le mortificaba ver que Cecilia recibía con buen talante las atenciones de aquel caballero. Esto le volvía silencioso y hasta de mal humor, y él se daba cuenta de ello sin que pudiera sin embargo evitarlo. Y cuanto más sombrío y callado estaba, tanto más alegre, animado é interesante parecía Leclerc, gracias al contraste. Aún la misma Juana no podía menos de sonreirse cuando le dirigía la palabra; y debo confesar que su conversación me pareció siempre entretenida y hasta interesante. La situación se agravaba cuando Potter, que ocultaba sus verdaderos sentimientos bajo la máscara de la broma, zumbaba á Horacio acerca de su taciturnidad.

—¿Está la bilis revuelta? le preguntaba, ó ¿Ha acontecido algo *extraordinario* en el *táfico* de cajas de confites? ó ¿Ha estado mamá regañando á su Horacio? y otras preguntas ridículas y sutilmente ofensivas por el estilo.

El hombre mejor y de más valía tiene al fin y al cabo que padecer en la opinión de los demás si constantemente se le está deprimiendo; y si, además de esto,

Horacio se volvía taciturno y poco interesante á causa de sus celos, era natural que Cecilia empezase á amarle menos que antes. Juana y yo lo notamos y veíamos que uno de los rivales tenía que desaparecer del escenario. ¿Pero cuál sería?

Una tarde Horacio convidó á Cecilia á un concierto que tendría efecto la noche siguiente; Cecilia vaciló un momento, con alguna confusión, según debió de parecer á los celosos ojos de Horacio, y entonces dijo:

—Cualquiera otro día, Horacio, tendré el mayor gusto en ir contigo; pero mañana no puede ser porque no vendré á casa sino tarde, pues tengo que quedarme en casa de los Leclerc.

—¡Ah! yo supongo que irás á alguna parte con los Leclerc, sólo que no quieres decirlo,—dijo Horacio con acento algo vivo.

—Jamás he temido confesar nada de lo que hago, le replicó Cecilia en un tono decidido: no voy á ninguna parte con los Leclerc.

El día de que se trataba, que era viernes, debía haber una concierto vocal é instrumental, puramente privado, en casa de los Leclerc, y Cecilia había sido invitada á tomar parte; pero por la mañana la familia, en cuyo obsequio se daba, envió á suplicar que se dejara para otra ocasión por haber enfermado uno de sus miembros. Entonces la Sra. de Leclerc insistió en que Cecilia la

acompañase á oír un oratorio en el salón “Príncipe Alberto.” Cecilia, que no veía en ello nada de particular, aceptó la invitación y fué al oratorio con la familia Leclerc.

Terminada la función regresaron á su casa en carruaje, pero el Sr. Percival Leclerc acompañó á Cecilia á su morada.

Entre tanto, Horacio, que se había arrepentido de sus malos modales del día anterior, se dirigió antes de las diez á casa de los Leclerc para buscar á Cecilia y hacer las paces con ella. Allí se le informó que la Srta. Goddard había salido muy temprano, al oscurecer. Horacio se quedó rondando la casa como una hora, creyendo que Cecilia regresaría allí; pero al cabo de ese tiempo cambió de modo de pensar y se dirigió á la casa de Potter.

Había luz en el estudio. Tocó la campanilla. La criada le abrió y le dijo que Cecilia estaba arriba. Subió y al tiempo de abrir la puerta de la habitación oyó la risa de Cecilia. Entró: precisamente se hallaba Leclerc refiriendo una historieta muy interesante que Cecilia, sonriendo, escuchaba con marcada atención. Juana y Potter estaban sonriendo también, pero Horacio ni siquiera les dirigió una mirada.

Á la vista de aquel rostro, lívido con los celos que le torturaban hasta la locura, Cecilia se puso en pie toda

alarmada, la sonrisa desapareció de sus labios, y sus mejillas palidieron. No hay duda que Horacio atribuyó este cambio de expresión á la conciencia de haber sido descubierta.

Saludó con frialdad á todos en general sin dar la mano á ninguno. Leclerc terminó su historieta, y viendo que lo mejor que debía de hacerse era irse, se despidió con tanto despejo y afabilidad como si Horacio, con sus terribles miradas, jamás hubiera llegado. Potter y Juana le acompañaron hasta la puerta dejando solos á Horacio y Cecilia.

Supe después lo que pasó entre ellos, pero no deseo repetirlo. Bajo el influjo de los celos se dicen y hacen cosas que nunca se dirían ni harían en circunstancias normales. Lo único que podemos hacer es compadecerlos y perdonarlos. Todo lo que diré es que en esa corta entrevista Horacio se comportó de una manera en extremo violenta, y que Cecilia desplegó una prudencia y moderación que apenas eran de esperarse en una persona tan ligera é irreflexiva como ella.

Cuando Horacio se despidió para irse, Potter le acompañó hasta la puerta de la calle y salió junto con él.

—Oiga Vd., amigo, le dijo Potter una vez fuera de la casa, con acento semi-amistoso, semi-hostil:—yo no sé lo que ha originado esta riña entre Vds.; pero

deseo manifestarle que si Vd. no se encuentra en estado de casarse con Cecilia, no creo que deba Vd. ser un obstáculo para que ella obtenga un partido más ventajoso.



“SE DESPIDIÓ CON TANTO DESPEJO Y AFABILIDAD COMO SI HORACIO, CON SUS TERRIBLES MIRADAS, JAMÁS HUBIERA LLEGADO.”

—Yo no soy un obstáculo para nada, replicó Horacio, pues nuestras relaciones han terminado. No nos veremos nunca más.

—¡Buen negocio ha sido! me dijo Potter el día siguiente. Han llevado relaciones durante dos años.

Pero yo no creí que fuera una cosa buena, porque sabía que se amaban mutuamente, y que los corazones no son como las bolsas que pueden vaciarse y llenarse de nuevo con la misma facilidad.





CAPÍTULO XV

DESPUÉS de la disolución de la sociedad, Motley se arregló con sus acreedores y continuó los negocios bajo la firma de “Motley y Motley.” Tres meses más tarde pagó todo lo que los acreedores habían perdido con el arreglo anteriormente hecho. Este acto de liberalidad dió inmenso impulso á los negocios. Nadie podía ya abrigar la menor duda acerca de las grandes cualidades de Motley. Por todas partes no se oían sino sus alabanzas y elogios. “¡ Ah! ¡ qué hombre tan honrado!” decían. “¡ Qué principios tan admirables, y qué notable habilidad para los negocios!” “¡ Un hombre digno de toda confianza, si los hay!” y otras muchas frases por el estilo. El número de los que depositaban dinero en el Banco era mayor que nunca; la cervecería se había agrandado considerablemente, lo que proporcionaba nuevas ventajas para el desarrollo de los negocios. Las utilidades, después de cubiertos los gastos de las nuevas obras, empezaron á acumularse: todo esto era para Motley solo. Ya no había un socio con quien com-

partir las ganancias. Y así es que, sin haber pagado un céntimo por ello, Banco y cervecería habían venido á ser propiedad exclusiva de Motley á quien aprovechó únicamente el sacrificio de Harlowe.

--Ha resultado lo que yo había previsto, Holder-ness, me dijo un día Motley. ¿Recuerda Vd. mi pronóstico? Si Felipe se hubiera mantenido tranquilo y hubiera confiado en mí, sería ahora más rico que nunca; sus escrúpulos habrían quedado satisfechos, y se tendría de él mejor opinión si no hubiera dispuesto, como lo hizo, de la fortuna de su esposa. Si yo fuera hoy dueño de mis acciones en este particular, le ofrecería á Felipe una parte en el negocio, ó á lo menos le haría tomar el dinero que desembolsó. Pero no puedo hacerlo. Me encuentro atado de pies y manos. Ahora, como Vd. sabe, la firma es "Motley y Motley." No bien mi esposa se enteró de la disolución de la sociedad, ofreció emplear su dinero en el negocio. Eso me facilitó empezar de nuevo. Pero ella tomó todas las precauciones necesarias para impedir que su antiguo enemigo tuviera parte alguna en la empresa, é hizo por lo tanto extender un contrato que le daba voz y voto en la administración del Banco en virtud del dinero que ella entregaba; en una palabra, es un miembro activo de la sociedad de "Motley y Motley." De modo que Vd. ve cuán atado estoy. Todo esto podía haberse evitado á no ser por la

fatal festinación del pobre Felipe y su falta de sangre fría. Si hubiera dejado el dinero de su esposa donde lo tenía depositado, yo se lo habría pedido prestado y me vería hoy completamente independiente del auxilio de mi esposa.

La explicación era un tanto plausible, pero yo no podía experimentar hacia Motley los mismos sentimientos de antes; y en sus ojuelos pardos y vivos notaba una expresión traicionera y maligna que hasta entonces no había sospechado. Felipe debía de compartir mis sospechas, pues evitaba ver á Motley y permanecía silencioso cuando de él se hablaba. No era capaz de hablar ni en bien ni en mal de una persona de quien tuviera sospechas, pero no podía tampoco hacerse culpable de doblez y engaño.

Así es que mientras uno de los antiguos socios descendía en la balanza de la prosperidad, el otro subía hasta las nubes.

—“¿ Vale la pena ser honrado? ¿ Aguarda algún castigo á los malvados?”—Estas eran las preguntas que me hallaba tentado á dirigirme cuando, después de ver á Motley con rostro risueño, colorado y mofletudo, paseando en lujoso carruaje, me encontraba con Felipe que regresaba de su trabajo fatigado y lleno de cuidados y ansiedad.

* * * * *

Precisamente frente á las habitaciones de los Harlowe, al otro lado de la calle, en la guardilla de una casita, vivía una viuda con su niño por quienes Margarita y Felipe se interesaban mucho. La viuda era una mujer de pequeña estatura, pálida, de aspecto muy decente, y de unos veinticinco años de edad: el niño era un chiquitín bastante fuerte que empezaba á caminar conducido de la mano. Creíamos que sería una viuda á causa del niño y de estar vestida de luto. Todas las mañanas, excepto los domingos, salía con su niño poco después de las ocho y regresaba por la tarde como á las siete. Dedujimos de eso que salía á su trabajo, tal vez en una tienda donde podía conservar su niño. Iba vestida decentemente y siempre llevaba guantes: los vestidos del niño eran demasiado finos para gentes que moraban en aquella calle, y nadie la habría tomado por pobre á no ser por la guardilla en que vivía. No sabíamos su nombre ni nada relativo á ella, excepto lo que llevo dicho. Parecía no tener amigos y que evitaba contraer conocimiento con sus vecinos. No era necesario que nos dijeran que ella había experimentado serios disgustos y contrariedades; pero aunque su rostro revelaba mucha ansiedad, estaba sin embargo como iluminado por un rayo de esperanza. “Piensa en su niño y en el tiempo en que será un hombre hecho y derecho,” solía decir Margarita. Y á la verdad que cuando los

domingos reinaba buen tiempo y podía sacar á su niño á pasear, parecía entonces completamente feliz.

Nuestro interés por ella se aumentaba á medida que el tiempo transcurría. Casi puede decirse que la primera pregunta que yo hacía cuando iba á visitar á los Harlowe era informarme de cómo estaba la viuda. Margarita se hallaba tan prendada de ella y de su niño, que Felipe acostumbraba á darle bromas cariñosas sobre este particular. Comprendíamos que Margarita, que adoraba á los niños, anhelaba hacerse amiga de la viuda y hablar con ella acerca del chiquitín.

Por este tiempo el interés de Margarita llegó á su colmo, gracias á un nuevo sentimiento: ella misma se encontraba en vísperas de ser madre. Cuando me enteré de ello, comprendí el motivo que había guiado á Felipe á vender sus muebles y poner á un lado el dinero para futuras necesidades. Margarita trató de hacer conocimiento con la joven viuda. Esperó á la ventana hasta que se asomara su vecina y sus miradas se encontraran, y entonces la saludó con la cabeza. La viuda contestó el saludo, pero se retiró inmediatamente. Poco tiempo después Margarita se las compuso de tal modo que se encontró en el extremo de la calle cuando la viuda regresaba de su trabajo: la saludó, la habló, é, inclinándose, tomó al niño en brazos y lo besó. Pero vió que la madre estaba nerviosa y poco dispuesta á

contraer nuevas amistades, y por lo tanto, respetando sus sentimientos, se abstuvo de hacer nuevas tentativas.

El verano cesó. El otoño se presentó muy húmedo y en general con mal tiempo. Había días en que la viuda no salía del todo, y otros en que se veía precisada á salir sola.

La veíamos muy abrigada aun en los días en que la temperatura era agradable, y notamos que se tapaba la boca con un pañuelo al salir de su casa ó al volver á ella. Estaba un tanto encorvada como si tuviera el pecho contraído por el dolor. Durante una semana no la vimos.

Un día de Noviembre encontré á Margarita que hablaba con la dueña de la casa.

—¡ Oh! Holderness, exclamó, nuestra pobre viuda está mal. Tengo que ir á verla. Quédese Vd. aquí hasta que vuelva Felipe y dígame Vd. lo que pasa.

Atravesó la calle y se dirigió á la casita de enfrente cuya puerta estaba abierta. Delante de la misma había un carretón.

La dueña de la casa me explicó que nuestra viuda estaba enferma, y no podía pagar su alquiler, y que el viejo Hobson, que así se llamaba el dueño de la casa, la había notificado que se mudase inmediatamente.

Yo estaba sentado á la ventana con las miradas fijas en la casita de enfrente. Una persona de aspecto sucio

salió de la casa: le ví probar con los dientes la solidez ó legitimidad de una moneda. Hizo entonces una señal al muchacho que estaba custodiando el carretón, y ambos partieron. Yo creo que Margarita satisfizo la deuda de la viudita con sus limitados recursos.

Un cuarto de hora después, Margarita regresó y empezó á llorar. Felipe y yo permanecemos silenciosos y la dejamos llorar sin interrumpirla.

—¡ La pobrecita! dijo sollozando y secándose las lágrimas. Temo, mi querido Felipe, que no la veremos de nuevo paseándose con su niño. Me parece que está moribunda.

—¿ Tiene médico? preguntó Felipe.

—No: ella es una paciente externa del hospital; pero se encuentra demasiado enferma para ir allí.

Felipe se puso el sombrero y salió. Sabíamos que había ido á buscar un médico.

Era ya la hora de la comida y la criada la sirvió. Margarita cortó unos pedazos de carne asada y puso además algunas otras cosillas en un cesto y se dirigió á la casa de la viuda, suplicándome que no esperase por ella sino que comiese con Felipe.

El médico confirmó lo que había dicho Margarita: “Está decayendo rápidamente, dijo al salir de la habitación. No podrá pasar el invierno, y probablemente no verá llegar el año nuevo.”

—¿No hay esperanza? preguntó Margarita.

—Siempre hay en estos casos la esperanza de que el médico se haya equivocado. Pero es necesario que le diga á Vd. mi opinión en beneficio del niño que es preciso cuidar.

—Sin embargo Vd. piensa que quizás con la desaparición de estas horribles neblinas y un poco de sol y de calor, y la observancia cuidadosa de sus órdenes, teniendo el paciente buena alimentación . . .

—¡Ah! dijo el médico sonriendo al oír expresarse así á Margarita,—si las condiciones para su restablecimiento se vuelven más favorables . . .

—Serán favorables, dijo Margarita con decisión. Y ahora repítame Vd. lo que tengo que hacer para que de ese modo no olvide nada.

El médico repitió sus instrucciones, y Margarita, engañándose con las esperanzas que ella misma se había forjado, regresó á la cabecera de la enferma con un rostro lleno de alegría y que infundía consuelo.

—No es ni con mucho tan malo como yo creía, amiga mía, dijo con acento risueño. Solo tenemos que seguir implícitamente las instrucciones del médico, y cuando venga el buen tiempo . . .

Aquí se detuvo y dirigiéndose al chiquitín, que entretanto había dado cuenta de un pudín destinado á su madre, le preguntó que había hecho con él.

—Todo está aquí, replicó el chiquitín cruzando lleno de contento las manos sobre el estómago.

Esta respuesta hizo reír á Margarita y á la madre. Después Margarita le lavó la carita al niño, sacó de una gaveta varias piececitas de ropa para que la madre escogiera las que había de llevar el chiquitín, á quien vistió bajo su dirección. Terminado esto, arregló el cuarto, dándole el aspecto más bonito que pudo. Cuando no hubo nada más que hacer se sentó juntó á la cama de la enferma y hablaron del niño: luego le preguntó si deseaba que escribiera por ella algunas cartas, ó enviara un mensaje á algunos amigos que tal vez se alegrarían de saber cómo se encontraba.

—Yo no tengo ningún amigo en Inglaterra, replicó la enferma; y luego, después de un momento de reflexión, dijo:—pero me alegraría mucho si Vd. quisiera escribir un par de líneas á uno que está en América. He tratado de hacerlo yo misma, pero mi mano está como si yo . . . y empezó á llorar amargamente.

—Sí, amiga mía, sí, replicó Margarita con dulce y consolador acento. No hay cuidado, pronto se encontrará Vd. fuerte para hacerlo por sí misma.

Buscó papel y demás adminículos, y sentándose le suplicó le manifestara lo que debía de escribir.

—Escríbale Vd. que el médico dice . . .

—Margarita tembló. Viéndola que vacilaba la enferma dijo:

—¡ Ah! No había pensado en ello. Vd. no sabe como encabezar la carta.

—Esa es justamente la dificultad, dijo Margarita.

—Escriba Vd.: “ Mi querido esposo,” y después dígame que he estado enferma, pero que pronto estaré buena—¿ no es eso lo que ha dicho el médico?

Margarita no podía decir “ sí ” redondamente, pero evadió con destreza la pregunta escribiendo con rapidez, y preguntando con semblante risueño:

—¿ Qué más?

—Dígale Vd. que he ahorrado bastante dinero para nuestro pasaje, y que tan pronto como el médico me permita salir á la calle iremos á reunirnos con él.

La carta fué escrita y entregada á la enferma, que llevó el papel á los labios, y después escribió al pie de las líneas su nombre—“ María.”

La carta estaba dirigida á Mr. John Heath, Brooklyn, Estados Unidos de América. Antes de cerrarla, María escribió una línea en una hoja de papel que incluyó en la carta. Sus palabras eran las siguientes:

“ No debe Vd. esperar que su esposa vaya á reunirse á Vd.”

Margarita tuvo cuidado de que su amiga no careciera de nada: las órdenes del médico eran obedecidas

al pie de la letra, y como si la Providencia hubiera respondido á sus oraciones, la neblina desapareció y el sol brilló hermosamente.

—¡ Oh! ¡ pronto podré salir! exclamaba la enferma alegremente.

—Sí, mi querida amiga, le decía Margarita, que en su interior sabía que eso no se realizaría jamás.

La enferma fué decayendo de día en día, y sin embargo ni un momento perdía la esperanza de estar pronto en estado de abandonar su lecho.

Una tarde Margarita se hallaba sentada á la cabecera mientras Eddy, que así se llamaba el chiquitín, estaba examinando un libro de láminas que ella le había regalado. María había estado algún tiempo con los ojos cerrados. Fuera de la habitación se oían personas que hablaban en voz baja, y pasos de alguno que se acercaba; pero María no se despertó. Entonces la puerta se abrió, y entró un hombre que se dirigió al lecho y se inclinó sobre la enferma dormida. Esta abrió los ojos casi instantáneamente, y con un grito de alegría extendió los brazos al rededor de su cuello.

—¡ Ah! ¡ mi querido esposo! exclamó. Bien sabía que habíamos de volvernos á ver; lo sabía. Lo he estado esperando.

Yo me hallaba abajo arreglando con el dueño de la casa el asunto del alquiler de los cuartos de la pobre en-

ferma poco antes de la entrevista descrita. Cuando salí de la casa, se detuvo un carruaje delante de ella, y saltando de él un joven precipitadamente me preguntó, como quien está de prisa :

—¿Cuál es el número 35 ?

—Ese, repliqué señalando la casa de que había salido.

—¿ Es Vd. el marido de la Sra. Heath ? le pregunté á mi vez.

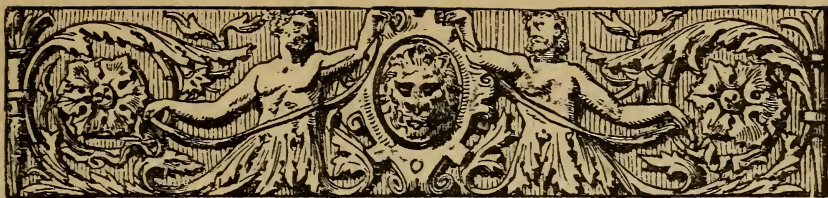
—Sí, me respondió con prontitud.

—Vive en el último piso, le dije.

Sin darme apenas las gracias, entró en la casa.

—¿ Dónde he visto yo antes á este hombre alto, delgado, y de rostro lleno de ansiedad ? me preguntaba mientras me dirigía lentamente á mi casa. De repente me detuve como si me pareciera que le había visto en la oficina privada de Motley. Entonces tuve casi la seguridad de que era Burns, el dependiente que había robado el Banco.





CAPÍTULO XVI

PRECISAMENTE cuando me entró la convicción de que el marido de la enferma no era otro sino Burns, ví á Felipe que volvía de su trabajo con su saco de herramientas en la mano.

—¿Vive aun nuestra amiga? me preguntó.

—Sí; y su marido ha llegado.

—Me alegro, contestó Felipe.

—Le acompañé á su morada dudando si le haría ó no partícipe de mi descubrimiento. Me decidí, sin embargo, á no decir ni una palabra.

Como no era aun tiempo de ir al teatro, me senté con Felipe mientras tomaba el té.

En estos momentos se abrió la puerta y Margarita entró con Eddy, y al ver el dolor que revelaba su rostro comprendimos que todo había terminado.

—¡Todo acabó! exclamó Margarita conteniendo los sollozos.

Felipe le estrechó la mano y la consoló, mientras que yo tomé al niño en mis brazos y le dí un pedacito

de pastelillo para distraerle, pues la pobre criatura, á pesar de no comprender nada, al ver á todo el mundo apesadumbrado estaba á punto de romper también á llorar.

Pocos minutos después llegó Burns. Nunca he visto á un hombre tan abrumado por el dolor. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y durante algún tiempo no pudo pronunciar una palabra. Ni Felipe ni él se reconocieron al principio, sino algo más tarde.

Margarita, de todos nosotros, era la única que supo dominar su emoción en estos momentos. Tomó al chiquitín en su regazo, y sentándose al lado de Burns, empezó á hablar con el niño que tenía fijas sus atónitas miradas en su padre.

—Tiene los ojos de su madre, dijo Margarita con acento lleno de dulzura, y agregó: “¿quieres ir con tu papá, Eddy?”

El chiquitín extendió sus bracitos y el padre le tomó, y al sentir las tiernas manecitas de su hijo que se asían de su cuello, las lágrimas le rodaron de nuevo por las mejillas. Pero le fueron de considerable alivio, hasta que al fin su dolor se calmó un tanto. Entonces Margarita dijo:

—No podemos ofrecer á Vd. una habitación, pero Eddy se quedará con nosotros hasta que Vd. pueda hacerse cargo de él. Voy á enviar por su camita.



“TIENE LOS OJOS DE SU MADRE.”

—¡ Dios los bendiga á Vds. por todo lo que han hecho por mí y los míos! dijo Burns. Entonces se levantó para partir, y yo hice lo mismo, de modo que salimos juntos. Margarita le extendió la mano que estrechó con efusión; pero él no ofreció la suya á Felipe, ni éste tampoco le tendió la mano. Entonces ví que mi amigo había reconocido á Burns, y que éste se daba exacta cuenta de su posición. No dejaba de ser curioso que aquellos que más habían protegido á su esposa fueran precisamente los que más se habían perjudicado con su mala acción.

Anduvo en silencio á mi lado durante algunos minutos, y entonces dijo :

—Me parece que nos hemos visto antes de ahora. ¿ No se llama Vd. Holderness ?

—Sí, contesté : nos hemos visto en la oficina del Sr. Motley.

Hubo una pausa, y al cabo de poco habló de nuevo :

—Uno de los inquilinos de la casa me ha dicho que mi pobre esposa se habría visto puesta en la calle á no haber sido por la bondad de la Sra. de Harlowe.

—Es la pura verdad, le contesté. La habrían arrojado á la calle y sus pocos muebles se habrían vendido, á menos que se hubiera privado de parte de la suma que había ahorrado para ir á reunirse con Vd. en América. Y yo creo que ella hubiera preferido padecer cualquiera cosa antes que abandonar esa esperanza.

Inclinó la cabeza y no pudo decir nada.

—Sí, continué : la Sra. de Harlowe es una mujer como hay pocas. Su caridad, su cariño, no conocen límites. Y el Sr. Harlowe es también una persona generosa ; un hombre de corazón, un verdadero caballero.

Tampoco replicó nada á esto, y habiendo tomado mis ideas otra dirección, dije :

—¿ No sabía Vd. que su esposa se encontraba tan gravemente enferma antes de recibir las líneas de la Sra. de Harlowe ?

—No, no. ¡Ojalá lo hubiera sabido! No se habría aumentado mi ansiedad. Siempre me escribía llena de esperanzas. Me decía que había ahorrado dinero, y que iría á reunirse conmigo: de modo que cuando se pasaron diez días sin recibir ninguna carta suya, creí que se había embarcado. ¡Ah! ¡mi pobre, mi querida María!

Y tratando de olvidar su pérdida, cambió el asunto de la conversación.

—¿Cómo es que el Sr. Harlowe y su esposa han venido á vivir á este vecindario? me preguntó.

—¿No tiene Vd. noticias de lo que ha sucedido después de la partida de Vd?

—No: no sé nada de lo sucedido después de mi partida. El Sr. Motley me prometió mantener en secreto mi delito durante veinticuatro horas. Eso me facilitó la huída, y antes de que yo pudiera recibir noticia alguna, ya había partido de Bremen para Nueva York.

—¡Cómo! ¿El Sr. Motley tuvo conocimiento del delito de Vd. veinticuatro horas antes de hacerlo público? exclamé.

—Sí; me dejó escapar por consideración á mi esposa. Es un hombre de negocios muy avisado, pero tiene un buen corazón.

No respondí, porque esta inesperada noticia me había llenado de asombro.

—¿Y qué es lo que ha sucedido? preguntó Burns.

—Bien, Sr. Burns, respondí con cierta dureza: sucedió lo que Vd. debería haber previsto. Cuando se presentaron las libranzas y órdenes de pago al Banco, no había con que satisfacerlas, y por lo tanto el Sr. Motley tuvo que anunciar que el Banco suspendía pagos.

Se detuvo de repente, y mirándome con cierto aire de incredulidad dijo:

—¡Nada en la caja fuerte! ¿Cómo puede ser eso cuando había unas noventa mil libras esterlinas?

—Sí, las había antes de que Vd. las hubiera tomado, le repliqué.

—¿Qué quiere Vd. decir? me preguntó sin moverse del punto en que se había detenido, lleno de indecible sorpresa.

—Lo que quiero decir es, agregué con cierta irritación, que no había nada en la caja fuerte después que el Sr. Motley le permitió á Vd. ausentarse con todo lo que en ella había.

—Tenga Vd. un poco de paciencia, me dijo, yo no puedo darne cuenta de lo que Vd. me está diciendo; pero empiezo á comprender.

Entonces repitió muy despacio y mecánicamente mis palabras: “no había nada en la caja fuerte después que el Sr. Motley me permitió ausentarme con todo lo que había en ella,”—y después agregó:

—Y por lo tanto hubo suspensión de pagos. ¿Es así?

—Sí, le dije, esa es la explicación del Sr. Motley.

Y de repente, adivinando la verdad, agregué:

—¿Fué eso una falsedad? ¿Tomó Vd. el dinero?

—Yo tomé dinero, contestó, pero no tratemos de eso. Dígame Vd. todo lo que ha habido.

Le referí todo lo que había pasado, y cómo Felipe y su esposa habían entregado cuanto tenían para satisfacer sus escrúpulos de conciencia, y también cómo Motley había logrado triunfar de todas las dificultades.

—¿Y el Sr. Motley continúa los negocios como antes? me preguntó.

—Está mejor que nunca, porque ahora todo le pertenece, y tiene además el dinero de Harlowe.

—¿No le ha devuelto esa suma al Sr. Harlowe?

—Ni un cuarto.

Y como se estaba ya haciendo tarde hice señas á un ómnibus para que se detuviera.

—Una palabra aún, exclamó. ¿Dónde podré ver á Vd. mañana?

Le dí las señas de mi morada y nos separamos. Dirigí aquella noche mi orquesta como de costumbre, pero bien fácil es imaginarse que mi mente estaba más ocupada con lo que había pasado entre Burns y yo, que con la música que estaba dirigiendo.

La mañana siguiente no me moví de mi habitación, ni aun siquiera para informarme de mis amigos, por temor de que en mi ausencia se presentara Burns en mi casa. Tenía la seguridad de que no me había pedido mis señas sin grave causa, y por lo tanto no sabía qué pensar al ver que las horas pasaban y no venía. Mi desazón se aumentaba á medida que el tiempo transcurría, y estuve tentado de ir á casa de Harlowe, creyendo que tal vez habría perdido mi dirección; pero luego reflexioné que si eso había sucedido y él deseaba verme, podría haber pedido de nuevo mis señas á los Harlowe. En esta inquietud é incertidumbre permanecí en mi habitación hasta las cinco de la tarde, hora en que, oyendo sonar la campanilla, corrí á abrir la puerta y se presentó Burns. Tenía los ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro, muy mal semblante, y parecía haber envejecido rápidamente.

—¿ Ha visto Vd. á su niño hoy? le pregunté cuando estuvimos sentados en mi habitación.

—Sí; he estado en casa de los Sres. Harlowe esta mañana temprano. Hemos convenido en enterrar á mi esposa mañana.

Le respondí algo, sin que recuerde lo que fué. Hubo un momento de pausa, después de la cual Burns dijo:

—¿ Me permitirá Vd. que le pida me repita, lo más literalmente que le sea posible, todo lo que Vd. sepa

acerca de la suspensión de pagos del banco de Motley y Harlowe?

Busqué mi diario en el que nunca dejo de escribir, antes de acostarme, lo más interesante en que tengo alguna intervención durante el día, y le suministré á Burns todos los particulares que habían llegado á mis noticias, especificando los días de la semana y la fecha del mes. Es una buena contumbre llevar un diario: nadie sabe cuán útiles ciertos detalles, aun los más insignificantes, pueden ser en ocasiones dadas.

Después de haber oído todo lo que leí, y de haber tomado apuntaciones de algunos de los particulares, fijó en mí las miradas, y dijo:

—Bien, Sr. Holderness ¿qué cree Vd. de este asunto?

—Hay una cosa que me deja completamente perplejo, le dije. Vd. manifiesta que el Sr. Motley, después de descubrir su . . . su . . .

—Mi robo—dijo Burns supliendo la palabra que mi lengua vacilaba pronunciar.

—Después de eso, según Vd. dice, por consideración á la esposa de Vd., prometió guardar silencio durante veinticuatro horas.

—Sí, replicó.

—¿Cuándo hizo el descubrimiento?

—Á las diez de la noche del trece.

—Pero hasta la mañana del quince no se descubrió que la caja fuerte del Banco estaba vacía.

—Eso me ha demostrado Vd.

—Pero ¿cómo es que el descubrimiento no se hizo el catorce?

—Porque, merced al tiempo de gracia que se me concedió, pude ir aquel día al Banco, como de costumbre, evitando así toda sospecha. Yo salí de Inglaterra la noche del catorce.

—Sí, eso es lo que dijo la policía. Sin embargo, yo no puedo comprender todavía el asunto. Veamos: ¿devolvió Vd. el dinero que había tomado, ó una parte de él, para facilitar que el Banco continuase sus operaciones el catorce?

—No devolví ni un cuarto: no podía hacerlo. Todo lo que yo tomé fué para cubrir una deuda que había contraído el hermano de mi esposa. No lo digo para disculparme. No tenía derecho ninguno á tomar bajo ningún pretexto un dinero que no me pertenecía. Cometí un robo. Si mi esposa viviera aun, no habría hecho esta confesión. No deseo descargarme de la responsabilidad que sobre mí pesa. Confieso haber robado la caja fuerte del Banco.

—Pero esto aumenta el misterio, repliqué. Porque si el Banco suspendió pagos el quince por no haber dinero en la caja, ¿cómo es que pudo pagar el catorce

cuando el dinero de que Vd. me habla fué extraído el trece?

Permaneció en actitud pensativa unos dos minutos, al cabo de los cuales le dije :

—No sé como poner de acuerdo lo manifestado por el Sr. Motley con lo que Vd. acaba de decirme.

—No, respondió. Uno de los dos ha dado una explicación falsa.

—¿Puede Vd. probar la verdad de lo que me ha dicho? le pregunté.

—Puedo presentar pruebas bastantes para hacer evidente que el Sr. Motley no ha dicho la verdad. En eso me he ocupado gran parte del día. Puedo presentar testigos que probarán que él estuvo en mi habitación, en Dalston, á las diez del trece, y los libros del Hotel de Charing Cross hacen patente también que el Sr. Motley durmió allí el catorce.

—¿Y él hizo todo esto para facilitar que Vd. se escapase, y todo por consideración á la esposa de Vd.? le pregunté con acento que revelaba mi incredulidad.

—Así me lo hizo creer.

—Si Vd. se hubiera apropiado una bicoca, le dije, un hombre generoso se habría empeñado en ponerle á cubierto de las terribles consecuencias de ser prendido. Pero por la suma de noventa ó cien mil libras esterlinas —confieso que no puedo comprenderlo.

—Yo no deseo que Vd. lo comprenda, Sr. Holder-ness, exclamó con énfasis. No he venido aquí á despertar sus simpatías en mi favor; deseo tan solo pedir á Vd. algo de más importancia. En el caso de que yo sea enviado á prisión ¿quiere Vd. cuidar de mi niño hasta que cumpla mi condena?

—¡Cómo! exclamé ¿está Vd. en peligro de ser reducido á prisión?

—No, no lo estoy, replicó; pero pudiera suceder que yo me entregara voluntariamente á la justicia, y por esa razón deseo hallar alguna persona que me prometa hacerse cargo de mi hijito. No conozco á nadie en Londres, absolutamente á nadie á quien pueda dirigirme. No lo considere Vd. un servicio hecho á un ladrón, sino un acto de caridad á un infortunado niño, un servicio á la memoria de la pobre mujer para con quien fué Vd. tan compasivo.

No le dejé proseguir, prometiéndole que el niño no sería abandonado. Yo bien sabía que Margarita no consentiría en separarse del pobrecito Eddy, y ví que Burns no se atrevía á pedir este favor á aquellos que habían sido las verdaderas víctimas de su mala acción.

Se levantó, me dió las gracias, y se retiró precipitadamente como si quisiese evitar nuevas explicaciones.

*

*

*

*

*

*

Cuando en un entreacto abandonaba mi asiento de director de orquesta aquella noche, un mensajero me entregó una tarjeta, agregando que la persona que la enviaba me estaba esperando en la puerta destinada á los artistas.

En la tarjeta leí—

JOHN MOTLEY,

Eaton Square.

Y encontré á Motley en la puerta del escenario, obstruyendo casi con su corpulenta humanidad aquel estrecho pasaje.

—Solo le detendré un momento, Holderness, me dijo asiéndome de la mano. Deseo hablar con Vd. sobre ciertos asuntos mañana. ¿Tendría Vd. la bondad de esperarme en su casa á eso de las tres de la tarde?

—Sí, señor; á las tres de la tarde estaré en mi casa, le dije.

—Gracias, muchas gracias. Yo sé donde Vd. vive. Hasta mañana á las tres de la tarde; no lo olvide Vd., repitió estrechándome la mano á cada palabra que decía como si quisiera grabarlas en mi memoria.

—No lo olvidaré, le dije. Me dió un nuevo apretón de mano y se fué dejándome asunto para nuevas cavilaciones.



CAPÍTULO XVII

LA esposa de Burns fué enterrada el día siguiente por la mañana en el cementerio de Brompton. Felipe, Margarita y yo, con Burns y su niño, estuvimos allí con el dolor y tristeza que es de imaginarse. Terminada la fúnebre ceremonia volvimos á la morada de los Harlowe.

Burns no se quedó, aunque Margarita le invitó á comer con nosotros.

Tenía algo que hacer, y agregó :

—Si todo se arregla como espero, partiré esta noche para Liverpool con mi niño ; dijo, y salió.

Después de la comida Margarita, con melancólica resignación, empezó á arreglar la ropita de Eddy y á hacer un paquete de algunas cosas que habían pertenecido á la pobre madre, y que pensó que Burns desearía conservar como recuerdos,—un ramo de flores que había estado junto á su cama y le había causado sumo placer la última mañana de su vida, los guantes con tanto primor remendados que había usado, y otras cosillas por el estilo.

—Yo me dirigí á mi morada á esperar la visita de Motley. Estaba sentado cerca de la ventana cuando dieron las tres, y precisamente al oír sonar la campanilla ví á Burns al otro lado de la calle. Eso me pareció singular.

En la puerta encontré á Motley; y al cerrarla percibí á Burns en la acera de enfrente, cerca de la esquina, con las miradas clavadas en mi casa.

Motley traía un paquete en la mano, que depositó sobre la mesa, y, arrojándose en un sillón, se quitó el sombrero y tomó aliento como si la subida de la escalera le hubiera casi privado de respiración.

—Si tiene Vd. una botella de agua de Seltzer, tenga Vd. la bondad de dármerla, amigo mío, dijo enjugándose con su gran pañuelo de seda el copioso sudor que le bañaba el rostro.

Le traje lo que me pidió: encendió un puro, pero no me ofreció ninguno. Le llené el vaso, y cuando lo hubo vaciado pareció más animado.

—Bien,—dijo reclinándose en el sillón con las miradas fijas en el cielo de la habitación, el puro en una extremidad de la boca, y las manos extendidas sobre los brazos del sillón—; Bien! ¿ cómo está Felipe ?

—Con buena salud, repliqué.

—; Y Margarita ?

—También con buena salud.

—¿Y Vd. por supuesto que les profesa el mismo cariño de siempre?

—El mismo, contesté.

—Y yo también, me dijo secamente, teniendo aun las miradas fijas en el cielo de la habitación.

—Cuanto más se les conoce tanto mayor tiene que ser nuestra admiración por los Harlowe, dije.

—Sí—excepto cuando cometen tonterías, replicó de una manera igualmente seca. Si Felipe se hubiera comportado solamente como ordena el sentido común, se habrían evitado muchos disgustos. He oído decir que están en la última pobreza. Días pasados ví á ese asno de Potter.

—Sí, son realmente muy pobres, dije.

Permaneció en silencio un momento, luego enderezándose de pronto en el sillón, exclamó:

—De nada sirve lamentarse de lo que ha sucedido. Lo que hay que hacer, Holderness, es ponerlos de nuevo á flote.

Le miré lleno de sorpresa. Sostuvo mi mirada con fijeza, con cierta expresión extraña en su grande y ancho rostro, y arqueando ligeramente las cejas como si quisiera decirse á sí mismo: “Tú eres un sujeto singular, muy singular.”

—Sí, prosiguió, hace tiempo que me preocupa este asunto, y deseo desembarazarme de él de una vez. Hay

noches que no puedo dormir pensando en Felipe y en Margarita ; y para un hombre de mi temperamento eso es insoportable. No me parece justo que un socio se aproveche de los errores del otro. ¿ Cree Vd. que debe hacerlo ?

—No, no debe hacerlo,—repliqué secamente.

—No: no me parece justo que disfrutemos de un dinero que él tenía un derecho perfectamente legal de conservar.

—Eso es exactamente lo que yo he pensado.

—Eso es lo que todo hombre de nobles sentimientos pensará. Si su dinero no hubiera ido á parar á manos de los acreedores, mi dinero habría ido. Pero á pesar de todo eso, creo que de cada cien hombres de negocios puestos en mi posición, noventa y nueve no devolverían un céntimo de un dinero sacrificado, sin que nadie se lo pidiera, por un socio de cascos calientes y poco reflexivo.

—Eso es muy probable, dije ; Vd. procede dentro de los límites legales al conservar ese dinero.

—Así es ; sin embargo, yo siempre he deseado ser generoso

—Así me lo dijo Vd., señor, pero, como también me manifestó, no se encuentra Vd. en libertad de disponer, como quisiera, del dinero de la firma, ahora que su señora esposa ha emplendo en ella su capital y tiene una parte en los negocios.



“YO SIEMPRE HE DESEADO SER GENEROSO.”

Me miró de nuevo con aquella expresión semi risueña, semi despreciativa que le era peculiar.

—Eso es cierto, Holderness. Vd. tiene un olfato muy fino.

No sabía si debía tomar por lo serio ó no este cumplimiento.

—Para venir al grano, prosiguió Motley, estoy determinado á dar á Felipe lo que es justo. No quiero que pierda á causa de sus principios. Recobraré todo cuanto entregó á los acreedores,—y bajando aquí la voz agregó con un acento que revelaba menos generosidad,—y algo más. Después de una pausa continuó:—la dificultad es hacerle que acepte el dinero viniendo directamente de mí. Conozco su carácter; y Vd. también lo conoce. Si me dirigiera á él y le dijese: “Felipe, deseo reembolsar á Vd. el dinero que ha perdido,” la probabilidad sería que se negaría á tomarlo. Me diría que no tenía derecho al dinero ganado con mi trabajo y la especulación de mi esposa, que arriesgó su capital al empezar de nuevo los negocios, y él se negaría á recibir nada que no le pertenezca de derecho, especialmente ahora que veo que ya no me considera su amigo. ¿Me comprende Vd., Holderness?

—Sí, repliqué.

—Bien, ¿cree Vd. que tengo razón en lo que digo?

—Sí, le contesté. Dudo mucho que Felipe recibiera el dinero de manos de Vd.

—Pero tiene que recibirlo de manos de alguien, dijo con más empeño del que hasta entonces había demos-

trado. Y si no quiere recibirlo de mí, tiene que aceptarlo de Vd.

—¿De mí? exclamé lleno de asombro.

—Sí, de Vd., dijo con firmeza. Vd. cree que debe hacerse esta restitución, ¿no es verdad?

—Sí, lo creo; contesté.

—Muy bien: en ese caso debe Vd. hacer las veces de depositario. Yo le pagaré á Vd. el dinero bajo su promesa, por escrito, de emplearlo en beneficio de Felipe Harlowe y su esposa. Si se niegan á aceptarlo, lo que harán es simplemente echar sobre Vd. el peso de un dinero que Vd. no puede usar. Suceda lo que suceda, quedaré tranquilo con la idea de que he hecho todo lo posible para que lo reciban.

Me llamó la atención lo ingenioso de este arreglo.

—Ahora bien, Holderness, ¿quiere Vd. hacer las veces de depositario en beneficio de sus amigos?

—Sí, respondí sin vacilar.

—Gracias, me dijo con acento de verdadera satisfacción, desatando al mismo tiempo el paquete que había dejado sobre la mesa.

Jamás había visto algo parecido en mi vida. El paquete se componía sólo de billetes de banco, arreglados en rollos según el valor de cada billete. Los de cinco libras esterlinas, formando rollos aparte, los de diez, lo mismo, etc.

—Ahora debe Vd. contarlos, dijo Motley.

—¡Cómo! Nunca acabaré, exclamé.

—¡Oh sí! replicó; y tomando un rollo empezó á contar dos, cuatro, seis, etc., multiplicando el número de los billetes que había en cada rollo por el valor que representaba cada billete.

Me puse á contar y ví que había mil libras esterlinas en cada rollo. Á medida que me iba acostumbrando á este nuevo ejercicio, contaba con mayor rapidez; sin embargo, emplée bastante tiempo. Cuando concluí de contar el contenido de cada rollo, me puse á contar el número de estos y hallé que tenía precisamente sobre mi mesa la suma de cien mil libras esterlinas, ó sea cerca de medio millón de pesos. Producía una especie de vértigo contemplar esa enorme cantidad de dinero.

—Y bien, Holderness, ¿cuánto hay? me preguntó Motley.

—Según mi cuenta cien mil libras esterlinas, contesté.

—Eso es exactamente, dijo abriendo una cartera de bolsillo y llevando su tabaco de una extremidad de la boca á la otra.

—Pero eso es más de lo que pagó Harlowe, dije.

—En efecto; pero Vd. olvida que Felipe tiene que ser reembolsado de la parte que perdió en los negocios por haber entregado la fortuna de su esposa.

No era yo quien tenía que argüir en contra de los intereses de mis amigos.

—Ahora, dijo Motley sacando un papel de su cartera de bolsillo, firme Vd. este recibo y asunto concluído.

Leí el documento que había sido cuidadosamente extendido, por el cual yo reconocía haber recibido de John Motley la suma de cien mil libras esterlinas, las cuales tendría que entregar á Felipe Harlowe y su esposa Margarita. Firmé el recibo y se lo entregué á Motley. Este se puso de pie, examinó la firma, guardó el papel en su cartera, me dió un apretón de manos, pero con una expresión en el rostro de disgusto y mal humor que no le era común.

—No hay necesidad de que me acompañe Vd. á la puerta, me dijo,—yo sabré salir solo. Tenga Vd. cuidado de ese dinero, que no es una bicoca.

No necesitaba en verdad la recomendación. Bajó y salió, mientras yo permanecí contemplando con asombro la inmensa riqueza que yacía sobre la mesa. Un instante después tuve la curiosidad de ver lo que se pasaba en la calle. Dirigiendo las miradas hacia donde había visto á Burns cuando llegó Motley, percibí á éste que atrevasaba la calle y se dirigía á aquel. Burns le salió al encuentro. Entonces Motley abrió su cartera y le mostró el recibo que yo había firmado.

Comprendí entonces la verdadera explicación de lo que había pasado. Dos personas habían robado el Banco. Motley se apropió la parte más crecida y Burns robó sólo una pequeña suma. Y ahora Burns, para recompensar á los que habían sido tan buenos con su esposa, había obligado á Motley á devolverles el dinero que se había apropiado, so pena de entregarse él mismo en manos de la justicia, confesar su pequeño hurto y revelarlo todo, lo que habría causado la ruina de Motley.

No era de mi incumbencia ponerme á considerar si Burns había hecho bien ó mal. Me pareció sin embargo que había obrado perfectamente tanto en beneficio propio como de mis amigos, y eso me bastaba. Lo que más me preocupaba era la manera de disponer del dinero. No podía ir á llenar mis obligaciones en el teatro dejando aquella cuantiosa suma en la casa, ni podría tampoco dormir tranquilo guardándola en mi poder. Después de reflexionar algo, tomé la caja de mi violín, metí en ella los billetes de banco, y me dirigí á un acreditado y sólido establecimiento bancario no muy lejos de mi habitación.

Era de ver la sorpresa del dependiente cuando abrió la caja del violín en el escritorio y le dije que deseaba depositar su contenido en el Banco. Muchas fueron las formalidades que hubo que llenar antes de que pudiera

hacerse el depósito. Pero al fin se verificó, y con la caja vacía y el corazón ligero salí del Banco. Los que me veían en la calle mientras me dirigía á la casa de los Harlowe me tomaron sin duda por un maestro de baile.

Cuando entré en la habitación de mis amigos, hallé á la pobre Margarita con las manos dobladas sobre el regazo, toda triste y desolada.

—¡ Se ha ido! dijo, y se ha llevado á Eddy, y ya no queda nada de los que hemos amado. Cuando pienso en la pobre “viudita,” como solíamos llamarla, con sus melancólicos ojos, su dulce fisonomía, paseando con su niño, llena de orgullo—¡ Ah!—y rompió en llanto.

En otra ocasión habría yo derramado igualmente una lágrima á este recuerdo; pero entonces no podía sino pensar en la felicidad que les entraba como por la puerta. No pude esperar que su dolor se calmara para comunicarle las buenas noticias de que era portador.

—Mi querida amiga, le dije ¿ cree Vd. que podrá oír buenas noticias sin alterarse ó desmayarse?

—¡ Buenas noticias! exclamó. ¿ Ha salido por fin Felipe de esa horrible carpintería?

—No ha salido aún, pero saldrá pronto, repliqué, porque la fortuna de Vds. vuelve á su poder duplicada, y triplicada, y aun más que eso.



CAPÍTULO XVIII

NADA dije á los Harlowe de la conversación que había tenido con Burns, ni de lo que pensaba acerca de los medios de que se había valido para obligar á Motley á hacer la restitución. Bastante difícil era ya sin eso reconciliar á Felipe con su buena fortuna. Les referí lo que había pasado entre Motley y yo, como queda descrito, y cuando fué evidente que no había modo de eludirlo, Felipe dijo: “¡Bien! se concluyó mi oficio de carpintero,”—pero no agregó más. Margarita, por lo contrario, no ocultó en lo más mínimo su contento.

Por mi parte estaba como embriagado con la dicha de mis amigos, y experimentaba la necesidad de ir cuanto antes á la morada de Potter para comunicarles á Juana y Cecilia las buenas nuevas. Tan vivos eran mis deseos de hacerles partícipes de mi alegría, que tomé un carruaje para llegar lo más pronto posible.

Yo había notado en mi orquesta que cuando uno de los músicos desafinaba un poco, el resto hacía lo mismo, y vice versa. Lo mismo pasa con los acontecimientos

de la vida: hay tiempos en que todo es disonancia y otros en que todo es armonía.

Precisamente á medio camino, distinguí sentado en la imperial de un ómnibus, con un rostro tan pensativo y melancólico como el de un buho á mi antiguo conocido Horacio Clinton, á quien no había vuelto á ver desde que había cesado sus relaciones con Cecilia, de lo que hacía ya unas seis semanas.

Yo deseaba hablar con él, porque siempre le había profesado un buen afecto, y además porque tenía la convicción de que se le había tratado con más dureza de la que se merecía. Era, como ya he dicho, un excelente joven, de buen fondo y agradables maneras. Detuve, pues, el carruaje y llamé á Horacio. Su rostro se llenó de contento al instante que me vió. Él sabía que yo le profesaba una buena amistad.

—¿ Va Vd. á Highgate? le pregunté.

—Dicen que allí es donde vamos, pero al paso que lleva el ómnibus no sé cuando llegaremos, me contestó.

Le dije que yo iba también en esa dirección, y cuando le invité á que viniera conmigo en el carruaje aceptó sin vacilar. Entró en él, nos reclinamos lo más cómodamente posible, y pronto entablamos conversación.

—Y ¿ qué tal le va á Vd., Horacio? le pregunté.

—Bastante mal, me contestó.

—¿Cómo es eso? Yo creía que en esta época del año tenía Vd. siempre mucho trabajo.

—Así es. Jamás he tenido una temporada tan *póspera* como la actual. Tengo más pedidos de los que puedo ejecutar. La semana pasada gané veinte *libras* esterlinas.

—Bien; con tanto trabajo no tendrá Vd. tiempo de pensar en otra cosa, le dije.

Dió un suspiro y exclamó tristemente:

—¡ Pienso demasiado, demasiado!

—Vd. tiene algo que le atormenta, le dije deseando sondear su corazón. ¿ Está su madre enferma, ó tal vez su hermana?

—No, replicó, ambas gozan de la mejor salud. Mi hermana se casó hace dos semanas, y mi madre ha ido á verla en su nueva morada, y creo que allí se quedará, porque se ha llevado todo lo suyo.

—Y naturalmente Vd. echa de menos su compañía.

—Hasta cierto punto. Es en realidad una cosa buena para ellos y para mí.

—¿ Pero Vd. se fastidiará de estar solo?

—Sí, es muy *tiste* estar solo; y cuando pienso lo diferente que habría sido si mi hermana se hubiera casado dos meses antes

—¿ Cómo! ¿ Vd. aun piensa en Cecilia?

—Sí, dijo con otro suspiro. Yo me porté muy mal

con ella, y esto es lo que me hace tan *desgaciado*. Me porté de una manera inaudita y esto es también lo que me mortifica. Estoy avergonzado de mí mismo.

—Todos nosotros hacemos algo malo una vez que otra, dije; ninguno es perfecto, y no debemos atormentarnos con el recuerdo de nuestras faltas si hemos hecho todo lo posible para repararlas.

—Así es, me contestó. Pero yo no he reparado mi falta. Cecilia debe aun pensar que abrigo aquellas locas sospechas de doblez de parte suya. Ella no sabe cuán amargamente me *arepiento* de las acusaciones insensatas que le hice, porque no he hablado con ella ni con nadie desde aquella noche funesta.

—¿Pero por qué no lo hace Vd.? le dije: Cecilia es hoy tan generosa y fácil en perdonar como siempre. Es una excelente muchacha que tiene el corazón en su verdadero lugar, lleno de ternura y afecto.

—No, no, replicó. Yo *pometí* á Potter que no sería un obstáculo; y si el Sr. Leclerc es mejor partido que yo, no haré nada para impedir que se case con ella. Y Cecilia puede pensar de mí lo que quiera.

—Eso es un sentimentalismo absurdo, le dije. He visto piezas de teatro y he leído novelas en que sentimientos é ideas como los expresados por Vd. han causado la separación de los amantes, por cierto que esos dramas y novelas han sido siempre bastante malos. Es

muy natural que los amantes sean celosos y tengan sus disgustos y querellas; pero lo que no es natural es que Vd. obligue á esa muchacha á que se case con otro, quiéralo ó no lo quiera, simplemente porque se le ha medido á Vd. en la cabeza que será mejor partido que Vd. Ningún joven que está verdaderamente enamorado de una muchacha, cree que otro hombre la ama más y mejor que él.

—Pero, Sr. Holderness, me dijo, Vd. tiene que admitir que la posición del Sr. Leclerc es mejor que la mía.

—Admito que podrá tener mil libras esterlinas por cada libra que Vd. posea. ¿Y bien? ¿qué hay con eso? ¿Se atrevería Vd. á insinuar que Cecilia es una muchacha interesada, que estima en más el dinero que el amor?

Me expresé con indignación porque Horacio me había hecho perder la paciencia, sabiendo cuán desinteresada era aquella muchacha, cuán buena, y cuán nobles sus sentimientos.

—¡Interesada! ¡Dios eterno! nada de eso, exclamó Horacio.

—Entonces no me repita Vd. más que el Sr. Leclerc es un partido más aceptable que Vd.

No hablamos durante algunos minutos, al cabo de las cuales Horacio me preguntó lleno de agitación.

—Sr. Holderness, ¿piensa Vd. que ella aun me quiere?

—Tanto como eso, no sé en realidad; pero yo lo averiguaré pronto.

—¿Y Vd. me lo hará saber?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Voy á ver á mis amigos ahora. Vd. puede quedarse fuera, si gusta, y mirar la ventana del estudio. Si abro y cierro las persianas es señal de que Cecilia aun le ama á Vd.: si no lo hago, quiere decir que ella está de acuerdo con el modo de pensar de Vd. y cree también que el Sr. Leclerc le conviene mejor para esposo.

No tuve que repetírselo. Salimos del carruaje, y Horacio se estacionó frente á la casa, á la sombra, en la acera opuesta, mientras yo me dirigí á la puerta de mis amigos.

Potter en persona me abrió: tenía puesto el sombrero.

—¡Hola! Amigo Puntualidad, ¿es Vd.? me dijo. ¿Cómo es que no está Vd. dirigiendo su orquesta esta noche?

—Hay uno que me sustituye por hoy, le contesté.

—Las muchachas están arriba, me dijo: voy á caza de ideas.

Ví que no estaba de buen humor, y para castigarle le dejé ir sin decirle nada acerca de la buena fortuna que le había entrado á Margarita por las puertas.

Hallé á las muchachas que estaban cosiendo en el estudio. Se alegraron de verme, pero no era difícil comprender, al observar sus pálidos rostros, que había habido algún disgusto reciente. Se quedaron sorprendidas de mi visita á tal hora, y me preguntaron la causa con cierta ansiedad, temiendo que algo hubiera sucedido en casa de Margarita, temor que nunca habría cruzado por la mente de su egoísta padre.

—Traigo buenas noticias que comunicar, y por eso he venido á estas horas.

—La oportunidad no podría ser mejor, porque de nuevo tenemos disgustos, dijo Cecilia.

—¿Qué es lo que pasa? pregunté.

—Cecilia ha perdido su empleo en casa de la Sra. de Leclerc, dijo Juana.

Y entonces me refirieron, hablando por turno, que la Sra. de Leclerc se había vuelto de repente muy fría y reservada en su trato, y esto sin ninguna causa que Cecilia pudiera adivinar, hasta hoy al mediodía cuando el Sr. Leclerc se presentó á ofrecerla formalmente en matrimonio su mano, diciendo que había anunciado á su cuñada el paso que iba á dar, el lunes, que precisamente fué el día antes del cambio observado en su trato con Cecilia.

—¡ Ah! ¡ ah! dije. La Sra. de Leclerc alentó las coqueterías como asunto de diversión para ella, pero no quiso que pasaran de ahí.

—Sí, así es, dijo Juana.

—Poco importa que le guste á ella ó que no le guste, la cuestión es si Cecilia y Leclerc serán felices juntos, dije con el corazón algo oprimido al pensar en el pobre diablo que estaba en la calle, con las miradas fijas en la ventana, esperando la señal que había de decidir de su felicidad.

—Pero yo no voy á casarme con él, dijo Cecilia, le he dado una negativa redonda.

Entonces comprendí el mal humor de Potter y el por qué de haber salido á caza de ideas.

—¿ No lo ha aceptado Vd. porque cree que sus amigos no verían con agrado ese casamiento? le pregunté.

—No, dijo Cecilia, no he pensado ni un instante en ellos.

—Es sin embargo un caballero amable y rico, dije, y no hay duda de que la ama mucho, cuando le ha ofrecido la mano á pesar de la oposición de sus amigos. ¿ Por qué no lo ha aceptado Vd.?

—Porque, dijo Cecilia con trémula voz, porque . . . no le amo. Y entonces, como era de esperarse, empezó á sollozar.

Mi alegría fué inmensa y apenas pude ocultar mi

satisfacción. Me senté junto á la ventana, y entonces, como si no supiera qué hacer con mis manos, empecé á abrir y á cerrar las persianas. Todos estábamos en silencio y solo se oía de vez en cuando un ligero sollozo de Cecilia.

De repente oímos un golpe débil en la puerta de la calle. Cecilia se puso en pie como si aquel golpecito hubiera amenazado echar la casa abajo. Después de todas estas semanas de ausencia había reconocido la mano de su novio en aquel golpecillo.

—Baje Vd. á abrir la puerta, le dije á Cecilia.

Con un pequeño grito de alegría, se deslizó del cuarto y bajó las escaleras. Yo le dije á Juana quién era, y lo que me había pasado con Horacio.

—¡ Oh! Estas son verdaderamente buenas noticias, dijo.

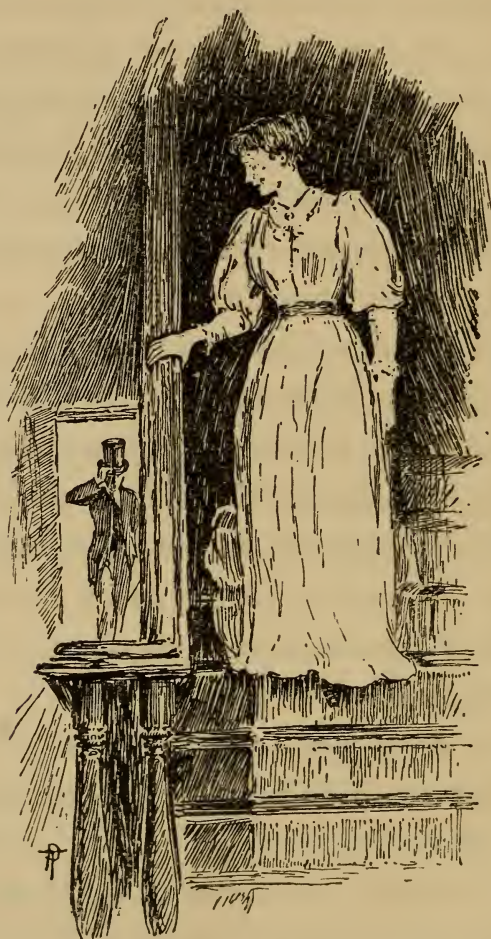
—Sí, pero eso no es todo, agregué, y entonces le referí la restitución que había hecho Motley.

Me oyó con sorpresa y deleite; la palidez desapareció de su rostro. Estaba tan agitada como yo. Nunca me había parecido tan agradable, tan bella; pero la felicidad y la nobleza de sentimientos hacen hermoso el rostro más humilde.

—Vd. es un mensajero de alegría, me dijo poniendo su mano en la mía, y me pareció más bella que nunca cuando pronunció esas palabras.

—Sí, dije, pero quiero mi recompensa.

—¿Cómo podremos jamás recompensar á Vd.? me preguntó con el mayor candor.



“SE DESLIZÓ DEL CUARTO Y BAJÓ LAS ESCALERAS.”

—Nada que no sea esta mano para siempre mía podrá satisfacerme, dije.

Y le estreché la mano, y deslizando la otra al rededor de su talle la atraje contra mi corazón. Confieso que yo mismo me sorprendí de mi declaración ; pero no debe creerse que me dejé arrastrar por el entusiasmo del momento. No : mi entusiasmo era de una naturaleza más digna. Me hacía despojarme de esas ideas egoístas que habían nacido de la soledad y me habían hecho llevar una existencia que no tenía un objeto más elevado que ahorrar dinero para poner mi vejez á cubierto de la pobreza. Ni un solo momento me he arrepentido de lo que entonces hice : al contrario, cada día he tenido nuevos motivos para alegrarme.

Juana no opuso muchas objeciones. Se preguntó qué haría su pobre padre sin ninguno que le ayudara ; pero yo le probé que nadie, mejor que él mismo, podría cuidar de sí propio. Además, cuando Margarita y Felipe vivan de nuevo en la opulencia, él se dirigirá á ellos en caso de necesidad.

* * * * *

Á su debido tiempo Horacio se casó con Cecilia y yo con Juana.

* * * * *

Muy poco más tengo que agregar.

Margarita tiene ahora tres niños : dos varones y una hembra. La maternidad no ha hecho sino aumentar su belleza. Felipe declara que cada uno de sus hijos tiene

que aprender un oficio: él mismo emplea parte de su tiempo en un torno de carpintero. Viven cómoda y elegantemente, pero sin ser extravagantes. La pobreza les ha sido muy benéfica. Todo el mundo los ama.

Desde que Burns partió con su niño para América no hemos vuelto á saber de él.

En Septiembre último el Sr. Motley dió una gran sorpresa á sus amigos y admiradores. Se fué, nadie sabe á dónde, llevándose consigo el último centavo que pudo arañar. Se descubrió que la cervecería y el Banco estaban hipotecados: las deudas eran enormes. Desde un año antes de la catástrofe final había vivido en malos términos con su esposa. La dejó en la más completa destitución.

Tengo el gusto de decir que *El Látigo* ha pasado á mejores manos. El dinero de Thornton estaba depositado en el banco de su amigo: fué arruinado por el hombre mismo que él había contribuido á elevar.



◁ CATÁLOGO ▷

DE

Libros Nuevos para los Maestros

PUBLICADOS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CA.,

LIBREROS-EDITORES,

1, 3, Y 5 BOND STREET,

⇒ Nueva-York. ⇐

EN VÍA DE PUBLICACIÓN.

LA EDUCACIÓN,

POR

SPENCER.

LA EDUCACIÓN COMO
CIENCIA,

POR

BAIN.

EL INGLÉS AL ALCANCE
DE LOS NIÑOS,

SEGÚN EL SISTEMA DE

ROBERTSON.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES.

ESTÁ PARA PUBLICARSE :

LA EDUCACIÓN COMO
CIENCIA.

Forma parte de la SERIE CIENTÍFICA INTERNACIONAL.

OBRA ESCRITA POR

ALEXANDER BAIN, LL. D.,

Profesor de Lógica en la Universidad de Aberdeen.

Formará un elegante tomo de mas de 400 páginas.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES

DIRECCIÓN DE LAS
ESCUELAS.

POR

J. P. BALDWIN,

Presidente de la Escuela Normal del Estado de Misuri.

Un tomo en 12°, pasta de tela inglesa.

Precio - - - - - \$1.50

Libro de texto en las escuelas é institutos normales
útil para informar á los maestros y oficiales de las es-
cuelas.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES.

CONFERENCIAS SOBRE ENSEÑANZA.

Una Serie de Conferencias sobre Enseñanza echas en la UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE durante la sesion de cuaresma de 1880.

Por J. G. FITCH,

Bachiller en Artes, etc., etc.

Un tomo en 12º, tela inglesa.

Precio - - - - - \$1.50

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES.

PRINCIPIOS Y PRÁCTICA
DE LA ENSEÑANZA.

Por JAMES JOHONNOT.

Un bonito tomo, uniforme con el WICKERSHAM, **Métodos de Instrucción** y obra no ménos famosa que esta última.

Un tomo en 12°, tela inglesa.

Precio - - - - - \$1.50

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES.

LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE.

POR EL FAMOSO

FEDERICO FRÖEBEL.

Obra de la más alta importancia para los maestros.

Un tomo en 12°, pasta de tela inglesa.

Precio - - - - - \$1.50

FORMA PARTE DE LA

BIBLIOTECA DEL MAESTRO,

PUBLICADA POR

D. APPLETON y CA.

NUEVAS PUBLICACIONES.

LECCIONES DE COSAS.

POR

J. A. SHELDON,

Principal de la Escuela Normal del Estado de
Nueva York.

Un tomo en 12°, pasta de tela inglesa.

Precio - - - - - \$1.50

Una serie gradual de LECCIONES SOBRE OBJETOS Y
COSAS designado para niños de 6 á 14 años.

Contiene informes sobre objetos comunes y modelo
de lecciones.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

MÉTODOS DE INSTRUCCIÓN.

POR

JAMES PYLE WICKERŞHAM,

Doctor en ambos derechos, superintendente de instrucción pública en el Estado de Pensilvania, autor de la **ECONOMÍA DE LAS ESCUELAS**, etc., etc.

Precio - - - - - \$1.50

ES EL PRIMER LIBRO DE LA

BIBLIOTECA DEL MAESTRO,

publicado por esta casa y en vista de la inmensa aceptación que ha tenido, el número de volúmenes de esta biblioteca será debidamente aumentado.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVAS PUBLICACIONES.

EJERCICIOS GIMNÁSTICOS.

ESCOGIDOS POR

H. R. LEMLY,

Oficial de Artillería, ex-Comandante de Cadetes, etc., etc.

Forma un tomo de 81 páginas, encartonado.

Precio, 35 centavos.

CONTIENE:

INSTRUCCIONES GENERALES; EJERCICIOS PARA EL DESARROLLO Y
AGILIDAD DEL CUERPO; LAS PALANQUETAS; LAS MAZAS;
EL TRAPECIO; LAS ARGOLLAS; EL SACO DE PUGILATO.
TODOS LOS EJERCICIOS ESTÁN ILUSTRADOS.

D. APPLETON y CA.,

1, 3, y 5 Bond Street, Nueva York.

NUEVO

TESORO DE CHISTES,

MÁXIMAS, PROVERBIOS, REFLEXIONES MORALES,
HISTORIAS, CUENTOS, LEYENDAS,

Extractadas de las Obras de

BYRON, WALTER SCOTT, WASHINGTON IRVING, PRESCOTT, MOORE,
FRANKLIN, ADDISON, COOPER, GIBBON, PALEY, GOLDSMITH, HAWTHORNS,
ROBERTSON, STORY, MARSHALL, WYSE, DICKENS, BULWER,
HOOK, MACAULAY, BRYANT, POPE, DRYDEN,
ETC., ETC., ETC.

NUEVA EDICION.

NUEVA YORK:
D. APPLETON Y COMPAÑÍA,
1, 3, Y 5 BOND STREET.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

SEGUN EL TEXTO CORREGIDO Y ANOTADO POR EL SR. OCHOA.

NUEVA EDICION AMERICANA

ACOMPAÑADA DE UN ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS
DE CERVANTES.

POR EL DR. JORGE TICKNOR,

AUTOR DE LA "HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA."

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3 Y 5 BOND STREET

HISTORIA
DE GIL BLAS

DE SANTILLANA,

PUBLICADA EN FRANCES POR A. R. LE SAGE.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL PADRE ISLA,

CORREGIDA, RECTIFICADA Y ANOTADA

POR DON EVARISTO PEÑA Y MARIN.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3 Y 5 BOND STREET

LA CASA EN EL DESIERTO.

AVENTURAS DE UNA FAMILIA

PERDIDA EN LAS

SOLEDADES DE LA AMERICA DEL NORTE.

POR

EL CAPITAN MAYNE REID.

TRADUCIDA DEL INGLES POR

SIMON CAMACHO Y ANTONIO HERNANDEZ.

CON DOCE LÁMINAS POR WILLIAM HARVEY.

NUEVA YORK:

D. APPLETON Y COMPAÑÍA

1, 3 Y 5 BOND STREET

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y C^íA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

FÁBRICA DE RELOJES DE WALTHAM.

AVISO.

EL gran éxito que ha alcanzado el Reloj de Waltham, ha inducido á ciertos fabricantes á presentar en el mercado un sinnúmero de imitaciones de aquel; y con objeto de engañar á los compradores han grabado en las tapas y planchas nombres de ciudades americanas, y de casas ó compañías fabricantes ficticias.

Los que así recurren á estos medios nada escrupulosos para poder dar salida á sus productos, prueban así de un modo concluyente la gran superioridad de los Relojos de Waltham y la falta de mérito de sus propias obras.

Los compradores deben por lo tanto cuidar de asegurarse de que las marcas registradas de la fábrica "*American Waltham Watch Co.*" ó "*Waltham, Mass.*," estén grabadas sobre la plancha de los relojes, pues sin la una ó la otra de dichas marcas ninguno es legítimo.

ROBBINS & APPLETON,

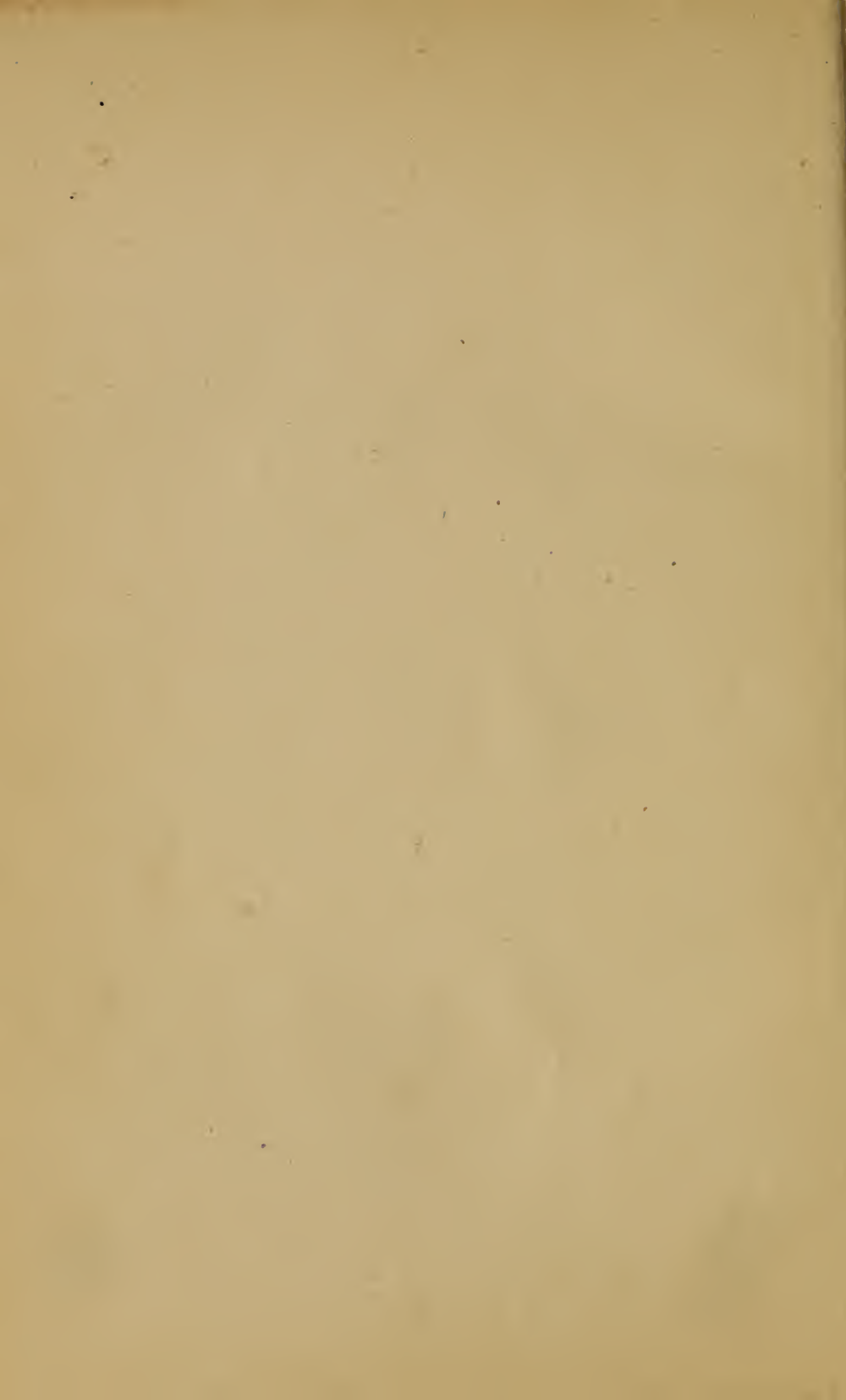
Agentes Generales de la

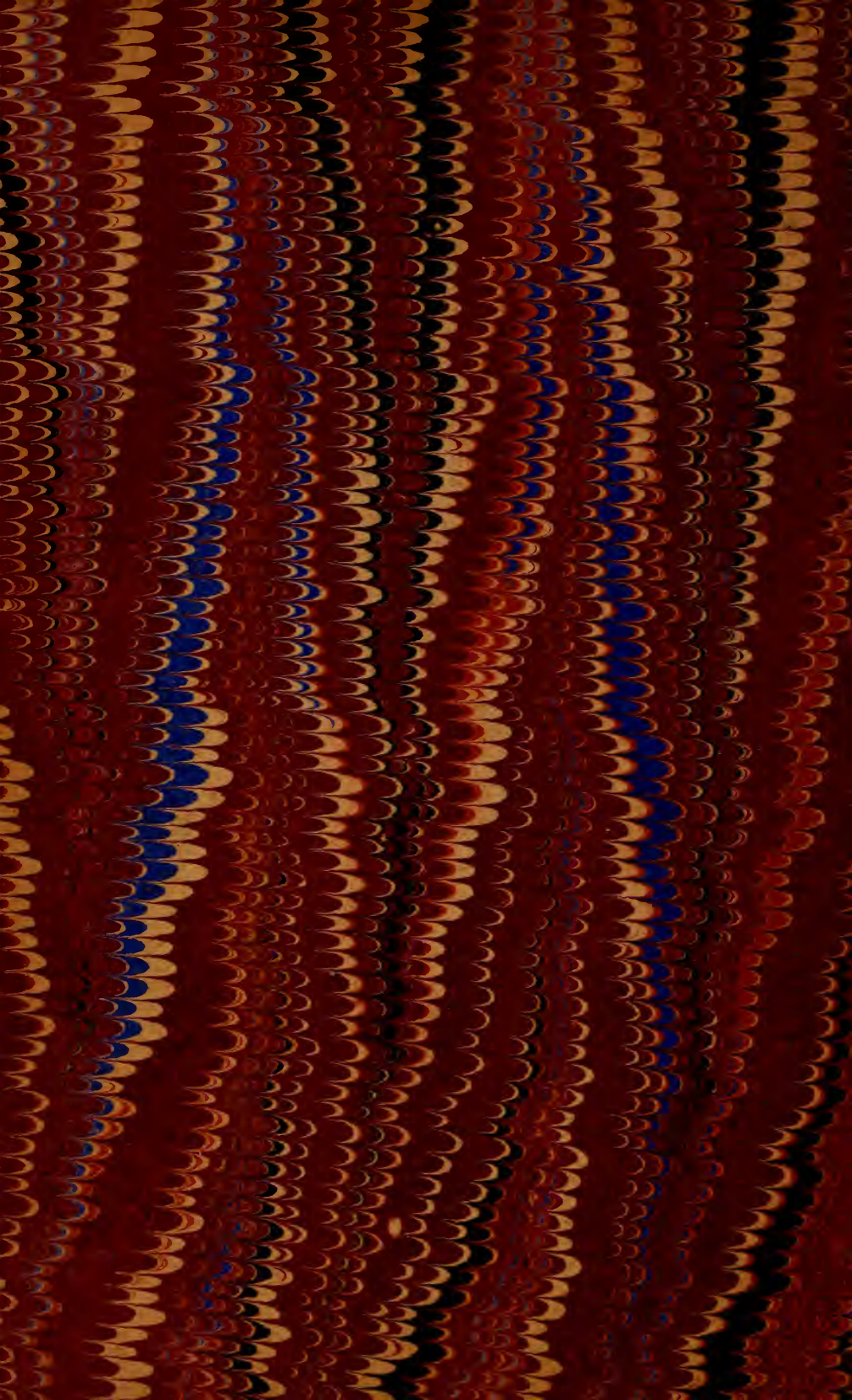
Compañía Relojera Americana de Waltham, Mass.

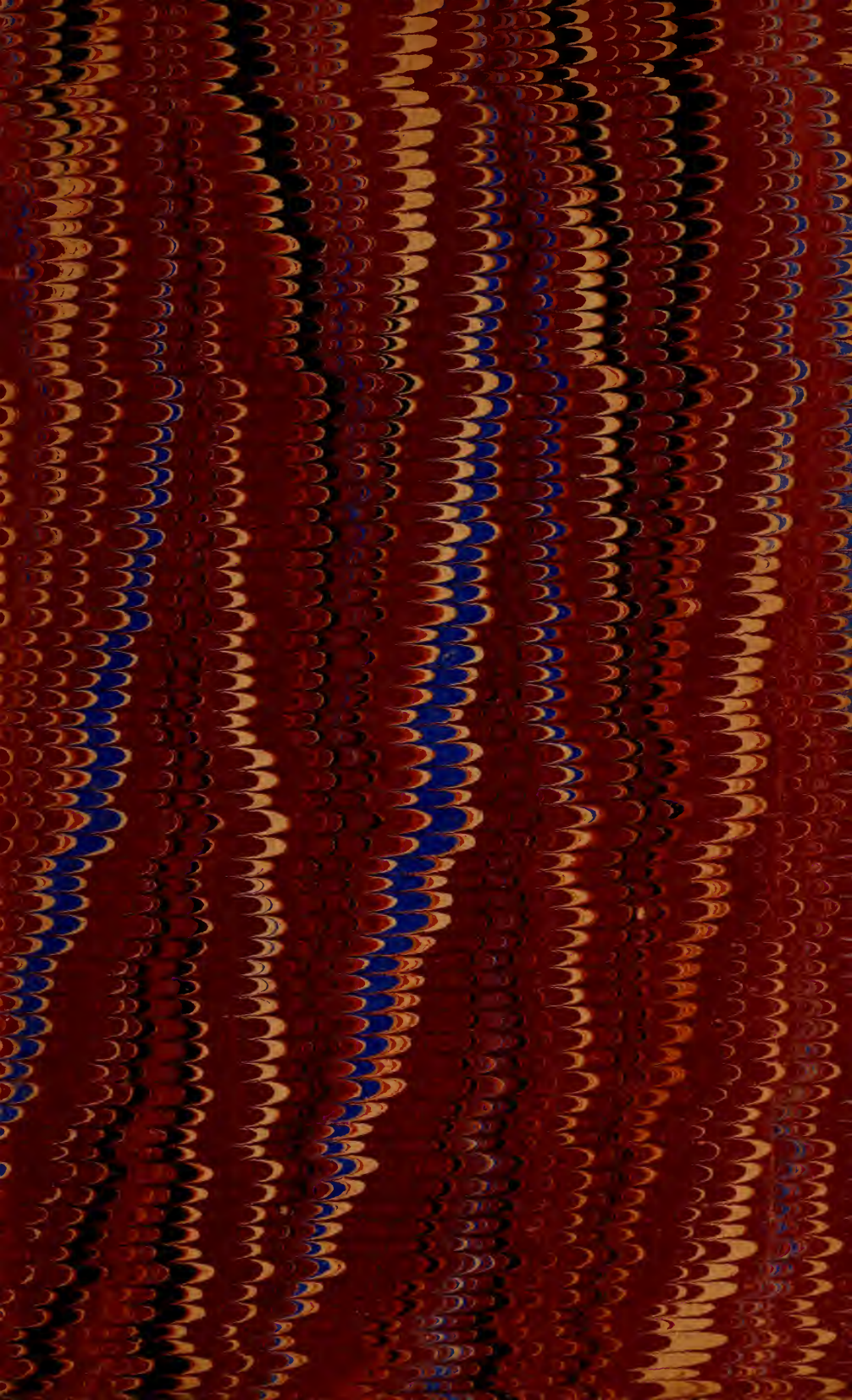
1, 3, y 5 BOND STREET,

(WALTHAM BUILDINGS),

NUEVA YORK.







LIBRARY OF CONGRESS



0 014 388 171 4